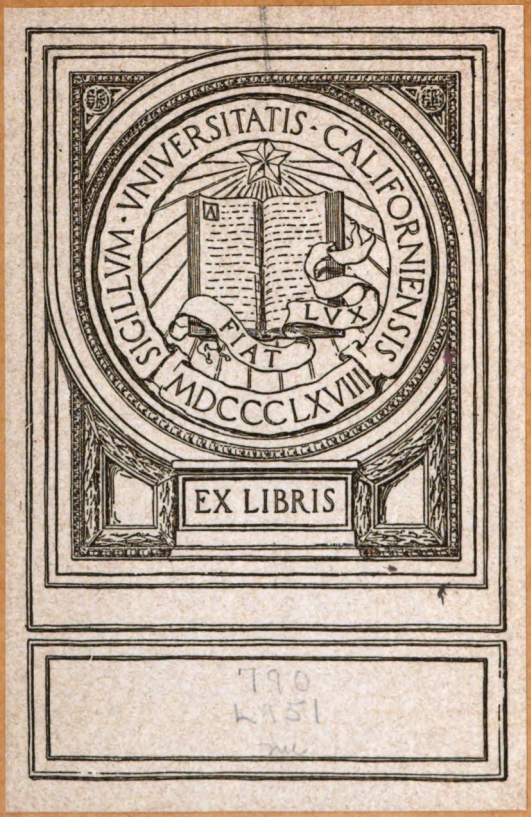
UC-NRLF
B 4 052 659

LUGONES

NUEVOS ESTUDIOS HELÉNICOS

B. A. B. E. L.
BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS
BUENOS AIRES - MADRID


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
MDCCCLXVIII
LVX
FIAT
EX LIBRIS
790
L151

NUEVOS ESTUDIOS HELÉNICOS

OBRAS DEL AUTOR

EN VERSO

Las Montañas del Oro (agotado).
Los Crepúsculos del Jardín (segunda edición).
Lunario Sentimental (ídem).
Odas Seculares (ídem).
El Libro Fiel (ídem).
El Libro de los Paisajes (ídem).
Las Horas Doradas (agotado).
Romancero (segunda edición).
Poemas Solariegos.

EN PROSA

La Reforma Educacional (agotado).
El Imperio Jesuítico (ídem).
La Guerra Gaucha (segunda edición).
Las Fuerzas Extrañas (agotado).
Piedras Liminares (ídem).
Prometeo (ídem).
Didáctica (ídem).
Historia de Sarmiento (ídem).
Elogio de Ameghino (ídem).
El Ejército de la Ilíada (ídem).
El Payador (tomo I) (ídem).
Mi Beligerancia (ídem).
Las Industrias de Atenas.
La Torre de Casandra.
El Tamaño del Espacio.
Acción.
Filosofícula.
Cuentos Fatales.
Estudios Helénicos.
I.—La Funesta Helena.
II.—Un Paladín de la Ilíada.
III.—La Dama de la Odisea.
IV.—Héctor el Domador.
La Organización de la Paz.
El Angel de la Sombra.

LEOPOLDO LUGONES

NUEVOS ESTUDIOS HELÉNICOS

B A B E L
BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS
BUENOS AIRES—MADRID

ES PROPIEDAD
Copyright by Babel, 1928

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24. — MADRID

Al eminente helenista
y maestro en letras clásicas
DON LUIS SEGALÁ Y ESTALELLA

PA 4037
L855
1928
MAIN

LETRAS CLÁSICAS

El ilustre helenista D. Luis Segalá y Estalella, uno de los más eminentes de Europa y el primero en la actual literatura castellana, acaba de remitir a Leopoldo Lugones un ejemplar de su versión directa y literal de las obras completas de Homero, editada por Montaner y Simón con verdadera magnificencia, acompañado de una carta cuya amistosa intimidad acentúa el mérito que dicho maestro atribuye a los trabajos de aquél en dicha materia. La circunstancia de que todos ellos publicáronse originalmente en *La Nación*, y la importancia que para nuestra alta cultura reviste una opinión tan autorizada, indúcenos a insertar dicho documento. Añadiremos a título informativo que el volumen, profusamente ilustrado con reproduccio-

nes clásicas, contiene, además de la *Ilíada* y la *Odisea*, los himnos o proemios, la Batracomiomaquia, los epigramas, los fragmentos y un copioso índice analítico de la onomástica referente.

He aquí la carta del Sr. Segalá:

"Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras.—12 de octubre de 1927.

"Muy apreciado y admirado amigo:

"Al comenzar la presente, no puedo menos de recordar unas palabras que un ilustre profesor norteamericano me escribió con ocasión de dedicarme un ejemplar de varios cantos y fragmentos de la *Ilíada* que había publicado: nuestro amor a Homero, me decía, nos hace hermanos. Así ha sucedido también con nosotros; pues, cumpliéndose una vez más la doctrina tan bellamente expuesta por Platón en el *Ion*, nos sentimos atraídos por Homero como los anillos de hierro por la piedra imán; y como si fuéramos sacerdotes de un mismo culto, nos profesamos fraternal afecto y nos agradecemos mutuamente nuestros afanes por propagar el es-

píritu helénico —símbolo de libertad y de nobleza— por los países donde se habla la hermosa lengua castellana.

"Pero hay una diferencia esencial en nuestro apostolado: usted, que conoce todas las exquisiteces de nuestro romance y tiene un alma sensible a todas las excelencias de la poesía, puede darnos una interpretación completa de Homero, así por su fondo, hábilmente transcrito, como por la forma imitada hasta el grado de perfección que permite la índole de los modernos lenguajes; mientras que el que esto escribe, desposeído de tan excelsas dotes, ha de limitarse a trasladar el fondo de la obra en sencilla prosa; en una versión tan exacta como sea posible, para que, como dijo un insigne maestro, el doctor Menéndez y Pelayo, pueda leerse con el original delante. Resulta, pues, mi admirado amigo, que usted es el cantor de Homero, el nuevo aedo que le da carta de naturaleza en el idioma castellano, haciéndolo revivir para que las sencillas bellezas y sublimidades homéricas ejerzan un bienhechor influjo en nuestra cultura, y su

autor reciba los aplausos de nuestros contemporáneos de ambos hemisferios; mientras que a mí me corresponde el humilde oficio de interpretarlo gramaticalmente, para facilitar a una minoría selecta la dicha inefable de leer en su idioma original la epopeya más perfecta que han producido los siglos. *¡Non omnia possumus omnes!*

"Dígnese, pues, aceptar el ejemplar, en papel Nankín, de mi prosaica versión, que tengo el gusto de enviarle por el mismo correo, y hágame el señalado favor —si se digna hacer una crítica de la misma— de indicarme todos los defectos que en ella descubra, a fin de subsanarlos en una próxima edición, que irá aumentada con la *Continuación de Homero*, de Quinto de Esmirna.

"Gracias mil por sus obras literarias, y especialmente por sus *Estudios Helénicos*, que he leído con verdadera fruición y que me han confirmado plenamente el juicio que ya hace tiempo había formado de su personalidad, como uno de los más ingeniosos, castizos y elegantes es-

critores castellanos, como poeta y crítico eminente y como inspirado reconstructor artístico del pensamiento clásico. Creo sinceramente, como digo en el prólogo de la nueva edición, que su traducción y sus estudios son lo mejor que acerca de Homero se ha publicado en lengua castellana."

Dice así la referida mención del prólogo en que el Sr. Segalá estudia las versiones homéricas efectuadas desde el siglo XVI en castellano y en catalán (pág. LXVI):

"El insigne literato argentino Leopoldo Lugones ha traducido las rapsodias (aquí la referencia original) de la *Ilíada* y de la *Odisea*, acompañando su labor con un amplio comentario justificativo.

"Esta traslación del original en rotundos y cincelados versos, demuestra que su autor es, a la vez que un eximio filólogo que interpreta fielmente a Homero, un inspirado poeta que siente toda la grandiosidad de sus poemas, y conoce de tal suerte los primores de nuestro romance que lo hace rivalizar con el lenguaje de la an-

tigua Grecia, es decir, con el más preciso, copioso y bello del mundo. El Sr. Lugones ha adoptado el verso alejandrino, que, a su juicio, no es más que el hexámetro romanceado. (Aquí una erudita nota confirmatoria). Como traducción poética, no va la presente tan atada al texto como puede ir una versión en prosa, y su autor nos dice que "traducir a Homero palabra por palabra es contraproducente y sólo tiende a embrollar el sentido, por la sencilla razón de no existir correspondencia exacta entre nuestras voces y las griegas, ni entre los regímenes y concordancias de ambos idiomas. Traducir en tal forma es traducir mal, convirtiendo la exactitud en servilismo".

"Justo es confesar que si los alejandrinos no nos suenan como los exámetros, son mucho más semejantes a ellos, por su pompa y magnificencia, que los endecasílabos libres o agrupados en octavas reales o en otras combinaciones métricas, y que las traducciones en verso del señor Lugones y sus estudios helénicos, son lo mejor que sobre Homero se ha producido en nuestros

tiempos y en lengua castellana, no sólo en América, sino en la propia España."

El parágrafo concluye con la trascripción de sendos trozos de la *Ilíada* y la *Odisea* traducidos por Lugones.

(De *La Nación*, de Buenos Aires.)

INTRODUCCIÓN

En el segundo de mis *Estudios Helénicos* (pág. 70) definí a la caballería andante, llamándola *Imitación de Homero*, y presentando como prototipos del paladín a Héctor y Diomedes. Estos *Nuevos Estudios*, al tratar casi exclusivamente la materia heroica de la *Ilíada*, ratifican aquel aserto en las sendas personalidades de Aquiles y Agamenón.

Aparte el interés arqueológico y pintoresco que les asigna un excepcional valor de antehistoria en el estudio de nuestra civilización, los poemas homéricos ofrecen un elemento más precioso todavía, con la entidad psicológica del héroe, si lo consideramos, cual me parece justo, autor de aquel estado social. Motor principal, por lo menos, y dechado para el hombre común, fué lo que es ahora el *lord* en la formación del *gentleman* británico. A este fin moral entraban

los poemas en la enseñanza corriente como verdaderos manuales, además de lo que servían para la gramática y la estética del idioma; de suerte que ningún país empleó en su pedagogía texto más genuino, perfecto y eficaz. La doctrina homérica, religión inclusive, constituyó, pues, el fundamento de la enseñanza griega, y conformó a su tipo heroico todos los directores de pueblos que durante quince siglos encabezaron nuestra civilización, desde Codro hasta Juliano.

La importancia de esta clase de letras en los países de formación histórica, como los europeos, es todavía mayor en los de formación económica, como los americanos; pues al vincularlos por el alma con la civilización estética, que fué la del paganismo, les contrapesa la excesiva materialidad inherente a su afán de lucro, proponiéndoles como ideal el desinterés de la belleza y del heroísmo. Trataríase, si se permite la expresión, de una verdadera religión civil, que necesitan, por lo demás, muchas conciencias disidentes o emancipadas de todo culto. Por ello

atribúyese tanta importancia a los estudios clásicos en los Estados Unidos, y es ya una tradición intelectual de nuestro país la devoción a la Grecia antigua. Y si se recuerda que por el origen español, la concurrencia itálica y la cultura francesa, pertenecemos a la estirpe grecolatina, doble motivo hallaremos para remontar hasta su fuente. No existe, por lo demás, otra que sea tan clara y tan luminosa.

Poema de guerra punitiva, o sea, conforme a las ideas de la antigüedad, acción de venganza; y episodio suscitado por un rencor entre jefes, la *Ilíada* proclama, sin embargo, a cada momento, los bienes superiores de la equidad y de la paz. Su último Canto celebra en las honras de Héctor la clemencia de Aquiles. Y éste, como se verá en el primero, acudió a la guerra sin odio ni ofensa personal, con el único propósito de ayudar a los Atridas ultrajados por la iniquidad del seductor de Helena. "Para desfacer el tuerto", habría dicho la literatura caballeresca. Cuando en el Canto III, los pueblos enemigos acuerdan referir la decisión de su querella al re-

sultado de un combate singular entre Menelao y Alejandro (Paris), he aquí cómo imploran a Zeus mientras se ultima los preparativos del encuentro (versos 320-324):

Zeus padre que en el Ida reinas glorioso y grande:
Haz que quien puso entre ambos pueblos el desconcierto,
Descienda al fondo de la morada de Hades, muerto;
Y que amistad, en cambio, tu alianza fiel nos mande.

Este duelo es el prototipo del combate judicial o juicio de Dios, que el derecho medieval tomó por norma de procedimiento para definir la sentencia, y de la justicia personal que practicaba, a su vez, el caballero andante. Bastaría dicha consideración para establecer la importancia de la poesía homérica en la formación de la Europa cristiana, que la recibió por medio de la *Eneida*, según lo tengo dicho (1), integrando así, para mayor significación, la determinante influencia grecolatina.

Más completo también, moralmente hablando, que sus imitaciones cristianas, el poema homérico no se atiene a un prototipo ideal, sino

(1) *Estudios Helénicos*, pág. 269.

que prefiere la naturalidad humana del modelo y hasta su flagrante maldad en determinadas ocasiones; pues en esto, como en todo, el realismo pagano era una valiente aceptación de la vida. Habríale parecido absurdo, como en efecto lo es, proponer al hombre un numen por dechado, procurando con ello la realización del ideal. Su objeto fué idealizar la realidad humana al contacto de la deidad. Así revelaba en el hombre al dios encarnado, o mejor dicho caído en la materia que de tal modo redimía y exaltaba, lejos de perseguir su anulación como los cultos pesimistas del Asia. Siendo, pues, su objeto el hombre, cualidades y defectos humanos concurrían a la formación del modelo, que con ello resultaba imitable y proporcionado. De tal suerte, la ira y el encono que determinaron su rebelión, no abolían en el alma de Aquiles las nociones de la equidad y la rectitud. He aquí cómo responde al discurso de Ulises, quien lleva la palabra en la embajada del Canto IX, y que procura persuadirlo con su maña habitual (308-313):

Divino Laertiades, Ulises ingenioso,
Preciso es que os exponga con veraz desembozo
Lo que yo pienso y cómo lo he de cumplir, y dónde,
Para que ceséis vuestro circunloquio enfadoso.
Pues, igual que las puertas del Hades, me es odioso
Quien dice lo contrario de lo que en su alma esconde.

Y más adelante, al recordar que la causa de la guerra es Helena, cuyo descarrío ultrajó a los Atridas en la persona de Menelao (340-343):

¿Acaso, entre los hombres, sólo aman los Atridas
A sus esposas? Todo noble y cuerdo varón,
Quiere y cuida la suya, cual yo, de corazón
Amé a la que tuve, aunque por las armas fué habida.

Su arrebato de dolor al saber la muerte de Patroclo, estuvo próximo a la demencia. Tirado por el suelo como una mujer abandonada o un niño iracundo, tanto lo domina su extravío que parece a punto de suicidarse. La falsa personalidad de un héroe puramente legendario, como el paladín, habría excluído esa doble deprimente pasión de la rabia brutal y de la impotencia desesperada, substituyéndola, con doctrinaria retórica, por el ejemplar dominio de sí mismo. Pero Aquiles no era un filósofo, sino un gue-

rrero; no un comentador de la muerte, sino un bravo que la conceptuaba el precio de la honra y de la equidad, resumidas para él en el deber de venganza. La religión, profesada, sin embargo, con sinceridad, no estorba ni subordina en su conciencia el imperio de aquellos dos principios; porque siendo humanamente racional, no le exige que proceda como un dios. Pero asistamos a su patética violencia.

Antíloco acaba de dar la fatal noticia (XVIII, 22-34):

Tal dijo. Envolvió al héroe negra nube de penas,
Y cogiendo ceniza, se la echó a manos llenas
Sobre de la cabeza; manchó el rostro agraciado
Y la fragante túnica, y en el polvo tirado
Cuan largo era, arrancábase a puñados el pelo.
En tanto, las esclavas que habían cautivado
Aquiles y Patroclo, transidas por el duelo,
Con agudos clamores, presurosas salían
Y rodeaban a Aquiles, golpeándose el pecho
Y sintiendo sus miembros ceder; mientras deshecho
En lágrimas Antíloco, por las manos tenía
A Aquiles, que con honda congoja se quejaba;
Pues que se degollase con el hierro temía.

Mas, cuando afligida por su propósito de ven-

ganza y sus lamentos que habíanla atraído desde el fondo del mar,

Tetis (1), bañada en llanto, de este modo le dijo:
—Corta será tu vida, desde que así hablas, hijo,
Porque a la muerte de Héctor la tuya ha de seguir,
Contestó el raudo Aquiles, sin dejar de gemir:
.....
.....
.....
Buscaré al asesino (2) de aquel amado ser (3),
A Héctor, y cuando quieran Zeus y los inmortales,
Recibiré la muerte; pues ni todo el poder
De Hércules a evitarla llegó, aunque tan querido
Era del soberano Kronión; pues fué vencido
Por el hado y la cólera inaguantable (4) de Hera.
Así yaceré muerto, si suerte igual me espera.
Mas, desde hoy, mi alta gloria, tan hondo hará llorar

---

(1) Versos 94-97.

(2) Tal es el sentido que por la intención de la frase corresponde a la voz *oletera*, matador; pues la acepción original apareja la idea de pernicioso.

(3) El texto dice "amada cabeza": expresión inaceptable en nuestro idioma. La literalidad sería aquí más inexacta que la equivalencia.

(4) La mayoría de los traductores pone "funesta". Pero *argaleos* quiere decir penoso, insufrible. Leconte traduce "inevitable", lo que cabe también en mi texto y en mi verso.

A troyanas y dárdanas de los senos lozanos (1),
Que en las tiernas mejillas secarán a dos manos
Sus lágrimas. Y el tiempo que llevo sin pelear
Apreciarán con eso. No intentes prohibirme
La lucha, aunque me quieras, pues no has de persuadirme.
[(114-126)

Esta decidida aceptación del destino fatal, no impide que más adelante, en su duelo con Eneas, el instinto de conservación se le imponga bajo su aspecto de miedo irracional ante el peligro: tal es siempre de humano el héroe homérico. Olvida, así, que su armadura, forjada por Hefesto, es invulnerable: tanto impresiónanlo el lanzazo de Eneas y el reto con que lo antecede (XX, 258-266):

Dijo y clavó su pica potente en el escudo
Formidable y tremendo, que resonó al lanzazo.
Temblloroso, el Pelida desvió con fuerte brazo
El broquel, suponiendo que con el bronce agudo
Lo atravesara el ínclito Eneas fácilmente.

(1) Los traductores, y yo mismo alguna vez, suelen adoptar la expresión "profundo seno". Mas la voz *bathys*, profundo, apareja las acepciones de robusto, elevado, rico, abundante, opulento y lozano: sentido elogioso que el epíteto de las mejillas en el verso subsiguiente confirma con seguridad.

Insensato! Olvidaban su corazón y mente
Que no es dado a los hombres destruir ni exceder
Los presentes con que honran los dioses.

La venganza implacable que ejecuta en Héctor: justicia de rey a rey, para los cuales no hay tribunal competente, es un verdadero sacrificio de la propia vida a la patria cuyo peor enemigo suprime, y a la ley del talión familiar que exigía cabeza por cabeza; mas no a consecuencia de la responsabilidad personal, sino a título de reparación compensadora. Por esto, dicha pena de muerte era redimible a precio que el propio agraviado estimaba, o mediante un matrimonio que substituyera al deudo perdido. Tal fué el concepto del perdón para el griego. El propio significado esencial de dicha voz en su lengua, excluye lo sentimental. Defínese literalmente por la frase "con reflexión", pues se trata de una palabra compuesta: acepción y forma que ha seguido nuestra voz, cuyo significado literal expresa, a su vez, "por don", o mediante precio. Era, pues, cosa de la razón, no del sentimiento como la compasión o la simpatía, voces

que en latín y en griego, respectivamente, significan dolor compartido. Por lo demás, el mismo perdón cristiano transfiere la recompensa a la otra vida; pues con él, como con cualquier otro acto agradable a Dios, "se gana méritos para el cielo"...

Semejante idea de la virtud habríala reputado indignidad el pagano. Verdadero negocio con la divinidad que premia y castiga. El deber del antiguo fundábase en la responsabilidad de cada uno ante los demás y ante sí mismo, no ante los dioses. Todo acto personal aparejaba consecuencias inevitables en esta vida y en la otra.

Pero la noción de responsabilidad era también distinta de la nuestra. No se apreciaba dicha obligación por la intención y la conciencia del delincuente, sino por la nocividad de su falta. La supresión o inutilización de aquél, provenían de la misma necesidad en cuya virtud extirpamos a una fiera, un perro hidrófobo o una serpiente venenosa, sin perjuicio de comprender que su nocividad proviene de su índole o de la

afección que padecen. Concepto de la penalidad que tendemos a restablecer.

El arrepentimiento fué, pues, inútil a la conciencia antigua. Los actos no se compensaban sino con actos, viniendo así a resultar sinónimas la equivalencia y la equidad. La venganza era un restablecimiento de equilibrio, y por esta razón podía substituírsela mediante multa o enlace. La moral antigua era completamente práctica. No existían culpas ni remisiones de intención. La norma de proporción, que condiciona la armonía natural en lo biológico y en lo físico, determinábalo todo. Aquella civilización hallábase, pues, en acuerdo íntimo con la vida. No pretendía organizarla sobre el patrón lógico o teológico de tal o cual sistema o culto, sino que se organizaba sobre ella. De ahí su dichosa prosperidad y su carácter estético. La belleza es una expresión de vida triunfante. Por esto atrae, incitando a crear. Y por esto apareja también las nociones de salud, fuerza y serenidad, que el antiguo exaltaba en las estatuas prototípicas de sus dioses.

Por esto también el primero de sus poemas narra y glorifica una campaña militar cuyo móvil caballeresco es la reconquista de una hermosa mujer. Para el griego antiguo, que fuese aqueo o beocio, ateniense o espartano, el deber cívico y el militar integrábanse en la entidad ciudadana. Así, la democracia de Atenas, que fué la más avanzada y culta a la vez, llegó a su culminación con la dictadura militar de la *estrategía*. Pericles era ante todo un general. Obsérvese de pasada que así esta condición como la de pertenecer a una familia ilustre asemejábanlo a César, fundador del Imperio Romano: otra dictadura del mismo género.

Aquiles, el héroe prototípico, era asimismo el primer militar. Por esto su ausencia y su presencia determinan, respectivamente, el fracaso y el éxito de los sitiadores de Troya. Sus aguerridos mirmidones forman también la tropa modelo: el "muro" clásico, que hasta el tiempo de Polibio decidirá las batallas. La *Ilíada* insiste en la celebración del método, que dando a la falange cohesión y densidad en grado máximo, cimen-

ta en ella, por decirlo así, el edificio de la victoria. Veamos su formación cuando Aquiles, después de proclamarla, pónela al mando de Patroclo (XVI, 210-217):

Dijo así, dando a todos fuerza y vigor. Las filas,
Oyendo al rey, cerráronse más. Y como se apila
Los sillares de un muro que alta mansión guarece
Del ímpetu del viento, tal de unidos parecen
Cascos y adargas combas. El escudo al escudo
Júntase, el yelmo al yelmo y el soldado al soldado;
Y al inclinarse, tócanse los cascos penachudos
Por sus conos brillantes, tal se hallan de arrimados.

Otro don característico, es aquella voz de combate que en la antigua guerra, y hasta la adopción del orden disperso por nuestras tropas, completaba la entidad bélica del jefe. En el citado Canto XVIII, el héroe, despojado aún de las armas que perdió Patroclo, decide mostrarse a los troyanos desde el foso del campamento sitiador para imponerlos con su presencia; pues Tetis habíale recomendado no exponerse al combate mientras se hallase desarmado. Entonces (215-224):

Detúvose ante el foso, fuera del muro, aun cuando
Sin mezclarse a los otros aqueos, respetando
La cauta orden materna, y alzó desde allá el grito
Que Palas Atenea repercutió a lo lejos (1),
Causando a los troyanos desorden infinito.
Cual vibra el clarín sobre la ciudad embestida
Con saña aterradora (2), la voz del Eacida
Resonó. Y cuando aquella voz de bronce escucharon,
Turbóseles a todos el alma, y los corceles (3),
Presintiendo desgracia, con los carros tornaron.

Este efecto del alarido de pelea sobre gente y caballos, conocíalo y usábalo el indio en nues-

(1) Tal es el sentido de la expresión original, puesto que la diosa iba ayudándole. No dice, en efecto, que ella gritó también, como suelen poner los traductores, sino que resonó. La repercusión dilataba así el alarido y su efecto.

(2) La expresión es también impersonal en el texto, que no dice "enemigos", como los traductores suelen interpretar; siendo su objeto evidente encarecer con la comparación el efecto del grito. El infinitivo empleado, significa asolar, quemar, destruir, matar, y el epíteto que lo substantiva, dice literalmente "destructor del ánimo": aterrador, pues. Por otra parte, la voz griega de la referencia: *thymoraistés*, es el origen del *timor*, temor latino; y recuerda el epíteto semejante, *timoratus*, timorato.

(3) El verso dice "de hermosa crin": mero expletivo que puede suprimirse.

tra guerra pampeana. No es, pues, fantástico ni excesivo, como pudiera creerse a primera vista, relacionándolo con la llama milagrosa que Atena ha puesto sobre la cabeza de Aquiles. La intervención divina es siempre discreta, por decirlo así, en la poesía homérica.

Insistamos todavía en la determinación del castigo por el mal causado, no por la responsabilidad o la intención del autor, pues tal era el concepto público y privado de aquel derecho penal que Aquiles ejerce al vengarse. Lo que se propone es compensar con la de Héctor la muerte de Patroclo, moral y materialmente. Por esto lo acaba, en vez de prenderlo cuando cae herido, y se niega a aceptar el rescate de sus despojos; y una vez que accede a esto último, inducido por Tetis, y aunque sea ella una diosa, anuncia al espectro del amigo que no lo dejará sin su parte en el precio acordado (*Estudios Helénicos*, pág. 331).

El mismo Patroclo recordará con mayor precisión aquella penalidad que no excluía ni los actos, para nosotros irresponsables, y con esto

impunes, de la demencia o de la infancia. He aquí cómo lo menciona, cuando en el Canto XXIII se aparece a Aquiles, pidiéndole sepultura (83-88):

Que no aparten mis huesos de los tuyos, Aquiles,
Tal como nos criamos en tu morada, juntos;
Pues Menecio llevóme, muy niño, desde Opunto,
Por el funesto crimen que sobre mí pesaba,
Cuando al hijo de Amfidamante, a pesar mío,
Maté, encolerizándome, en un lance de taba.

Ni la involuntaria consecuencia de un arrebato infantil excluía, pues, la expiación, como la inconsciencia no libra de la muerte al animal feroz o ponzoñoso que exterminamos por su condición de tal. La antigua penalidad excluía el caso de conciencia, para atenerse al hecho nocivo. Su justicia era netamente positiva, como se ve. El mismo Zeus, cuando va a decidir con la muerte la lucha de Héctor y Aquiles, pesa en una balanza sus dos destinos (*Estudios Helénicos*, pág. 306). Fatalidad significaba la determinación causal de cada existencia por la evolución universal que la engendra, al ser aquélla un

eslabón en la cadena de las generaciones. Por esto comprendía también a las deidades su inexorable ley. Cualidades y defectos son nativos. No aparejan, pues, responsabilidad, pero sí consecuencias favorables o perjudiciales a su posesor. La justicia entonces no premia ni castiga. Impone solamente la norma de prosperidad social, en cuya virtud son útiles las cualidades y nocivos los defectos. La conciencia personal resulta, pues, inviolable. No cuenta como eximente ni como agravante. Moralmente hablando, aquello era la plenitud de la libertad.

Pero estas consideraciones no intentan eludir o disimular lo que hay de antipático en el carácter del héroe, ni ese es tampoco el espíritu del poema. En la batalla del Canto XX, va Aquiles exterminando troyanos a espada y lanza, cuando (463-472):

Fué ante él Tros Alastórida, que abrazar sus rodillas
Procura, a ver si no lo mata, y con más piedad,
Lo deja vivir libre, por ser de igual edad.
Necio! Ignora que no ha de persuadirlo, pues nada
Blando es de índole, ni hombre manso, sino tremendo.
Conque, al ir a tocarle las rodillas, queriendo

Rogarle así, en el hígado le envasa aquél la espada;
Tiñe la negra sangre de la entraña volcada,
Su pecho; y las tinieblas van sus ojos cubriendo,
Cuando exánime queda.

Probo, justo, veraz, sobrio, cortés, leal, diestro, bravo y patriota, el héroe es también duro, rencoroso y sanguinario. Apresurémonos a sacar la consecuencia: por eso vive. La vida no puede ser puro bien, como la antorcha no es pura llama. El adelanto de la civilización que produjo los poemas homéricos, está patente en la creación de una entidad psicológica tan sincera y real. El Eneas virgiliano resulta más débil, porque es más abstracto. Y ya que sobreviene esta comparación, recordaré una advertencia que hice, algunos años ha, en cierta disertación sobre las *Geórgicas*.

Refiérese a la decoración del escudo de Aquiles, que es, por decirlo así, un compendio plástico de la vida civilizada; y dentro de aquélla, al cuadro de la vendimia que puso en el campo del broquel el divino orfebre. Obsérvese, dije, cómo la viña homérica está dispuesta en rodri-

gones, que es el método más adelantado de la industria vitivinícola, mientras la virgiliana adopta el sistema primitivo de la parra enredada libremente en los árboles. He aquí el trozo, verdadero dechado de bucólica descriptiva (XVIII, 561-572):

También puso una hermosa viña de oro, cargada
De uva negra en racimos; tendida con amaño
Sobre sus rodrigones de plata, y circundada
Con un foso de acero y un cercado de estaño.
Por un solo sendero que conducía hacia ella,
Iban los cargadores a vendimiar. Doncellas
Y mancebos, pensando cosas tiernas, llevaban
En los trenzados cestos el dulce fruto. Entre ellos,
Pulsando suavemente clara lira, entonaba
Un niño de voz tenue linda canción; y aquéllos
El ritmo acompañaban, marchando alborozados,
Con ademanes, gritos y pasos concertados.

No falta, como se ve, ni la sugestión amorosa característica de la vendimiaria tarea; y añadiré que el niño cantor empléanlo todavía en Oriente para animar los trabajos de conjunto.

Distinta, pues, pero no inferior a la nuestra, que, al fin, de ella proviene, la civilización homérica, definida por sus héroes, ofrece en los

poemas que nos legó, la lección del hombre completo. No conforme al ideal metafísico, que prescribe cómo debe ser, sino de acuerdo con lo que es su realidad típica. El héroe constituye, en efecto, la cifra significativa de la plebe. Su misma crueldad la civiliza sangrándola, como el injerto a la cepa silvestre. Y el propio sacrificio que le impone es el precio de la gloria en que se exaltan a la vida superior los pueblos dignos de gozarla.

EL CANTO PRIMERO DE LA «ILÍADA»

(28 DE MAYO DE 1922)

Al concluirse la Semana de Mayo, entrego como patriótico homenaje, vertido hexámetro a hexámetro, en los mismos seiscientos once versos del original, el Canto I de la *Ilíada*.

Considerado como uno de los más antiguos y mejores —verdadero dechado, pues, de la poesía homérica— es también uno de los más difíciles, por la variedad de situaciones y la singular construcción de algunos períodos. Las mismas traducciones en prosa, a empezar por las dos mejores que conozco en castellano y en francés, o sean la de Segalá y Estalella y la de Leconte de Lisle, dan una impresión confusa de trozos tan importantes como la diatriba de Aquiles contra Agamenón que la antigüedad consideraba insuperable en su género. No lo menciono para disculpa de la mía, ya que, en ese punto, la declaro mejor sin ambages, inoficiosos ante el co-

tejo que acto continuo puede el lector efectuar; pues a despecho de todas las afirmaciones, no sólo creo que el verso puede traducírselo en verso, sino que así ganan mucho la claridad y la precisión.

Es que la literalidad, razón suprema de preferencia para la prosa, resulta en la práctica una quimera; pues, sobre todo cuando se trata de lenguas tan distintas como el griego y nuestros romances, las palabras empleadas en la construcción no se corresponden exactamente. El esfuerzo empleado para lograrlo, perjudica a la claridad de la expresión, dando una idea inferior, cuando no francamente mala, del texto vertido. Además de lo que éste pierde estéticamente al pasar en prosa. El objeto de la traducción no es poner el texto griego en castellano como si estuviera en griego, sino como si estuviese en castellano; para lo cual empieza por no haber correspondencia entre los nexos de construir. Carecemos, así, de las partículas y voces exclusivamente auxiliares que entre las lenguas modernas emplea, por ejemplo, el in-

glés, y que pueden tener acepción propia cuando están separadas; pero que en su carácter auxiliar no pasan regularmente al castellano cuando se traduce, porque son ajenas a su índole gramatical. Además de esto, en el verso griego, y mejor dicho homérico, esas voces, con otras más, son expletivas, como lo tengo ya explicado; pero esto exige párrafo aparte.

Aunque, como lo tengo dicho también, nuestro alejandrino es el hexámetro romanceado, según lo demuestran una vez más los seiscientos once versos siguientes, al salir igual su número con el de los hexámetros vertidos, carecemos los modernos del instrumento épico que éstos eran. Nuestro verso es lírico, vale decir cantado por su propia elocución; mientras el hexámetro era para cantarse: de tal modo, que cuando esto no ocurre, diríase que flota en una especie de prosa rítmica, prestándose a una continuidad de párrafo enteramente distinta de la estrofa, al ser ésta y aquél, respectivamente, fija e invariable. La construcción homérica explícase así en gran parte, no menos que las dificultades de la ver-

sión. El elemento expletivo juega en dicho verso un papel análogo al de las voces que empleamos para redondear nuestras cláusulas; pero tratándose de una estructura sujeta a ritmo fijo, la importancia de ese elemento es mucho mayor, pues no pocas veces depende de él la estructura misma. Además de esto, como el hexámetro carece de rima, o sea de la gran pausa terminal, necesita mayor precisión rítmica para no desvanecerse en una verdadera prosa: nueva razón que encarece la importancia del expletivo. De ahí que, según lo tengo dicho, no sea él ripio como en nuestro verso.

El alejandrino es desventajoso, pues; pero lo impone, siquiera sea ella bastarda, su filiación hexamétrica. Y de aquí, a la vez, su gran superioridad sobre el endecasílabo, más lírico, más corto y más ocasionado a transformarse en prosa cuando forma cláusula con más de dos miembros, sobre todo si carece de rima.

Por evitarlo, he debido contar con este otro elemento adverso, pero indispensable; pues repito una vez más que la rima es para mí esencial

al verso moderno. Sólo que, y vaya con abundancia, puesto que es contra mí, pongo rimas defectuosas cuando salvo con ellas la precisión del texto, o las uso, por igual motivo, monótonas y pobres: siendo mi objeto en la ocasión traducir y no rimar. Con todo, la dificultad vencida es siempre grande, y autoriza la disculpa que pido sin vacilación.

Hay también, por razón análoga, uno que otro verso de armonía quebrada, como los que abundante y voluntariamente usaba Rubén Darío —con quien no estuve de acuerdo en eso— gloriándose de haber así "domado" el alejandrino. Mas el propio Homero, y ya es decir, me aliviará del reproche, puesto que en este mismo Canto hay entre otros hexámetros menos claudicantes, pero defectuosos sin duda, el 388o., que Bothe, en su edición crítica (Leipzig, 1832; nota pertinente) llama "verso despernancado". Corresponde a las "cabeceadas" de los tan aludidos versos de Horacio (*Arte Poética*, 359-60):

Me indigno cuando, a veces, dormita el buen Homero;
Mas en una grande obra cabe un sueño ligero.

Y ya que estamos en el asunto, recordemos, sin salir del Canto, algunas distracciones de sentido, como la del verso 251, donde los hombres de Pylos resultan "criados y nacidos" junto con Néstor, cuando por el orden natural y por el lógico de la cláusula debió ser al contrario, tal cual yo lo pongo; o el pleonasmo tautológico "acariciar con la mano" (361); o la rutinaria inserción del verso de los banquetes: "Cuando hubieron saciado la sed y el hambre"... (469) siendo así que en los dos siguientes va a describir el servicio del vino, lo cual demuestra que no habían bebido aún...

Pero valdrá más que explique mi procedimiento.

En el primer verso difiero de los traductores.

Así, pongo "el encono", en vez de la cólera de Aquiles, porque el texto dice *menin*, que significa ira durable: es decir encono, rencor. La voz *colos*, de donde nuestra "cólera", aun cuando también la aplica el poeta —en otros versos— al estado de Aquiles, designa la pasión repentina y

pasajera. Por lo demás, el verso sale lo mismo con una y otra palabra.

Al poner "Aquiles Peleyades" en vez de Aquiles de Peleo, o hijo de Peleo, me atengo a la ley de formación de los patronímicos griegos, igual a la nuestra en este caso, puesto que consiste en agregar la partícula sufija "*eo*", que significa "hijo de", como nuestro "es", al nombre paterno, mediante acomodos prostéticos. Así el texto dice Aquiles "Peleiádeo", y yo compongo el apellido al modo castellano, que sale tan parecido a Peláez, de análoga formación. Traducir por Aquiles de Peleo, o hijo de Peleo, es ser más papista que el Papa.

Recordaré, a propósito, que las otras designaciones semejantes de Aquiles en el Canto y en el poema: "Pelida" y "Peliónida", son, respectivamente, un nombre dinástico referente al rey Peleo, y un adjetivo gentilicio correspondiente al monte Pelión, que dominaba el país de Aquiles y donde el centauro Quirón había educado al héroe. Estas formaciones son comunes en el poema. El mismo Canto nos da luego la pareja, en

el nombre del sacerdote Crises o Criso, el de su hija Crise o Criseida, y el de su ciudad: Crisa.

Si bien el poema dice "perros y pájaros", al mencionar los animales que devorarán a los héroes muertos (versos 4 y 5), pongo yo "buitres", por exactitud, no por prosodia, pues el verso sale igual con la voz pájaros. Los griegos, como nuestros paisanos del interior, llamaban pájaros por antonomasia a las aves de presa.

Algunas veces traduzco naves por flota, voz que el poeta no usa, pero a la cual creo tener derecho por ser para nosotros el colectivo habitual; y una vez pongo "flota anclada" (verso 26), ya que así estaba la de los griegos frente a Troya, según se ve en los versos 135 y 150 a 154 del Canto II.

Con más ajuste todavía, traduzco "hijo de Dios" por divino, que lo mismo significa originalmente en griego, de cuyo idioma pasó al latín y a los romances; y en un caso (verso 131) pongo "ínclito" por "semejante a los dioses", que es como llama Agamenón a Aquiles en sen-

tido elogioso. Inclito es también epíteto homérico.

Bajo igual concepto aplico a Agamenón el epíteto "déspota", cuando Aquiles, quejándose de la ofensa que le infirió, llámale poderoso en el mando: "poderoso mandón" daría el sentido exacto (verso 411). Y a Héctor le digo "valiente" por "homicida" (verso 242) conforme a una justa advertencia de Pierron en la nota pertinente de su edición de la Ilíada. A esto se limitan mis modificaciones adjetivas, que son cuatro, como se ve, en seiscientos once versos y alrededor de cinco mil palabras.

Tampoco pasan de ocho en conjunto las veces que suprimo a Agamenón su apelativo dinástico "Atrida"; a Apolo su epíteto "Febo"; a Aquiles los suyos de "raudo" o "rápido", y de "divino" o "deífico", y al mar su calificación de "estéril": meros expletivos, por lo demás, según compruébalo el hecho de que el mismo poeta los suprime a veces. Igual ocurre, como en otras ocasiones lo advertí, con las designaciones de "aqueos", "dánaos" y "argivos" que aplica in-

distintamente a los griegos, y de lo cual me autorizo, pero sólo para substituir uno con otro los dos primeros, y no más de tres veces en toda la composición. Una de ellas (versos 237 a 240) evita la repetición en cuatro versos, que a los cuatro siguientes vuelve de nuevo.

Empleo a mi vez algunos expletivos, o ripios, si lo prefiere el lector; pero no son más de seis.

Así, en el verso 316 llamo "selectas" a las cabras del holocausto, repitiendo el adjetivo que les pone el verso 66 en igual caso. En el 206 llamo a la diosa Atena "prudente", tal cual le dice el poeta más de una vez, sobre todo cuando aconseja, como es el caso. En el 477 digo "temprana" a la Aurora, repitiendo el epíteto que a Tetis pone el 497. Añado el de "excelsa" a la madre de Aquiles, que el mismo verso (el 280) acaba de llamar diosa. Y a Briareo, el centímano vencedor, "fiero" (402). Leconte, en su traducción, le pone "gigante"; y Le Prevost, "monstruo" en la suya. Por último, digo que Agamenón, para devolver a Crise, "la embarcó con es-

mero", por el amor y preferencia que antes le había manifestado (111-114).

Refiriéndome al cetro, digo "desde que en el monte dejó su cepa trunca", por dejó su tronco. Si pequé con ello, es en compañía de Virgilio, quien fué mucho más libre en la *Eneida* (XII, 207-209) aunque se trata evidentemente de una traducción:

Nunquam fronde levi fundet virgulta nec umbras,
Cum semel ni silvio imo de stirpe recisa
Matre caret.

En cambio, sostengo cuanto puedo, o sea con dos únicas excepciones, que los epítetos homéricos debe traducírselos mediante una sola palabra, tal como ellos son, y no descomponiéndolos en sus elementos. Ya es bastante fastidioso y torpe tener que hacerlo con algunos como *boopis:* ojos-de-buey, y *leucólenos:* de-los-brazos-blancos, que son las dos excepciones antedichas. Ignoro, además, por qué, si no es por rutina, se ha de insistir en ello, cuando los traductores vierten *glaucopis* el epíteto de Ate-

na, por "de-ojos-azules" o verdes, u "ojizarca", siendo así que literalmente dice "ojos de lechuza", el ave de la diosa.

Prefiero, pues, adoptar los grecismos "rosodáctila" para la Aurora y "crisótrona" para Hera, en vez de las perífrasis "de-los-dedos-de-rosa" y "del-trono-de-oro". El primero es de fácil comprensión, por lo conocido de sus elementos; el segundo, formado con *crisos*, oro, corriente en crisantemo: la flor de oro, y con "trono", igual en ambas lenguas, correspondería al nombre propio femenino Crisóstoma, que es un adjetivo sustantivado (*Crisóstomo*, Boca-de-oro) de idéntica formación.

Del propio modo, traduzco los epítetos de las mujeres homéricas, que literalmente dan "la-del-buen-cabello"; "la-de-los-hermosos-rizos"; "la-de-las-lindas-mejillas"; la del bueno, hermoso o soberbio cinto; "la-de-los-lindos-tobillos", por sus verdaderos equivalentes castellanos, que son: crespa, porque éste era para los griegos el cabello excelente; rizada, linda, elegante, esbelta, arrogante, airosa o fina. La caracterización por

el cinto provenía de la grande importancia de esta prenda para el arreglo de la túnica. En las mujeres de entonces, como en las de hoy, la finura de las muñecas, el talle y los tobillos, era una condición de hermosura y de gracia. Cabello, color y brazos completaban, como hoy también, la grata impresión visible.

Otras designaciones son indispensables por su singularidad, como la de "pies-de-plata" aplicada a Tetis; dos de Zeus: "altitonante" (verso 354) que tomo de Segalá y Estalella, y "sombrío" (verso 397), con que vierto *kelainefei:* de-las-sombrías-nubes". Por último, el de Néstor como orador, que yo traduzco "blandilocuente", derivándolo del latín *blandiloquentia.*

Antes de concluir, que ya me urge, advertiré al lector dos sobrentendidos de los versos 307 y 538. El Meneciades que acompaña a Aquiles es Patroclo, hijo de Menecio, y "el anciano marino", padre de Tetis, Néreo, de quien eran hijas las Nereidas, a las cuales pertenecía aquella deidad. Dichos nombres y antonomasias, habituales entonces, no requerían explicación.

Sólo me resta añadir que conservo como siempre a los dioses sus nombres griegos, y entre éstos, con escrupulosidad, los de *Kronida* y *Kronión* a Zeus o Júpiter, según los casos; no menos que su situación honorable en los extremos del verso, a Hera o Juno. La correspondencia exacta en el número de alejandrinos y hexámetros, permíteme asimismo respetar las divisiones del poema, que por razones de simetría helénica, seguramente, empieza y concluye con un septenario de versos. Así otro simétrico sublime, el Dante, cuyos tercetos recuerda aquel famoso terno de hexámetros en que haciendo temblar el Olimpo, frunce el dios sus cejas azules.

Canta, diosa, el encono de Aquiles Peleyades,
Que, aciago, a los aqueos causó males sin cuento,
Y tantas nobles almas de héroes echó al Hades,
Dando a perros y buitres sus cuerpos de alimento
(Pues así los designios de Zeus se realizaron)
Desde que por primera vez riñendo, quebraron
El Atrida, rey de hombres, y el deífico Aquiles.

¿Cuál fué de entre los dioses el que los puso hostiles?
El hijo de Latona y Zeus, quien resentido

Con el rey, al ejército envió maligna peste
Que a las tropas diezmaba, porque había ofendido
Atrida al sacerdote Crises, cuando llegó éste
A las veleras naves aqueas, aportando
Por rescate de su hija multa inmensa, y llevando
En su mano las ínfulas del flechador Apolo
A un cetro de oro atadas; con que imploró, no sólo
A ambos Atridas, jefes de pueblos, sino a cada
Uno de los aqueos, diciéndoles:
—Oh Atridas
Y soldados aqueos de las grebas pulidas,
Quieran los dioses desde su olímpica morada
Que la ciudad de Príamo toméis, y con buen sino
Volváis a vuestra tierra; mas, dadme a mi hija amada,
Aceptando el rescate, y acatando al divino
Flechero Apolo.
Todos aclaman que se deba
Respeto al sacerdote, recibiendo la multa.
Agamenón Atrida solamente no aprueba;
Antes, con malos modos, lo echa de allá y lo insulta:

—Que no vuelva yo, anciano, ni ahora ni luego a hallarte,
Ya te quedes o tornes, junto a la flota anclada;
Pues ni el cetro ni la ínfula del dios podrán guardarte.
No soltaré a tu hija, antes que envejezca expatriada,
Tejiendo en casa, en Argos, y durmiendo conmigo.
Y vete, y no me irrites, y evita así el castigo.

Dice, y medroso el viejo, lo acata y abandona
En silencio, y costeando va el estruendoso mar;

Y al rey Apolo, vástago de la crespa Latona,
Mientras se aparta, empieza con fervor a rogar:

—Oyeme, dios del arco de plata, protector
De Crisa y de la santa Kila, dominador
De Ténedos, ¡oh Esmintio!: Si tu iglesia graciosa
Labrar supe, y quemarte pingües muslos de cabras
Y toros, que los dánaos, conforme a estas palabras,
Mis lágrimas expíen con tu flecha luctuosa.

Rogó así, y Febo Apolo que lo oyó, con airado
Corazón, baja al punto del Olimpo encumbrado,
Al hombro arco y aljaba de bien cerrado broche.
Y en la espalda resuénanle, al moverse enojado,
Las flechas, cuando avanza semejante a la noche.
Siéntase después, lejos de las naves, y tira
Una flecha, al terrible son del arco de plata.
Mulas y ágiles perros hiere primero su ira;
Mas, luego, con fatales tiros los hombres mata,
Y arden sin tregua innúmeros difuntos en la pira.

Nueve días las tropas flechó el dios por doquiera;
Mas, el décimo, en junta convocó al pueblo Aquiles;
Pues lo inspiró la diosa de blancos brazos, Hera,
Ansiosa por los dánaos que veía morir.
Y luego que, llamados, la junta se reuniera,
Alzóse el raudo Aquiles, y así empezó a decir:

—Atrida, creo que ahora, nuevamente vagando,
Retroceder debemos, si, la muerte evitando,
Guerra y peste no rinden juntas a los aqueos.
Mas, ea, consultémonos ya de algún adivino
Sacerdote o intérprete de sueños (pues divino

El sueño es también) con que nos diga él sin rodeos
Qué irrita a Febo Apolo: si nos reclama, acaso,
Promesas o hecatombes, o si, aceptando el craso
Humo de albos corderos y de escogidas cabras,
Nos quitará el flagelo.
Dichas estas palabras,
Volvió a sentarse. Entonces se alzó el más excelente
Augur, Calcas Testórides, quien sabiendo lo que era,
Es y será, las naves aqueas condujera
Hasta Ilión, con ayuda del don clarividente
Que Febo Apolo hiciérale. Y así, benevolente
Los arengó:
—Oh Aquiles, caro a Zeus, pues mandarme
Quieres que explique la ira de Apolo el real flechero,
Lo diré; mas prométeme y júrame primero
Que de palabra y obra socorro has de prestarme;
No irrite yo a quien todos los argivos comanda
Con gran poder, y acatan los aqueos; pues si anda
Mal con el rey un súbdito, como aquél puede más,
Aunque trague su cólera en el mismo momento,
Hasta satisfacerla guarda el resentimiento
En su pecho. Declara, pues, si me salvarás.

Contestóle así el rápido Aquiles:
—Ten confianza,
Y el augurio que sabes, dínoslo sin tardanza;
Pues juro por Apolo, caro a Zeus, y a quien oras,
Calcas, cuando a los dánaos su oráculo asesoras,
Que ni uno de ellos, mientras esté yo vivo y sano,
Junto a las hondas naves pondrá en ti osada mano;
Aunque te refirieras a Agamenón, que a todos
Los aqueos se alaba de superar ufano.

El adivino ilustre tomó confianza y dijo:
—No se queja él por votos ni hecatombes, de fijo;
Mas por su sacerdote que Agamenón vejó,
Pues no libertó a su hija ni el rescate aceptó.
Por esto el Flechero hízonos el mal y todavía
Nos lo hará, y de las Parcas de la peste sombría
No ha de librarnos, mientras no quede reparada
La ofensa, devolviéndose, sin multa rescatada,
Al caro padre aquella joven de lindos ojos;
Y una sacra hecatombe sea en Crisa inmolada.
Así conseguiremos aplacar sus enojos.

Dichas estas palabras, volvió a sentarse, cuando
Poseído de angustia se alzó el héroe Atrida,
Agamenón potente, la negra entraña henchida
De rencor, y con ojos centelleantes mirando
A Calcas torvamente, díjole:
—Mago avieso,
Nunca me anuncias nada feliz; antes gozando
En predecir desgracias, sólo haces mal con eso.
Y ahora entre los dánaos declamas, augurando
Que el Flechero tortúralos así porque no quise
El rescate halagüeño de la doncella Crise,
A quien deseaba en casa tener, pues la prefiero
Realmente a Clitemnestra mi legítima esposa,
Ya que en cuerpo ni en talle, ni por diestra o graciosa
Le es inferior; mas, siempre que mejor sea, quiero
Devolverla, y que el pueblo se salve y no perezca.
Pero aprontadme ya otro premio, pues no es cumplido
Que así el único argivo que ninguno merezca
Sea yo, viendo todos que el mío habré perdido.

Mas, el divino Aquiles respondió de este modo:
—Atrida, el más glorioso y avariento de todos,
¿Qué premio los magnánimos aqueos han de darte,
Si riquezas comunes no hay en ninguna parte?
Repartimos cuanto en las ciudades conquistamos,
Y no conviene al pueblo que a juntarlo volvamos.
Remite al dios la joven, y cuando a los aqueos
Zeus nos entregue Troya, la del fuerte bastión,
Triple o cuádruple pago te asignará el saqueo.

Respondió a estas palabras el rey Agamenón:
—Por más bravo que seas, no intentes con desvío
Traerme, ínclito Aquiles, a engaño o persuasión.
¿Por conservar tu premio, quieres que deje el mío,
Y para esto me impones que entregue la doncella?
Lo haré si los magnánimos aqueos dan por ella
Algo que la compense, conforme a mi albedrío.
Y si no me lo dieran, yo mismo iré a tomar
Tu premio, o el de Ulises, o el de Ayax, y el que sea
Se indignará. Mas, de esto, después hemos de hablar.
Ahora, pronto botemos a la divina mar
Negro bajel que una hábil tripulación provea;
Y una hecatombe, junto con la lozana Crise,
Embarquemos, poniéndolas al mando de un guerrero:
Ayax, Idomeneo, o el deífico Ulises,
O tú, Pelida, que eres de todos el más fiero,
Para que con las víctimas aplaques al Flechero.

Mas, de través mirándolo, contestó el raudo Aquiles:
—Ay de mí, avaro impúdico ¿habrá un argivo, acaso,
Que obedezca tus órdenes, ya siguiendo tus pasos,
Ya afrontando, valiente, los combates viriles?

No fué por los lanceros troyanos provocado
Como vine a la lucha, que en nada me ofendieron,
Ni jamás mis caballos y vacas se han llevado,
Ni en Ptía la prolífica y feraz, destruyeron
Nuestras cosechas, porque siempre nos dividieron
Muchas sierras umbrías y el mar alborotado.
Mas, contigo vinimos, oh infame, a que gozaras
Con dar en los de Troya venganza a Menelao,
Y a ti, cara de perro, que ya en nada reparas.
Y amenazas privarme del premio que me dieron
Por mis grandes fatigas los dánaos, aunque poca
Sale siempre ante el tuyo la parte que me toca
De las ricas ciudades troyanas que rindieron.
Si bien yo aguanto el peso más arduo de la lucha,
Y al hacerse el reparto tu recompensa es mucha
Y la mía pequeña, siempre a mis naves vuelvo
Contento, aunque cansado de pelear. Mas, resuelvo
Tornar ya a Ptía, viendo que irme a casa es mejor
En las cóncavas naves, que a costa de mi honor,
Lucro y caudal seguirte granjeando aquí a la vez.

Agamenón, rey de hombres, repúsole:

—Huye, pues,
Si se te antoja. No te ruego que a causa mía
Te quedes. Me harán otros honrosa compañía,
Y sobre todo el próvido Zeus. Que tú, el más odioso
Me eres entre los reyes a quienes Dios ayuda,
Pues de riña y discordias andas siempre gustoso.
Y si tu fuerza es tanta, débeslo a un dios, sin duda.
Vete con naves y hombres, y reina en paz completa
Sobre los mirmidones, que tu ira no me inquieta.
Mas ya que Febo Apolo va Criseida a quitarme,

Y con mi buque y gente debo yo enviarla en prenda,
Te amenazo con irme yo en persona a tu tienda,
Y a la linda Briseida, tu galardón, llevarme;
Para que veas cómo soy yo el que puede más,
Y nadie ose conmigo compararse jamás.

Tal dijo, y el Peliónida sintió que lo angustiaba
Su corazón, dudando dentro el pecho velludo,
Si sacaba a lo largo del muslo el sable agudo
Y apartando a los otros, al Atrida mataba,
O si su furia y cólera reprimía y calmaba.
Mientras así agitábanse su corazón y mente,
Y que desenvainando ya iba la espada ingente,
Bajó Atena del cielo, pues la enviaba la diosa
De blancos brazos, Hera, que amaba cordialmente
A los dos, y por ambos andaba cuidadosa.
De atrás tiró al Peliónida por los cabellos rojos,
Visible a él solo, que otro ninguno la ha advertido;
Volvióse aquél atónito, y al punto ha conocido
A Palas Atenea por sus terribles ojos;
Con que aladas palabras así le ha dirigido:

—Hija del dios portaégida, ¿a qué viniste? ¿Acaso
A presenciar la ofensa de Agamenón Atrida?
Mas, puedo predecirte como seguro caso,
Que pronto su insolencia le costará la vida.

Atena la ojizarca contestóle prudente:
—He venido del cielo para hacer que, obediente,
Tu cólera reprimas; pues me envía la diosa
De blancos brazos, Hera, que os ama cordialmente
A los dos, y que andaba por ambos cuidadosa.

Cesa, pues, la disputa, no desnudes la espada,
Y oféndelo de boca, si hacerlo así te agrada.
Te prometo que un día, triple y brillante premio
Tendrás por este ultraje. Mas, cede a nuestro apremio
Y acátanos ya.

Aquiles de raudos pies contesta:
—Más vale observar, diosa, vuestra orden sin protesta,
Aunque el corazón tengo grandemente enojado;
Pues quien oye a los dioses, es de ellos escuchado.

Dijo, y puesta la recia mano al puño argentino,
Envainó la ancha espada, dócil a Atena, y ella
Tornó al Olimpo donde con los otros divinos
Zeus portaégida mora.
Mas, con nueva querella,
Al Atrida el Peliónida increpó siempre acerbo:

—Borracho de ojos cínicos y corazón de ciervo,
Nunca osaste en la guerra con los del pueblo armarte
O ir con los principales aqueos al acecho,
Por miedo de la muerte. Sin duda es más provecho,
En el gran campo aqueo despojar de su parte
A quien te contradiga. Rey que voraz impera
Sobre menguada gente, porque de otra manera
Lanzabas hoy, Atrida, tu último insulto aquí,
Sobre gran prenda quiero jurarte algo más: ¡Sí,
Por este cetro que hojas ni ramas dará nunca,
Pues desde que en el monte dejó su cepa trunca,
El bronce al tornearlo privólo, con certeza,
De que le retoñaran follaje ni corteza;

Y que en sus manos llevan los dánaos al presente,
Cuando según las leyes de Dios juzgan fielmente:
Con tal prenda te juro que un día todo aqueo
Se acordará de Aquiles, y en tu vano deseo
De ayudarlos, cuando Héctor tantos mate valiente,
Desgarrará honda pena tu corazón furioso,
Porque al principal de ellos no honraste respetuoso!

Tal se expresó el Pelida, contra el suelo arrojando
Su cetro tachonado de oro, y sentóse enfrente
Del Atrida que se iba con más furor cargando.
Pero entonces de entre ellos se alzó el blandilocuente
Orador de los pilios, Néstor, cuya cadente
Palabra, de su lengua, como la miel fluía.
Ya dos generaciones de hombres de articulada
Voz, que fueron nacidas y consigo criadas
En la divina Pylos, ante él pasado habían.
Y sobre la tercera mandaba todavía.
Este fué el que, arengándolos, benevolente dijo:

—¡Oh dioses, qué gran duelo para la tierra aquea!
Y cómo a los troyanos, y a Príamo y sus hijos,
Satisfacción inmensa causaría, de fijo,
Saber vuestro altercado, siendo que en la pelea
Y el consejo estáis sobre todos los dánaos. Pero
Desde que sois más jóvenes, condescended primero;
Pues yo frecuenté otrora varones principales,
Mejores que nosotros, y no me desoyeron.
Todavía no he visto ni veré hombres iguales
A Piritoo, Driante rey de pueblos, Keneo,
Exadio y el deífico Polifemo, y Teseo
El Egeída, que era como los inmortales.

Bravos entre los bravos que alimentó la tierra,
Ellos a los centauros monteses dieron guerra
Por más bravos, matándolos en terrible exterminio.
Para incorporarme a ellos, dejé la tierra Apía,
Pues fuí allá desde Pylos, mi lejano dominio,
Y a su propio llamado luché por cuenta mía.
Ningún hombre de ahora resistirlos podría;
Y, no obstante, acataban mis consejos realmente.
Prestadme, así, obediencia, que es lo más conveniente.
Ni tú, aunque el mejor seas, la muchacha le quites,
Puesto que los aqueos con ella lo han premiado.
Ni tú, Pelida, quieras altercar, igualado
Con el rey, ya que en honra ninguno le compite
De entre los portacetros por Zeus glorificados.
Ahora, si por tu parte tienes más valentía,
Y si diosa es la excelsa madre que a luz te ha dado,
El puede más, pues reina sobre la mayoría.
Y tú, Atrida, apacigua tu cólera, y depón
Tu encono contra Aquiles, que gran resguardo presta
A todos los aqueos en la guerra funesta.

Contestó, así diciéndole, el rey Agamenón:
—Sí, cuanto has dicho, anciano, por cierto es de razón;
Pero este hombre pretende sobreponerse a todos,
Y a todos dirigirlos y mandar, de tal modo
Que nadie ha de aceptárselo. ¿Por que bravo lo hicieron
Los dioses, que insultara también le permitieron?

Mas el divino Aquiles lo interrumpió exclamando:
—Por vil y por cobarde con razón pasaría,
Si a todo cuanto dices cediera. Impón el mando
A otros, no a mí, pues nunca más pienso obedecerte.

Pero oye esto y consérvalo en tu alma bien grabado:
No disputaré a nadie ni a ti, con mano fuerte,
La joven, ya que en suma quitáis lo que habéis dado;
Mas, de lo que me resta junto al negro y ligero
Bajel, nada podrías tomar, si yo no quiero.
De lo contrario, inténtalo; y así éstos sin tardanza
Verán tu negra sangre chorreando por mi lanza.

Habiendo altercado ambos así, en pie se pusieron,
Y ante la flota aquea la junta disolvieron.
El Pelida, a las tiendas y parejos bajeles
Se fué con Meneciades y sus amigos fieles.
Y en tanto, al mar, Atrida, botó un barco ligero;
Eligió por su propia cuenta veinte remeros,
Cargó allá una hecatombe para el dios, y llevando
A la linda Criseida, la embarcó con esmero.
Y el ingenioso Ulises fué quien tomó el comando.

Tras que así por la líquida ruta a bogar echaran,
Mandó Atrida a los pueblos que se purificaran,
Cual lo hicieron, lanzando toda inmundicia al mar.
Luego a Apolo inmolaron en la playa, perfectas
Hecatombes de toros y de cabras selectas;
Y el olor iba al cielo con el humo al ondear.

Agamenón, en tanto que esto hacía la gente,
Sin olvidar que a Aquiles en el agrio debate
Amenazó primero, dijo a sus diligentes
Heraldos y criados, Taltibio y Euribate:

—A la tienda de Aquiles Peleyades id presto,
Y a la linda Briseida traedme de la mano;

O he de ir allá en persona, si él no la da de plano,
Con más gente a sacársela, y peor le saldrá esto.

Despachólos, vertiendo tan fieras expresiones;
Y ellos, el mar costeando, con ánimo indispuesto,
Llegaron a las tiendas y barcos mirmidones.
Junto a su tienda y negro buque, sentado hallaron
A Aquiles, quien, de verlos, no se alegró por cierto;
Y haciendo al rey la venia, con grave desconcierto,
Parados ante él nada dijéronle ni hablaron.
Pero él lo entendió en su alma, y alzando así la voz,
Dijo:

—Salud, heraldos, mensajeros de Dios
Y de los hombres. Aproximaos sin cuidado,
Pues la culpa no es vuestra, sino de Agamenón,
Que en busca de la joven Briseida os ha mandado.
Vamos, noble Patroclo, saca a disposición
De ambos la joven que han de llevarse; y que testigos
Me sean los dos ante los dioses venturosos,
Y los hombres mortales, y ese rey rencoroso,
Si contra el vil desastre cuentan después conmigo.
Pues aquél, poseído de furor, ya no sabe
Ni prever ni acordarse, para que así, al abrigo,
Combatan los aqueos con él junto a las naves.

Dijo, y sacó Patroclo, dócil al caro amigo,
De la tienda a la linda Briseida, y ya entregada,
Tornaron los heraldos, que siguió contrariada
La mujer, a la aquea flota. Rompiendo en llanto,
Aquiles, de los suyos, lejos se apartó en tanto,
Y sentado a la orilla del espumoso mar,

Frente al Océano obscuro, con las manos tendidas,
A su querida madre comenzó así a implorar:

—Madre, ya que me diste tú a luz de corta vida,
Pudo Zeus, el olímpico altitonante, honrarme.
Mas nada hizo, y el déspota Agamenón Atrida,
Me ha ultrajado, llegando del premio a despojarme.

Así exclamó llorando. Lo oyó su augusta madre,
Que sentada se hallaba junto al anciano padre
En el fondo marino, y al punto de la espuma
Se alzó como una niebla; y ante el lloroso hijo
Sentóse, acariciándolo con la mano, y le dijo:

—Hijo, por qué llorabas? Qué pena tu alma abruma?
Habla, y sepámoslo ambos. Nada oculte tu mente.

Aquiles contestóle, suspirando hondamente:
—Lo sabes. ¿A qué habría de hablar si sabes todo?
A Tebas la sagrada ciudad de Eecion fuimos,
Y habiéndola saqueado, todo acá nos trajimos.
Los aqueos partiéronlo de equitativo modo,
Y eligieron la linda Criseida para Atrida.
Mas Crises, sacerdote de Apolo, fué en seguida
A las veleras naves aqueas, aportando
Por rescate de su hija multa inmensa, y llevando
En su mano las ínfulas del flechador Apolo
A un cetro de oro atadas; con que imploró, no sólo
A ambos Atridas, jefes de pueblos, sino a cada
Uno de los aqueos.
Fué de éstos aclamado,
Respeto al sacerdote, y el rescate aceptado.

Mas no plugo al Atrida la idea así acordada,
Por lo cual, insultándolo, echó a aquél malamente.
Fuése el viejo irritado, y Apolo oyó su ruego,
Que mucho lo quería; con que tiró inclemente
Saeta a los argivos, cuyos soldados luego
Morían a montones; pues las divinas flechas,
Por todo el grande ejército aqueo hacían brechas.
Díjonos los oráculos del Flechero un sapiente
Adivino, y consejo di yo inmediatamente
De apaciguar al numen. Entonces el Atrida,
Encendiéndose en cólera, alzóse bruscamente,
Y me echó una amenaza que está, en verdad, cumplida.
Pues ya los perspicaces dánaos a Crise enviaron
Junto con reales dones, en nave bogadora;
Mientras de mi tienda unos heraldos se llevaron
A la hija de Briseo que aquéllos me otorgaron.
Si a tu hijo auxiliar quieres, ve al Olimpo e implora
A Zeus, que acaso un día su corazón tocaste
Con hechos o palabras; porque recuerdo ahora,
Que en el paterno alcázar mil veces te gloriaste
De que sola entre todos los inmortales fueras
Quien al Kronión sombrío vergonzoso contraste
Supo evitar, cuando otros Olímpicos, con Hera
Y Poseidón, y Palas Atenea, quisieran
Encadenarlo. Pero tú, diosa, allí acudiste,
Desataste sus lazos, y al punto condujiste
Al vasto Olimpo el fiero centímano que llaman
Briareo los dioses y Egeón los humanos.
Más fuerte que su padre, fué, de su gloria ufano,
A sentarse a la vera del Kronión; y medrosos
De él, ya al otro no ataron los dioses venturosos.

Recuérdaselo ahora, llégate a él, y abrazando
Sus rodillas, consigue que a los troyanos dando
Su ayuda, ante la flota rechacen y destrocen
Estos a los aqueos, que así de su rey gocen.
Y su error vea el déspota Agamenón Atrida,
Porque al principal de ellos no honró en forma cum-
[plida.

Respondióle llorando Tetis:

—¿Por qué, hijo mío,
Si te di a luz en hora fatal, te habré criado?
Sin lágrimas mi pena debiste en los navíos
Quedar, ya que a tan próximo fin estás destinado.
Y ahora eres corto en días y el más desventurado;
Que el ser en el palacio te di con hado impío.
A hablar por ti al fulmíneo Zeus iré yo al nevado
Olimpo, y quizá pueda persuadirlo. Y ahora,
Con los dánaos airado, gana tu bogadora
Flota, y no hagas más guerras. Hacia el Océano ayer
Partió Zeus a un banquete que dan los caballeros
Etíopes y todos los dioses con él fueron.
Mas al Olimpo en doce días debe volver;
Y a su alcázar de bronce, yendo en tu nombre a hablarle,
Asiré sus rodillas y espero propiciarle.

Díjo y partió, dejándolo con el alma enconada,
Por la elegante esposa que le fué arrebatada.
Y mientras tanto Ulises a Crisa conducía
La hecatombe sagrada. Tan luego que arribaron
Al puerto de hondas aguas, amainando guardaron
Las velas en el negro buque; y en la crujía,
Al mástil, prontamente, con cables abatieron.

Bogaron a remo hasta la rada donde echaron
Anclas; y atando amarras, a la costa bajaron.
Sacaron la hecatombe para Apolo el flechero,
Y al fin salió Criseida del bajel marinero.
El ingenioso Ulises condújola al altar,
Y entregándola al caro padre empezó así a hablar:

—Oh Crises, el rey de hombres Agamenón me envía
A que tu hija te traiga, y a que en ofrenda pía
Inmole yo aquí a Febo la hecatombe sagrada
En nombre de los dánaos, a ver si el dios se apiada,
Pues mandó a los argivos lamentable avería.

Dijo, y su hija entrególe, que él recibió contento.
Y al punto, en torno al ara de sólido cimiento,
Para el dios ordenaron la hecatombe sagrada.
Laváronse las manos, tomaron la salada
Harina, y allá entonces, en alta voz orando,
Crises rogó por ellos, las manos levantando:

—Oyeme, dios del arco de plata, protector
De Crisa y de la santa Kila, dominador
De Ténedos: si un día mis ruegos escuchando
Me honraste, al pueblo aqueo cruelmente castigando,
Ahora como entonces, cúmpleme también este
Voto, y libra a los dánaos de la horrorosa peste.

Dijo así, y fué de Apolo su oración escuchada.
Luego que oran y esparcen ya la harina salada,
Mancornando a las víctimas, degüellan y desuellan.
Cortan los muslos, cúbrenlos con un doble haz de pella

Y magras, y el anciano sobre la leña hacheada
Quemólos, y con negro vino los fué rociando.
En torno suyo había mancebos que empuñando
Asadores de cinco puntas, se dispusieron.
Consumidos los muslos, las entrañas comieron;
Y ensartando en los pinchos lo restante, lo asaron
Con cuidado, por trozos; sacáronlo, y cumplida
Tal faena, el dispuesto banquete comenzaron
Sin que a nadie faltara su porción. En seguida
Que saciaron sed y hambre, los mancebos colmaron
Las cráteras de vino que después repartían,
Y a todos las primicias de la copa obsequiaron.
Los jóvenes aqueos, tras de holgar todo el día,
Al dios se propiciaron cantándole un hermoso
Himno, que oyó el Flechero con ánimo gozoso.

Cuando el sol se entró y vino la sombra, se acostaron
Junto al cable del buque; y al asomar temprana
La Aurora rosodáctila, hija de la mañana,
Para el gran campo aqueo, mar afuera tomaron.
Y el flechador Apolo buen viento les envía.
Izando luego el mástil, las velas desplegaron,
Que en blanca combadura con el soplo se hincharon,
Mientras la honda purpúrea resonando batía
La quilla del navío que su rumbo corría.
Ya ante el gran campo aqueo, la nave a tierra halaron;
Y empinándola en grandes vigas sobre la arena,
Por los buques y tiendas luego se dispersaron.

Junto a su flota en tanto, con su alma de ira llena,
Seguía el raudo Aquiles, noble hijo de Peleo;

Y de la ilustre junta y el combate alejado,
El corazón ya le iba devorando el deseo
De griterío y guerra.

Mas, cuando hubo llegado
La duodécima aurora, y al Olimpo volvieron
Los sempiternos dioses por Zeus encabezados,
Tetis, que los encargos de su hijo no ha olvidado,
Emergiendo temprana de las olas del mar,
Y cruzando el gran cielo, fué en el Olimpo a hallar
Al vidente Kronida, que se hallaba sentado
En el pico más alto del Olimpo escarpado.
Fué, pues, y ante él sentándose, las rodillas le asió
Con la izquierda, y tomándole el mentón con la diestra,
Su ruego al soberano dios Kronión dirigió:

—Padre Zeus, si he dado entre los inmortales muestra
De serte útil con actos o palabras, te pido
Que oigas mi ruego y honres a mi hijo, el de más corta
Vida entre todos, porque de Agamenón soporta
La ofensa que arrancándole su premio le ha inferido.
Véngalo, pues, Olímpico Zeus próvido, acordando
El triunfo a los troyanos, hasta que los aqueos
Cumplan con mi hijo y lo honren conforme a sus deseos.

Dijo, mas Zeus nubígero, largo tiempo callando,
Nada respondió. Tetis, que abrazando seguía
Sus rodillas con fuerza, suplicó todavía:

—Prométeme y con una señal veraz asiente,
O niega, ya que a nadie temes; y así enterada,
Sabré si entre las diosas soy la más despreciada.

El nubígero Zeus, suspirando hondamente,
Díjole:
—Algo funesto se apronta, pues con Hera
Me enconarás, cuando ella me provoque y zahiera.
Ya entre los dioses ríñeme sin motivo, a pretexto
De que yo en la pelea protejo a los troyanos.
Pero vete y apártate, no te advierta Hera; y a esto,
Para que bien se cumpla, déjalo ya en mis manos.
Te haré con la cabeza la seña en que confías.
Entre los inmortales no hay mayor garantía.
Que irrevocable y cierto, de cumplirse no deja
Lo que con la cabeza ratifiqué a fe mía.

Dijo el Kronión. Al signo de las azules cejas,
Ondeó el fragante pelo del rey en la inmortal
Cabeza, y el Olimpo retembló colosal.

Dicho aquello, apartáronse. Regresó ella a su centro,
Al hondo mar saltando del Olimpo esplendente,
Y Zeus a su palacio. Los dioses juntamente
Ante su padre alzáronse, saliéndole al encuentro.
Sentóse él en su trono; mas Hera que con tino
Había visto cómo con él deliberó
Tetis pies de plata, hija del anciano marino,
Al dios Kronión hirientes palabras dirigió:

—¿Cuál de los dioses, pérfido, contigo ha conversado?
Siempre tramar secretos sin mí, te causa agrado;
Mas, de lo que meditas, nunca amable me enteras.

Contestó el padre de hombres y dioses:
—En vano, Hera,

Pretendes de tal modo saber todas mis cosas,
Porque arduas te saldrían aunque seas mi esposa.
Lo que es de oírse, ni hombre ni dios sabrá primero;
Mas todo cuanto sin los dioses resolver quiero,
No indagues ni preguntes.

Respondió la augusta Hera
De ojos de buey:
—¡Terrible Kronida, qué dijiste!
Poco indago o pregunto, puesto que deliberas
Muy tranquilo tus cosas. Mas tengo el alma triste
De recelar que acaso te sedujo con tino
Tetis pies de plata, hija del anciano marino.
Temprano vino a asirte las rodillas, y creo
Que para honrar a Aquiles le acordaste, de fijo,
Perder a muchos ante los bajeles aqueos.

El nubígero Zeus, respondiéndole dijo:
—Desgraciada! Sospechas siempre lo que no oculto.
Así obtendrás tan sólo quedar más alejada
De mi afecto, y con ello sufrir mayor insulto.
Si es verdad lo que dices, será porque me agrada.
Pero, acata mis órdenes y siéntate callada.
Teme que ni los dioses del Olimpo, a ti amables,
Te valgan si en ti pongo mis manos formidables.

Dijo así. La augusta Hera de ojos de buey, temiendo,
Fué a sentrase callada, su furor reprimiendo.
Y gimieron los célicos dioses en la morada
De Zeus. Mas ya el artífice Hefesto los arenga
Mimando a Hera de blancos brazos, su madre amada:

—Temo que algo insufrible y aciago sobrevenga,
Si así por los mortales reñís, alborotando
A los dioses, porque hasta se nos irá amargando
El placer de las fiestas. Yo aconsejo a mi madre,
Aun cuando es tan prudente, mime a Zeus, caro padre;
Con que así él nuestras fiestas no turbe rencilloso.
Pues si viene al Olímpico fulminador la idea,
Puede echarnos abajo, siendo el más poderoso.
Hazle en dulces palabras halago cariñoso,
A fin de que el Olímpico favorable nos sea.

Habló así; y dirigiéndose a su madre querida,
Puso en sus manos una doble copa y le dijo:
—Sufre todo, madre, aunque sea cruel tu quebranto.
No te vea golpeada yo, queriéndote tanto;
Y por más que en su furia nada te valga tu hijo,
Pues arduo es al Olímpico resistir. Ya una vez
Que intenté socorrerte, me asió de un pie y después
Desde el umbral divino me arrojó. Todo el día
Rodé, cayendo en Lemnos cuando el sol se ponía.
Débil soplo quedábame de vida postrimera,
Y los sintios salváronme del golpe prontamente.

Así dijo, y la diosa de blancos brazos, Hera,
La copa de su mano recibió sonriente.
Luego él, por la derecha sirvió a los otros dioses,
Sacando de una crátera el dulce néctar. A esto,
De los felices númenes inextinguible alzóse
La risa en el palacio, viendo afanarse a Hefesto.

Hasta que el sol se puso, todo el día gozaron
Del festín, sin que a nadie justa porción faltara,

Ni la lira magnífica de Apolo, ni la clara
Voz con que allá las musas alternando cantaron.

Mas, luego de apagada la solar refulgencia,
Ganaron las mansiones que a cada uno había hecho
Hefesto el cojo ilustre con ingeniosa ciencia.
Zeus, el fulmíneo Olímpico, fué a buscar en su lecho
La calma y dulce sueño que hallaba satisfecho.
Habiendo allá subido, durmióse; y a su vera,
Reposaba acostada la crisótrona Hera.

APOSTILLA HOMÉRICA

En plena democracia mayoritaria, crisis ganadera y liquidaciones de la estación, resulta haber más gente de lo que uno creería interesada por la propiedad de un vocablo homérico. Enhorabuena. Así en la republicana y comercial Efeso del siglo IV A. C., era estrecha la vecindad de la academia con el emporio, sobre los propios muelles de clientela cosmopolita que la caracterizaban como ciudad "porteña"; y todavía, para mayor semejanza con nuestra Agathaura de plata, he aquí que allá mismo habían alzado los navegantes un templo a Atena Anemotis: exactamente la "Virgen de los Buenos Aires"; mientras por su orfebrería de justa celebridad llamábanla "argentina" los contemporáneos. El primer alboroto contra Pablo y la iglesia que allá el apóstol fundó (*Actos*, XIX, 23-29) fué promovido por el platero Demetrio...

No mucho, pues, que conjeture proporcionalmente al respectivo mérito —si no es más justo decir en desproporción— un interés análogo entre la sociedad culta de la ciudad de Diana, cuando en la época antedicha el crítico Zoilo, que profesaba allá, señaló un solecismo en el hexámetro 129o. del Canto I de la *Ilíada* (1).

Sin querer parangonarme, que insensato fuera, con el ilustre retórico y orador, injustamente considerado como detractor de Homero, cuyos desaciertos gramaticales "castigó" (2); pues el mismo "padre de los poetas" cometíalos, ay de mí, el motivo de estas líneas corresponde al propio canto del poema inmortal, por haber yo traducido su primer verso en esta forma:

Canta, diosa, el encono de Aquiles Peleyades.

Porque, como es sabido, los demás traductores

(1) El tiempo del verbo dar, *dosi*, como singular, cuando, según Zoilo, es la tercera persona del plural. Trátase de uno de los verbos griegos más copiosos en la acepción y más discutidos en la conjugación, por sus tiempos parónimos.

(2) Llamábanlo, efectivamente, "Látigo de Homero".

vierten "cólera" o "ira". Tamaña preocupación de cultura, manifiesta en cartas, publicaciones de varios puntos del país y consultas verbales, merece, a no dudarlo, una amplificación de la nota que los motivó por mi parte. Ello demuestra, en suma, que no he perdido mi tiempo, según era la opinión de ciertos pesimistas, y que Agathaura no es completamente sorda a los problemas desinteresados. Por lo demás, las traducciones homéricas están lejos de ser cosa concluída, o trabajada siquiera con la debida seriedad y la condigna inspiración en nuestra lengua; de suerte que el campo es fértil por lo barbecho, con la única excepción, tal vez, del meritísimo Segalá y Estalella.

No reproduciré, por irrefutadas, mis afirmaciones sobre las voces griegas *menis* y *colos*, correspondientes a "encono" y a "cólera". Ni volveré sobre las interpretaciones, que no caben en la ocasión, por tratarse de estrictas correspondencias léxicas. *Menis* puede ser también cólera; pero estrictamente es encono o rencor.

En cuanto a la primera de estas dos últimas

voces, he aquí las palabras del Diccionario Académico: "Encono (de enconía): Mala voluntad, rencor arraigado en el ánimo." El artículo anterior: "Enconía", nos dice que esta voz es aféresis de "malenconía", forma anticuada de "melancolía": palabra que a su vez proviene del griego *melas*, negro, y *colos*, bilis, en acepción propia: "negra bilis", como traduce la Academia. Y melancolía, para la misma autoridad, es "tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente"; poseyendo, además, las acepciones de locura y de bilis negra o atrabilis, con la voz latina *atra*, negra. Todo lo cual está dominado, como se ve, por las ideas de permanencia y de manía, según lo tengo ya dicho. La formación de "encono" se halla breve pero claramente descrita por Menéndez Pidal en el artículo 70 de su *Gramática Histórica*.

Mas quiero añadir, por su gran pertinencia, otro antecedente homérico. Y de la *Ilíada*, y del mismo Canto I: los hexámetros 103 y 104, en que Agamenón, oída la interpretación del adivino Calcas, adversa a sus deseos, se levanta "poseí-

do de angustia y henchida de gran rencor la negra entraña". Están ahí todos los elementos del caso: *acnymenos*, que puede traducirse también, como lo han hecho algunos, "indignado", por lo que sigue: *menis* o encono, contenido asimismo en la voz anteriormente transcrita, pues se trata de un compuesto que suministra una sobreabundante corroboración; *melas* o negro, como adjetivo de entrañas, y *frene*, de donde, a su vez, derívase el análogo "frenesí".

No hay, pues, interpretación admisible, y tengo la pretensión de haber probado hasta el exceso que mi traslación de *menin* por encono es la buena. Aquiles se indignó o enfureció con Agamenón cuando éste le hizo injusticia. Pero su pasión prolongada, es decir lo que canta el poema, fué encono. Esto es de sentido común.

Los traductores no son autoridades infalibles ni la rutina tampoco.

P. S.—No me atrevo a asegurarlo, pero me da el recuerdo que la voz indignación, propiamente *aganáktesis*, no figura en los poemas homéricos,

aunque sí están sus componentes: *agan,* mucho, y *akte,* escarpadura; pues indignación venía a ser literalmente sublevación del ánimo. Así la *indignatio* latina, según Veleyo Patérculo (II, 66): *erumpens animo ac pectore...*

EL CANTO XI DE LA «ILÍADA»

(VERSOS 1-596)

El Canto XI es la cumbre de la *Ilíada*. Destinado a celebrar las hazañas del jefe aqueo, constituye el poema de Agamenón, así como el V es el poema de Diomedes y el XXII el poema de Aquiles; pues por su estructura y por su magnífica plenitud, cada uno de los cantos asume tan principal importancia. Su conexión no excluye una poderosa autonomía semejante a la de los jefes que celebran, en relación al ejército por estos últimos formado. Así se explica la elevación singular del canto destinado a la gloria del rey. Nada, téngolo ya dicho, tan individualista como la poesía homérica que celebró con la *Ilíada* una guerra feudal, y con la *Odisea*, hasta por definición, la empresa del hombre sólo: el regreso de *Odíseus*, que los bárbaros pronunciamos Ulises (1).

(1) En los antiguos textos castellanos llamábase, más lógicamente, *Ulisea* a la *Odisea*.

La caracterización glorificadora de una raza o de un pueblo, sólo es posible, por lo demás, mediante la personificación de sus virtudes en un tipo excelente que les pertenezca, para no caer el autor de aquella empresa en la abstracción negativa de su mismo propósito. Así es esencial el héroe en la poesía épica. El héroe, que no significa una personificación sin mancha de todas las virtudes, aun cuando encarne todas las de su raza; pues, siendo hombre, adolecerá de los defectos inherentes a la humana condición, y tal lo concebirá el verdadero artista.

Agamenón es esto en la *Ilíada*. Su presentación en el Canto I resulta más bien adversa. Homero píntanoslo codicioso y arrebatado. Su inicua violencia con el sacerdote Criso y con el adivino Calcas provoca la peste de Apolo y la cólera de Aquiles. Mas, el ilustre guerrero que era a la vez, merece la celebración del Canto II, cuando los jefes ordenan sus tropas en formación de combate (474-483):

Tal como los cabreros distinguen fácilmente
Las copiosas majadas, si en el pasto se mezclan,

Así les dan los jefes el orden conveniente
Para el combate. Entre ellos va el rey Agamenón,
Parecido por ojos y testa al dios tonante;
Por el talle a Ares y por el pecho a Poseidón.
Cual la mayor cabeza del hato es el pujante
Toro que entre las vacas sobresale, aquel día
Dispuso Zeus que Atrida fuera el más arrogante
De porte entre los muchos héroes que allí había.

Dicha celebración, puramente bélica, reprodúcese amplificada en el susodicho Canto XI. Este atiénese tan sólo a sus condiciones militares, dándole singular descuello en la más grande y completa de las batallas de la *Ilíada*.

Recordemos en dos palabras la posición de los ejércitos y el estado de la guerra.

La primera batalla, preparada en el Canto II y empezada y suspensa en el III para librar la suerte de la lucha entre griegos y troyanos al combate singular de Menelao y Paris, reanúdase a la ruptura de la tregua concertada con este objeto, tras el flechazo traidor de Pándaro. Suspensa de nuevo en el Canto VII, para renovar el arbitrio, mediante otro duelo entre Héctor y Ayax, el resultado indeciso de este encuentro avívala por segunda vez con ventaja para los troyanos,

que repelen al invasor hasta el litoral donde se atrinchera bajo el resguardo de su flota. Un foso defiende el campamento griego así estrechado, separándolo de la meseta que se dilata entre la costa y la ciudad, y que era el campo de batalla ahora dominado por los defensores de Troya.

Semejante posición planteaba a los griegos un dilema consistente en el reembarco, que era el abandono de la empresa, o el contrataque a fondo. Agamenón propone aquello, bien que llorando de pena y de coraje, pero el consejo de guerra adopta la opinión contraria de Diomedes.

En la alta noche cuya tiniebla suspendió la lucha, brillan los fuegos del campamento troyano, donde vivaquean cincuenta mil hombres, y llegan con el viento las músicas de su solaz victorioso. Entre los griegos, que para mayor inquietud acaban de fracasar con la embajada ante Aquiles, quien sigue negándose a combatir, reinan en la sombra la angustia y la asechanza. Diomedes y Ulises regresan del fructuoso espionaje en que han capturado a la escucha troyana y han hecho botín de los corceles de

Reso. Vigilantes en torno del repuesto carruaje, que era, cuando pesado, su artillería, de ambos lados velan, reparando las armas de asta y de puño, disponiendo las arrojadizas y todo el ingenio de ofender, ajustando los arneses de hombres y de animales, pensando los caballos, batiendo los últimos remaches y descifrando en el seno de "la sagrada noche" el presagio de la estrella o el augurio de la garza. (Cantos VIII, IX y X.)

La batalla que el Canto XI narra asume, pues, una importancia singular, y así se nota desde el solemne prólogo, cuando la Discordia enviada por Zeus va a la flota griega para suscitar entre los guerreros el afán del combate. Así en los preparativos de aquéllos, en la disposición y comando de las fuerzas. Es, repítolo, un poema completo y el mejor canto de guerra entre todos los de la *Ilíada*. Su magnificencia lírica, su movimiento, su variedad, si bien igualadas por ciertos trozos del formidable Canto V, varias veces reproducidos en éste a la letra, resultan superiores en conjunto. Es también el más proporcio-

nado, el más sobrio en lo que respecta a la para nosotros fastidiosa intervención de las deidades, y el más rico en episodios culminantes por su belleza. Tales el armamento de Agamenón, tan interesante como el de Aquiles en el Canto XIX; el ataque a fondo de aquél, la resistencia de Ulises, la carga de Héctor, la retirada de Ayax...

Mas ahora debo explicar por qué mi versión acaba en el verso 596.

Es que, visiblemente, lo demás pertenece a otro canto, hallándose alterado por interpolaciones de no menor evidencia. Es una transición semejante a la que realiza el Canto IX, siendo tan lógica y habitual en el plan homérico, tan típica, en suma, como el verso 596, que cierra el trozo de mi versión, y como el 597, que supongo inicial, cada uno en su respectivo oficio. Sabido es también que la división de los poemas en cantos numerados proviene de los retóricos alejandrinos. Estos profesores anotaron ya diversas interpolaciones sufridas por el texto al pasar de boca en boca, y explicables en los rapsodas que poseían de memoria muchas composiciones análo-

gas o referentes a un mismo episodio y héroe, como los diversos romances del Cid. Y quien dice interpolaciones dice añadiduras como la que sospecho.

Por otra parte —y éste es argumento estético, si bien no menos valioso, al tratarse de cosas que tan principalmente lo son como la índole de aquel idioma y como la estructura de los poemas— el trozo suprimido rompería la unidad del canto hasta con lo distinto de su tono; pues, según se ha observado, el discurso de Néstor, que en su mayor parte lo forma, "es de carácter notablemente odiseano". (Dr. Leaf, *cit. in* Austin Smyth, *The Composition of te Iliad*, página 73.)

El curioso libro que acabo de mencionar conviene en lo mismo, con diferencia de veintidós versos, pues para su autor el canto terminaría en el 617. Tal le resulta del desarrollo de su estudio, enderezado a probar que la *Ilíada* constó originariamente de 13.500 hexámetros, divididos en 45 cantos de 300 versos cada uno. Pero, sea como quiera, el discurso de Néstor, que es lo más

inaceptable como continuación del canto, le sale a él también así. Para mí lo más importante es la razón estética de la unidad; pues no abrigando el propósito de traducir los poemas, sino sólo aquellos trozos que me parezcan más interesantes, esta condición resúltame el motivo suficiente. El trozo suprimido está, además, lleno de contradicciones que con abundancia indican su interpolación o, mejor dicho, arbitraria añadidura, como puede verse al detalle en el citado libro sobre la composición de la *Ilíada*. Helbig, en su *Epopeya* (trad. francesa, pág. 165, nota 2) considera también como una probable interpolación "el confuso discurso de Néstor".

Más importancia revisten las siguientes explicaciones sobre mi método de traducir, empezando por la omisión de ciertos nombres y epítetos, la conservación de otros, la construcción de algunos y la adopción de tal cual, homérico siempre, pero que no está en los versos originales. Este último caso, que requiere una dilucidación inmediata para evitar la desconfianza del lector, corresponde tan sólo a cinco versos, y ya los

mencionaré uno por uno, asumiendo con ello toda la responsabilidad. Trátase de elementos expletivos a cuyo empleo me creí autorizado, si lo efectuaba con parsimonia, y si mantenía el tono de la composición o armonía del estilo, cosa esta última que el lector apreciará. En la índole del verso griego, musical ante todo, el expletivo no es ripio como en los nuestros. Homero lo usa en abundancia, y aun cuando no me autorizo con ello, saco una consecuencia favorable al perdón de mi demasía. Esto forma parte de las menudencias pecaminosas, entre las cuales están algunas rimas imperfectas, que cometo sin escrúpulos a condición de advertirlo con lealtad y de salvar, ellas mediante, la claridad del texto homérico.

Las libertades que interpretando el mismo me tomo, conciernen primeramente a los nombres de los griegos: *dánaos, aqueos* o *argivos;* nombres que, según un competente autor (Th. D. Seymour, *Life in the Homeric Age,* página 54), "eran indistintamente usados, de acuerdo con la conveniencia de los poetas, y

por su diferente valor métrico tan sólo". Así lo hago yo a mi vez, bien que respetando en lo posible la letra textual, aun en esto.

Igual advertencia cabe para los epítetos habituales de los dioses y de los héroes, conforme lo advierte también el citado autor (*op. cit.*, página 95, nota 2) en lo referente a "rey" o "señor" y a "pastor de pueblos". En esto, igualmente, conservo esos expletivos lo más que puedo; pero alguna vez los elimino del todo (1).

Los epítetos habituales de las armas, flecha, lanza y dardo especialmente, suelen ser también meros expletivos. Así, aunque con la mayor parsimonia, los empleo y suprimo; pero dos veces, cuando se trata de las lanzas de Agamenón y de Ulises, excepcionales por cierto, pongo "formidable", que es homérico y que varía la expresión.

En cambio, los epítetos que real y principalmente califican, son indispensables a la versión,

(1) Así también el propio texto: por ejemplo, en el verso 543. Leconte de Lisle, a su vez, suprime en su traducción, con ser tan ajustada, el epíteto "excelso" dado a la misma deidad en el verso subsiguiente.

porque, como lo dice Helbig en su *Epopeya* (traducción francesa, pág. 201), "expresan la cualidad esencial del objeto a que se aplican, imprimiéndole un carácter particular". Así, en el verso 183, el del monte Ida, que los traductores vierten con la perífrasis "abundante en fuentes", o suprimen, como Segalá y Estalella. Monti, advirtiendo sin duda la pobreza de aquella expresión y la necesidad de adjetivar con una sola palabra, traduce "acuoso Ida". Tratándose de una montaña, el epíteto paréceme inaceptable, fuera de que la voz griega tiene la acepción activa de surgir, brotar, manar (Boisacq, *Dictionnaire Etymologique de la Langue Grecque*, pág. 782). Por esto pongo yo "manante Ida", ya que el epíteto de las aguas fontanales es "manantial" (1).

Por análoga razón de propiedad llamo "ocular" al yelmo de Héctor (verso 353) traduciendo con tal voz, que tomo directamente del latín,

(1) Si el lector lo prefiere, puede substituir mi susodicho epíteto con el "acuoso" de Monti, que no destruye el verso.

la *aulopis* del texto, y refiriéndola a la estrecha doble arcada vertical llamada "ocularia" en los cascos de una pieza, provistos de nasal, y que así dejan característicamente los ojos al descubierto.

Más imperioso es todavía el epíteto de Iris, la mensajera "de alas de oro" o "de doradas alas" en las corrientes versiones perifrásticas, porque dicha deidad es la única alada entre las del Olimpo homérico. Apoyándome en el sistema de los latinos, quienes formaron así *versicolor, flexipes,* etc. (Bréal, *Pour mieux connaître Homère,* página 216) he compuesto la voz "auri-alada", que corresponde exactamente al original (1).

(1) Una vez más, con motivo del epíteto de Zeus, en el verso 544, que yo traduzco "excelso", debo protestar contra la pedantesca dislocación de las voces griegas compuestas, para traducirlas, mediante perífrasis, elemento por elemento. Así la citada, que viene a dar, en vez de "Zeus, padre excelso", o sumo, o supremo, o altísimo, "el padre Júpiter, que tiene su trono en las nubes", o "Júpiter padre sentado en un alto trono". El sentido de todas las palabras formadas con la radical *ypsi* es el de elevación que le corresponde, y que en el caso del dios supremo sale necesariamente "excelsitud".

Y a esto se limitan mis invenciones en la materia.

Algo menos modesto resultará mi disentimiento con las dos versiones aceptadas de la frase despectiva que Diomedes aplica en el verso 385 a Alejandro (Paris) quien acaba de flecharle un pie: literalmente, "ufano del cuerno o de los cuernos". La frase, evidentemente elíptica, con lo que es, de suyo, un sobrentendido, forma parte de un triple insulto cuyos otros dos miembros dicen: "fatuo (o insolente) arquero", y "seductor (o mirón) de doncellas". Suponer que se refiere al arco de Alejandro, porque los arcos de los héroes solían ser de cuerno, resulta un pleonasmo inaceptable. El que insulta varía sus reproches para más ofender, lejos de insistir en ellos. Fuera de que la ufanía del arco no era despreciable, según se ve por Pándaro y Ulises, tan orgullosos de los suyos como de su destreza en manejarlos. Las proezas de Teucro con el arco ocupan 68 versos (266-334) en el Canto VIII de la *Ilíada*. La otra interpretación, que proviene de la antigüedad, consiste en atribuir la

ufanía de los cuernos al peinado de Alejandro, supuesto de dicha forma; pero, no obstante la copiosa argumentación de Helbig (*op. cit.*, páginas 103-310) todo ello no pasa de una conjetura fundada en un verso del Canto III (el 55) donde Héctor dice al citado Alejandro que, vencido por Menelao, de nada habríanle valido los dones de Afrodita, ni su cabello, ni sus formas revolcados en el polvo (1). Yo me limito a traducir directamente el texto, presumiendo que la alusión injuriosa de Diomedes: "ufano de los cuernos", refiérese a la desventura conyugal de Menelao. Precisamente, al iniciarse la escena, el texto (verso 369) llama a Alejandro "esposo de la hechicera Helena"; designación que repite en el 505. La elipsis daría, pues, "ufano de los cuernos que pusiste a Menelao", seguida del correlativo reproche: "mirón (o seductor) de doncellas"; y por todo esto empezaría llamándolo "fatuo arquero". La subsiguiente jactancia del

(1) Ver también la argumentación, concordante con Helbig, de la citada obra de Seymour, *Life in the Homeric Age*, páginas 175-176.

propio Diomedes acentúa la antítesis —que es el efecto buscado en la ocasión— entre el guerrero valeroso y el galán mujeriego.

Ignoramos si en aquel tiempo los cuernos simbolizaban la desventura conyugal; pero sabemos que así era entre los griegos de la época histórica. Tales los textos de Artemidoro y de la Antología Palatina que trae el *Diccionario* de Daremberg y Saglio en el artículo pertinente. Las metáforas populares de ese género suelen ser de remotísima antigüedad, y con ello comunes a las razas indoeuropeas. Creo, pues, que mi presunción no es excesiva.

Tampoco me convence la erudita discusión de Helbig sobre el casco o yelmo *tetrafáleron*, palabra que, según él, seguido en esto por Leconte y por Segalá, significa "cuádruple relieve". "Cuatro conos" y "cuatro abolladuras" dicen, respectivamente, los mencionados traductores. Mas, como lo reconoce el mismo Helbig (*op. cit.*, pág. 395) no se ha descubierto un solo casco de aquella época provisto de los tales conos, aunque sí de las carrilleras que yo pongo en mi versión,

y que serían las *fáleras* de la voz compuesta. La voz *amfífalon*, aplicada al casco, tradúzcola por "bicrestado", ya que literalmente significa "de doble cresta o cimera"; pues así, decorados con doble y triple crestón, nos presenta a los yelmos de parada la ornamentación arqueológica. Pero cuando en los versos 352 y 353 se llama al casco de Héctor "tricrestado" por antonomasia, pongo "tresdoblado", ateniéndome al epíteto que con esta acepción aplícase acto continuo a dicha pieza: *trípticos*, encareciendo evidentemente la idea de resistencia y solidez.

Traduzco por "acero empavonado", como Segalá y Estalella, el *kyános mélas* del texto: literalmente, "azul-obscuro", porque me parece más propio de la armadura que el esmalte vaciado o incrustado que Helbig supone (*op. cit.*, pág. 493). Dicha substancia vítrea no habría resistido los golpes, mucho menos en los aros del broquel y en el bollo central del mismo, destinado precisamente a sufrir los botes más recios. El pavón del acero llena, por el contrario, las dos condiciones de resistencia y de color.

Cuando digo "caballería", refiérome a los ligeros carros de combate, que, según parece, eran canastas de mimbre reforzadas con zunchos y barrotes de metal, pues aquellos ejércitos no contaban con caballería de freno. Mas el propio texto (verso 51) llama "caballeros" o jinetes a los que montaban esos ligeros vehículos. Ya dije que los carros pesados formaban la artillería.

Debo, por último, mencionar mis expletivos y explicarlos.

El primero corresponde al verso 92, donde pongo "irreprochable" a Bianor; pero más bien como substituto del "varón" que, con sentido análogo, le da el texto: "el varón Bianor, pastor de pueblos". Del *aner* (varón) griego, como del *vir* latino, provienen "energía" y "virtud", expresiones de excelencia viril. Irreprochable es sinónimo de valiente en el lenguaje homérico; y, por otra parte, así lo aplica el mismo canto en el verso 420.

He dicho ya que el epíteto "formidable" puesto por mí a las lanzas de Agamenón y de Ulises (versos 95 y 421) es homérico. Tal se califica

a las mismas armas que empuñan Atena y Aquiles, respectivamente, en el verso 746 del Canto V y en el 388 del XIX.

La frase expletiva "tristes seres" que pongo yo en el verso 394, la apoyo con el concepto de los hexámetros 445 a 447 del Canto XVII, donde, mencionando "las penas de los míseros mortales", dice Zeus:

Pues ser más miserable que el hombre nada encierra
Entre cuantos alientan y arrástranse en la tierra.

En el verso 422 agrego: "con golpes soberanos"; pero la situación de Ulises, que combate sólo contra una multitud de guerreros, triunfando de todos, explica, si no autoriza, aquella frase, cuyo equivalente se encuentra en los versos 483-84 del Canto X. El otro expletivo: "siempre más sañudo", del verso 426, refiérese a la situación de ánimo en que, lógicamente, iría hallándose el héroe con el peligro y con la herida. El epíteto "sañudo" se halla en el verso 367 del Canto XIX. Por último, las palabras "con furia repentina", referentes a la carga de Ayax, y que

agrego al verso 489, reproducen la actitud del mismo héroe, cuando en el verso 461 del Canto XIV tira su lanzada al enemigo.

Réstame añadir tan sólo, para nueva corroboración de mi teoría sobre el origen del verso alejandrino que uso, llamándole, como en resumen de la misma, "hexámetro romanceado", que el total de versos de esta traducción corresponde exactamente al del original. Las diferencias de enumeración verso por verso, débense a que en griego y en castellano son distintos el movimiento y la composición de la frase, formada muchas veces por varios de aquéllos.

He aquí ahora lo que he podido hacer:

Del lecho del preclaro Titón salió la Aurora
Llevando a dioses y hombres la luz, cuando fué enviada
Por Zeus la perniciosa Discordia hacia la anclada
Flota aquea, del signo de guerra portadora (1).
Desde el gran buque negro de Ulises, que se hallaba
Al medio, y para de ambos lados ser así oída,
A la vez en las tiendas de Ayax Telamonida
Y Aquiles, cuyas naves las dos alas formaban,

(1) El signo de guerra solía ser un manto rojo, figurado tal vez en esta ocasión por el color de la aurora.

Pues tal confiábanse ambos en su valor potente,
Erguida allá la diosa, gritó terriblemente,
Infundiendo, belísona, en cada pecho aqueo,
De pelear y batirse sin cesar, gran deseo.
(Y al punto la guerra hízoseles más amable y más suave
Que el regreso a la tierra querida en la honda nave.)

Gritó Atrida ordenando que se armen los argivos,
Mientras vestía el bronce de resplandores vivos.
Atóse hermosas grebas con hebillas de plata,
Y al pecho ajustóse una coraza que le diera
Ciniras, como prenda de hospitalidad grata,
Cuando en Chipre la grande novedad conociera
De haberse los aqueos para Troya embarcado,
Y al monarca complugo su don de tal manera.

Diez de sus bandas eran de acero empavonado,
Doce de oro y veinte de estaño; a cada lado,
Tres dragones azules subían serpenteantes
Hasta el cuello, como esos iris que para asombro
De los ojos humanos estampa culminantes
El Kronida en las nubes. El rey colgó de su hombro
Una espada con clavos de oro, relumbrantes,
Y con vaina de plata cuyos justos tirantes
Eran también de oro. Después alzó el guerrero
Su fuerte, hermoso y rico broquel cuyo tamaño
Era tal, que podía cubrir a un hombre entero:
Ceñíanlo diez aros de bronce, con amaño,
Guarnecíanlo veinte bollos de blanco estaño,
Y en el medio había otro de empavonado acero.
La terrible Gorgona cuyo ojo avieso mata,
Decoraba el contorno, con la Fuga y el Miedo;

Y serpenteaba sobre su correa de plata
Otro dragón cerúleo, que alzaba en fino enredo
Tres cabezas de un solo cuello. Caló por fin
El bicrestado yelmo de cuatro carrilleras,
Que encorvaba, terrible, su penacho de crin,
Y asió dos fuertes lanzas, agudas y certeras,
Cuyo bronce alargaba su brillo hasta el confín;
Mientras el trueno hacían sonar Hera y Atena,
Para honrar al monarca de la rica Micenas.

Cada cual a su auriga previene, cuidadoso,
Que tenga los caballos dispuestos junto al foso;
Y unidos, y ajustada la armadura sonora (1),
Lánzanse con gran grito desde antes de la aurora,
Escoltados de cerca por la caballería.
Y el Kronida suscítales siniestra gritería,
Y un rocío de sangre desde el éter ha enviado,
Pues debe echar al Hades tanto jefe esforzado.

A su vez los troyanos fórmanse en la meseta,
En torno del grande Héctor, el justo Polidamas,
Eneas, que su pueblo tal como a un dios respeta,
Y los tres Antenóridas: Pólibo, el mozo Acamas
Que un inmortal parece, y el divino Agenor.
Héctor, con su pulido broquel, puja en ardor;
Y como el astro aciago que se oculta o rutila,
Ya en el seno, ya fuera de las nubes obscuras,
Así de la primera pasa a la última fila

(1) El epíteto "sonoro" no es del texto; mas todas las armaduras homéricas resuenan cuando los héroes caen, hasta volverse esto un verdadero estribillo.

Dando órdenes, y envuelto por el bronce fulgura
Como el rayo de Zeus portaégida.
Y tal cual
Opuestos segadores cortan los prietos haces
De cebada o de trigo, por las melgas feraces
De algún rico, troyanos y aqueos por igual,
Acométense y diézmanse como lobos audaces,
Sin que nadie se acuerde de la huída fatal.
Unica entre los dioses, la Discordia inclemente
Gozaba en contemplarlos; pues los otros, ausentes
En los bellos palacios que tienen por asilos
En el sinuoso Olimpo, reposaban tranquilos,
Achacando al nubígero Kronida la victoria
De los troyanos; mientras él, sentándose aparte,
Sin hacer caso de ellos, y ufano de su gloria,
Alejado miraba la ciudad y el baluarte
De las naves aqueas, y el resplandor del bronce,
Y los que allá mataban y morían entonces.

Mientras duró la Aurora y aumentó el santo día,
De ambos lados los tiros hirieron a porfía
Y cayeron los hombres. Mas, a la hora en que apresta
El leñador su almuerzo bajo la honda floresta,
Pues de cortar, cansado, la arboleda fornida,
Ansia su ávida entraña la agradable comida,
Los dánaos cuyas filas dándose ánimo fueron,
Las falanges troyanas intrépidos rompieron.
Agamenón, al frente, mata al irreprochable
Bianor, pastor de pueblos, y a Oileo su auriga,
Que saltando del carro por delante lo hostiga,
Clavándole en la frente su lanza formidable.

Pues el sólido yelmo no la puede aguantar,
Y partiéndole el hueso los sesos le revuelve:
Que así el bote de lanza rindiéralo al saltar.
Agamenón, rey de hombres, las corazas les quita,
Y cuando allá los deja con el pecho blanqueando,
Para matar a Antifo y a Iso se precipita.
Ambos, que hijos de Príamo son, legítimo el uno
Y natural el otro, pelean de consuno,
Montando un solo carro donde el bastardo guía,
En tanto que el perínclito Antifo lucha. Un día
Aquiles en las cumbres del Ida sorprendiólos
Cuidando sus ovejas, y con lianas atólos,
Que desligó el rescate. Mas ya el potente Atrida
Al uno en la tetilla lancea, y con un tajo
En la oreja de Antifo, lo echa del carro abajo.
Al quitarles las armas con premura homicida,
Los conoció, que junto de las naves los viera
La vez que el raudo Aquiles llevólos desde el Ida.
Como cuando a los chotos de la cierva ligera
El león despedaza con férrea mordedura,
Quitándoles la tierna vida en su madriguera;
Y aquélla, aunque esté próxima, salvarlos no procura,
Pues le viene un horrible temblor, y a la carrera
Por el robledo espeso, sudorosa se apura
Para salvar del ímpetu de la violenta fiera:
Así ningún troyano puede evitar su ruina,
Tanto ante los argivos su pavor desatina.

Mas ya contra Pisandro e Hipóloco el valiente,
Hijos del bravo Antímaco, que al oro y los presentes
De Alejandro rendido, no permite que sea

Devuelta Helena al blondo Menelao, va el potente
Agamenón, y de ambos hijos se enseñorea.
Desde el carro en que aquietan la veloz yunta, unidos,
Pues las brillantes riendas soltaron aturdidos
Al lanzarse a manera de un león el Atrida,
Hincados suplicábanle:
—Captúranos con vida,
Hijo de Atreo, y digno precio habrás adquirido,
Pues tiene muchos bienes Antímaco en su casa,
Y bronce, y oro, y fierro labrado que sin tasa
Te entregará en rescate nuestro padre, si sabe
Que vivos nos hallamos en las aqueas naves.

Así, con dulce acento, llorando al rey hablaron,
Pero amarga respuesta de su boca escucharon:

—Pues si hijos sois de Antímaco, aquel que propusiera
En la asamblea por los troyanos celebrada,
Matar a Menelao que llegó de embajada
Con el deiforme Ulises, para que no volviera,
Vais a pagar de vuestro padre la vil injuria.

Dice y tumba a Pisandro, lanceándolo con furia
En pleno pecho, mientras para matarlo ha asido
A Hipóloco que salta, y en el suelo tendido,
Las manos con la espada le corta, y lo degüella,
Y lo tira rodando cual si fuera un mortero
Entre las filas. Déjalos así, y al entrevero (1)

(1) Empleo esta forma substantiva de entreverar, que usamos los argentinos, por considerarla perfectamente castiza.

Que mezcla las más densas falanges, atropella
Con los otros aqueos de las grebas brillantes.
Allá al infante que huye, matan otros infantes;
Y los héroes montados, con el bronce se ultiman,
Entre la polvareda de los cascos piafantes.
Matando siempre, mientras a los dánaos anima,
Va Agamenón. Y como cuando el incendio estalla
Voraz en una selva virgen, revuelve el viento
Las llamas, y propaga su furor que, violento,
Los quemados arbustos de raíz avasalla,
Tal así van cayendo las testas abatidas
De los troyanos que huyen de Agamenón Atrida.
Y desbocados cruzan el campo de batalla,
Con los carros vacíos cuyo estrépito aterra,
Numerosos corceles de cervices airosas,
Que a sus diestros aurigas extrañan ver por tierra,
Más gratos ya a los buitres que a sus propias esposas.

En ese instante Zeus substrae a Héctor, oculto,
Del polvo, la matanza, la sangre y el tumulto.
Pero Atrida a los dánaos un nuevo ardor reitera,
Y hacia la ciudad huyen ansiosos los troyanos,
Dejando detrás de ellos, al cortar por los llanos,
La tumba del viejo Ilo Dardánida y la higuera;
Mientras, siempre hostigándolos, Atrida vocifera,
Empapadas en sangre sus invencibles manos.
Los que al haya y las puertas Esceas van pudiendo
Llegar, aguardan a los que corren todavía,
Espantados cual vacas que fuera persiguiendo
El león en la noche, para dar muerte impía
A una de ellas, trozándole con férrea mordedura
La cerviz, y engullendo su sangre y su asadura:

Que así el príncipe Atrida, mientras huyen cuitados,
Los acosa y les mata todos los rezagados.
Y a otros muchos Atrida, lancero prepotente,
Desmontó por su mano, ya de atrás, ya de frente;
Mas, cuando al alto muro de la ciudad, cercano
Se hallaba, el padre de hombres y dioses, desde el cielo,
Bajó al manante Ida, de cumbres soberano,
Y sentándose en una, con el rayo en la mano,
A la aurialada Iris excitó a andar con celo:

—Anda pronto, Iris, y a Héctor da este mensaje: En tanto
Vea que el pastor de hombres Agamenón, abate
Las filas de guerreros en su heroico adelanto,
Retírese, exhortando su ejército al combate.
Mas, no bien aquél, siendo de flecha o lanza herido,
Salte al carro, he de darle fuerzas para que mate,
Hasta que a los armados buques llegue su embate,
Y el sol se hunda y la noche sagrada haya venido.

Dijo, y la rauda Iris de aéreos pies, sumisa,
Bajando de los montes ideos, fué de prisa
A la santa Ilión, donde, de pie en su fuerte coche,
Halló al noble Héctor hijo de Príamo el sin reproche.
Y a su lado poniéndose, dijo Iris la veloz:

—Héctor, hijo de Príamo, prudente como un dios,
El padre Zeus me manda que así te diga: En tanto
Veas que el pastor de hombres Agamenón, abate
Las filas de guerreros en su heroico adelanto,
Retírate, exhortando tu ejército al combate.
Mas, no bien aquél, siendo de flecha o lanza herido,

Salte al carro, ha de darte fuerzas para que mates,
Hasta que a los armados buques llegue tu embate,
Y el sol se hunda, y la noche sagrada haya venido.

Dice la rápida Iris y se aleja. Héctor salta
Del carro con sus armas, y altas lanzas blandiendo,
Nuevo ardor en las filas que así recorre, exalta,
Y promueve un combate más arduo y más tremendo.
Vuélvense, pues, los suyos contra la gente aquea
Que sus falanges cierra también, y la pelea
Reanúdase de frente, mientras va delantero
Agamenón, deseoso de ser el más guerrero.

Decidme ahora Musas que habitáis la imponente
Morada del Olimpo, quién allá fué el primero,
Troyano o noble aliado, que a Agamenón dió frente

Ifidamas, otro hijo de Antenor, grande y fiero,
El cual crióse en Tracia, de ovejas fértil madre,
Donde Ciseo, abuelo materno suyo, y padre
De Teano la hermosa, lo adoptó desde niño;
Y cuando hubo alcanzado la juventud gloriosa,
A su hija le dió para retener su cariño.
Pero él, abandonando su tálamo y su esposa,
Al saber que llegaban los aqueos en guerra,
Partió con doce sólidos buques, tomando tierra
En Percote, de donde marchó a pie para Ilión.
Este fué el que, resuelto, dió frente a Agamenón.
Así que se agredieron, erró Atrida el lanzazo,
Pues se desvió su pica, mientras dióle Ifidamas
Un bote en la cintura, bajo de las escamas
De la coraza, al ímpetu de su pujante brazo.

Mas, no rompió el labrado tahalí, en cuya plata
Torcióse como plomo la moharra, salvando
A Agamenón potente, quien, del asta tirando,
Con la furia de un bravo león se la arrebata,
Y de un tajo degüéllalo, sus miembros aflojando.
Así cayó, durmiéndose en el sueño de bronce,
El desdichado, mientras la ciudad socorría,
Lejos de aquella esposa, que novia todavía,
Agradecer no pudo sus dones hasta entonces.
Pues cien bueyes teníale por dote asegurados,
Y mil cabras y ovejas de sus muchos ganados
Entre otras varias prendas le había prometido.
Agamenón Atrida lo expolió, y de trofeos
Llevó sus ricas armas por entre los aqueos.

Mas, Coón, primogénito de Antenor, lo ha advertido,
Guerrero celebérrimo a quien embarga todo
La violenta amargura del hermano caído.
Y a Agamenón ataca, por el flanco escondido,
Y el brazo le atraviesa por debajo del codo
Con la brillante pica. Tiembla el monarca herido,
Mas, sin dejar la lucha, con su impetuosa lanza
Carga a Coón que apúrase, llevando de un pie asido
A Ifidamas, su hermano de padre, mientras lanza
A sus mejores hombres apremiante alarido.
Tal por entre las filas lleva el cuerpo arrastrado,
Que cubre con el cóncavo broquel, cuando endereza
Agamenón su pica contra él, y derribado,
Sobre el propio Ifidamas le corta la cabeza.
Así los Antenóridas su destino cumplieron,
Y al Hades por la mano del rey Atrida fueron.

En tanto éste las filas enemigas arredra,
Cruzándolas a espada, lanza y enormes piedras,
Mientras corre caliente la sangre de su herida;
Pero así que secándose, cuajada se aglomera,
Vivos dolores quiebran la fuerza del Atrida.
Como cuando atormentan la puérpera abatida
Con sus dardos las crueles Ilitias, hijas de Hera,
Que amargamente ayudan al parto en sus rigores,
La fuerza del Atrida quiebran vivos dolores.
Salta al carro afligido, y a su auriga ordenando
Que vuelva hacia las naves, va a los dánaos clamando:

—¡Amigos, jefes, príncipes, no dejéis que a la flota
Llegue el combate aciago, pues Zeus no ha permitido
Que hoy día en los troyanos consume la derrota!

Dijo, y hacia las cóncavas naves picó el auriga
Los crinados corceles que volaron gamosos,
Espumantes los pechos, y todos polvorosos,
Sacando al rey del campo, trozado de fatiga.

Pero Héctor nota entonces que Agamenón se ausenta,
Y a troyanos y licios con gran clamor alienta:

—¡Troyanos, licios, dárdanos, que no temáis la lucha,
Acordaos, amigos, que vuestra fuerza es mucha!
Partió el varón más bravo, y a darme gran victoria
Va el Kronida. Echad vuestros corceles altaneros
Sobre los bravos dánaos, y obtendréis mayor gloria.

Dice, exaltando el ímpetu de sus fuertes guerreros.
Y cual lanza los perros de brilladores dientes

Contra un león o un híspido jabalí el cazador,
Héctor Priámides, émulo de Ares el inclemente,
Azuza a los troyanos contra el dánao invasor (1).
Y encabeza magnánimo, cayendo en la refriega
Como huracán de lo alto que el mar azul disgrega.

¿Cuál fué en eso el primero y último a quien mató
Héctor Priámides cuando Zeus lo glorificó?

Aseo, Antínoo, Opites y Dólope Clitida;
Ofelcio, Agelao, Esimno, Oro y el belicoso
Hipónoo, son los jefes dánaos que sin vida
Dejó allá, arremetiendo después contra la plebe.
Y como cuando el Céfiro, en huracán profundo,
Las nubes congregadas por el Noto remueve,
Hinchando gruesas olas que al soplo vagabundo
Su espuma desbaratan, así Héctor furibundo
Siega las abundantes cabezas de la plebe.

Y allá entre mil estragos el desastre llegara,
Y huyendo los aqueos dieran en sus navíos,
Si a Diomedes Tideides, Ulises no exhortara:

—Tideides ¿ya olvidamos, acaso, nuestros bríos?
Ven, amigo, a mi lado, pues gran vergüenza fuera
Que Héctor del casco espléndido las naves nos cogiera.

Diomedes contestóle: —Resistiré, sin duda;
Mas todo será inútil, pues que Zeus tempestuoso
Dispensa a los troyanos su victoriosa ayuda.

(1) "Invasor" no es del texto; pero cae perfectamente en el caso.

Dice, y al rey Timbreo, de un lanzazo impetuoso
En la tetilla izquierda, derríbalo del carro;
Mientras acaba Ulises a Molión el bizarro
Que era el auriga. Déjanlos así que los han muerto,
Y atacando a la turba causan gran desconcierto.
Dos bravos jabalíes que arrollan la jauría,
Al diezmar las falanges troyanas parecían
Revolviendo sobre ellas; mientras a pecho abierto,
Respiraban los dánaos que allá de Héctor huían.

En un carro tomaron luego a dos principales
Jefes, hijos de Mérops Percosíano, el cual
No teniendo en el arte de adivinar rivales,
Prohibióles que fueran a la guerra fatal.
Mas no le obedecieron, pues la Parca homicida
A la muerte arrastrábalos. Quien les quitó alma y vida
Fué Diomedes Tideides, ilustre por la lanza,
Expoliando sus ricas armas, mientras Ulises
A Hipódamo y a Hipéroco mataba sin tardanza.

Entonces, contemplándolos diezmarse, desde el Ida,
La igualdad del combate restableció el Kronida.
Tideides hirió de una lanzada en la cadera
Al héroe Peónida Agástrofo, que falto
De sus caballos para fugar, gran mal sufrió;
Pues dejando a su auriga, lanzóse a pie al asalto
Con los primeros, hasta que la vida rindió.
Pero ya Héctor que al pronto los ve, carga gritando,
Con las huestes troyanas; y al advertir que viene,
Estremécese el bravo Diomedes, así hablando
A Ulises que a su lado sin cejar se mantiene:

—Ya se nos viene aquella plaga que Héctor se nombra.
¡Mas, ea, resistamos con ánimo dispuesto!

Dice, y cimbrando tira su asta de larga sombra,
Y acierta a la cabeza, dando en el casco enhiesto;
Pero aquel bronce estréllase al bronce tresdoblado
Del ocular yelmo que es don de Febo Apolo,
Y que así el fino cutis del héroe ha salvado.
Rápido, entre las filas, retrocede Héctor solo,
Párase, y de rodillas cae, apoyando al suelo
Su fuerte mano, y cubre sus ojos negro velo.
Y mientras va Tideides por entre la avanzada,
Tras su pica que el tiro dejó en tierra clavada,
Recóbrase, y al carro saltando, huye y evita
La negra parca, con la multitud confundido.
Lanza en mano, Diomedes el pujante, le grita:

—Otra vez a la muerte, perro, te has substraído,
Aunque tan cerca estuvo tu perdición, que sólo
Pudo salvarte de ella tu patrón Febo Apolo,
Que invocas contra el dardo de temeroso ruido.
Pero si Dios me ayuda, pronto habré de acabarte,
Mientras doy a cada uno de los otros su parte.

Dijo, y al gran lancero Peónida expoliaba,
Cuando Alejandro, esposo de Helena la hechicera,
El cual, tras de la tumba donde el pueblo venera
Al viejo Ilo Dardánida, contra un pilar estaba,
Apuntó su arco al príncipe Tideides, que sacaba
Al valeroso Agástrofo el rico arnés del pecho,
Y el escudo del hombro, y el fuerte yelmo, cuando
Tiró aquél y, certero, le dió en el pie derecho
Que le clavó por tierra, su empeine atravesando.

Dejó el reparo entonces, riendo satisfecho,
Y se glorió exclamando:
—Te herí! No erré mi tiro,
Que ojalá arrebatándote la vida el vientre te abra.
Los troyanos tendrían para su mal, respiro;
Que a fuer de león te huyen cual baladoras cabras.

Diomedes, sin turbarse, replicó:
—Fatuo arquero,
Ufano de los cuernos, seductor de doncellas:
Si las armas midiéramos en leales querellas,
No te valdrían rápidas flechas ni arco certero.
Mas, porque un pie me arañas, promueves necio alarde,
Aunque esto me preocupa de la misma manera
Que si un niño inocente o una mujer me hirieran;
Pues romo es el flechazo del vil y del cobarde.
Otro es mi agudo dardo que mata apenas roza.
Y la mujer del muerto la cara se destroza,
Y huérfanos se quedan sus hijos, tristes seres,
Y él se pudre allá sobre la tierra que ensangrienta,
Viéndose en torno suyo más buitres que mujeres.

Dijo, y el bravo Ulises, con prontitud atenta,
Se le puso delante, y así pudo tras él
Sentarse y arrancarse la flecha del pie herido,
Y por todo su cuerpo corrió un dolor cruel.
Entonces saltó al carro con ánimo afligido,
Ordenando a su auriga que volviese a la flota.

Así el ilustre Ulises quedó solo y perdido,
Que a todos los aqueos podía la derrota.
Y gimiendo en su heroico pecho empezó a decir:

—Ay de mí, qué ardua prueba! Si es gran vergüenza [huir
De esta gente, es más triste que me tomen aislado,
Pues a los otros dánaos el Kronida ha espantado.
Mas, ¿de qué me preocupo? Bien sé que en el combate
Sólo huyen los menguados, al paso que el valiente
Se porta con firmeza, sea que muera o mate.

Mientras así agitábanse su corazón y mente,
Las escudadas fuerzas troyanas arribaron,
Y al rodearlo, su propia desgracia allá encerraron.
Como embisten los perros y los robustos mozos
Al jabalí que carga desde las frondas densas,
Afilando en las corvas quijadas sus defensas
Que con hondos crujidos amenazan destrozos,
Sin aflojarle, aun cuando sus furias son inmensas:
Tal cercaban a Ulises, caro a Zeus, los troyanos.
Pero él saltó, blandiendo su lanza formidable,
Y hundió un hombro a Deyópites, guerrero irreprochable.
Mató a Tóon y a Eunomo, con golpes soberanos,
Y al saltar Quersidamas del carro, el bronce agudo
Le envasó en el ombligo bajo el cóncavo escudo:
Que así fué al suelo, asiendo la tierra con las manos.
Dejólos allá entonces, y siempre más sañudo,
Lanceó a Cárope Hipásida, que era hermano carnal
Del bien nacido Soco; pero éste, a un dios igual,
Va en socorro del otro, y acercándose exclama,
Parado allá:
—Oh Ulises el de la extensa fama,
Incansable en ardides y en tareas: hoy día
O podrás alabarte de que aquí tu pujanza

Dos varones Hipásidas acaba y expolía,
O perderás la vida, pasado por mi lanza.

Dijo, y al liso escudo dió con la recia pica,
Que rompiendo el brillante broquel, se hundió en la rica
Coraza, desgarrando la piel de un flanco entero.
Mas, Palas Atenea no permitió, prudente,
Que a revolver llegara las tripas del guerrero;
Y al no sentirse Ulises herido mortalmente,
Retrocedió diciéndole a Soco:
—Ah, desgraciado,
Tu perdición es cierta, porque si ya has logrado
Que a los troyanos deje de combatir, te juro
Que han de alcanzarte hoy día muerte y destino obscuro;
Y al rendirte mi lanza, darásme entre los otros
Gloria a mí y tu alma al Hades célebre por sus potros.

Así habló, y como Soco para huir se volviera,
Le clavó entre los hombros, de atrás, su lanza entera,
Que salió por el pecho. Tal cayó con estruendo
Ante el divino Ulises, que se alabó diciendo:

—Oh Soco, hijo de Hipaso, domador aguerrido,
No escapaste a la muerte que aquí te ha sorprendido.
Ah, infeliz! Ni tu padre ni tu madre honorable
Te cerrarán los ojos; y las aves de presa
Te comerán, batiendo sobre ti su ala espesa;
Mientras cuando yo muera, conforme a mis deseos
Me honrarán con exequias los divinos aqueos.

Dijo, y la recia pica del bravo Soco asiendo,
La arrancó de sus carnes y del combo broquel,

Con que brotó la sangre, su valor afligiendo;
Y los nobles troyanos, al verla así corriendo,
Exhortáronse para cargar juntos sobre él.
Entonces, reculando, grita a sus camaradas
Por tres veces, con toda la fuerza que le resta;
Y el marcial Menelao que oye esas tres llamadas,
Dice a Ayax que a su lado fuerte ayuda le presta:

—Divino pastor de hombres, Ayax Telamonida,
Oigo el grito del próvido Ulises, que alto estalla,
Como si los troyanos, con fiera acometida,
Rodeado lo tuvieran en la dura batalla.
Ea, pues, socorrámoslo, no sufra ese valiente
Puesto así, algo que lloren los dánaos grandemente.

Dice y marcha seguido del hombre igual a un dios,
Hallando luego a Ulises, caro a Zeus, que rodea
La falange troyana, tal como una ralea
De bermejos chacales que en el monte va en pos
De algún cornudo ciervo, que herido de un flechazo
Huye, y así escapando del cazador, se interna
Mientras corre su tibia sangre y le dan las piernas;
Hasta que la saeta lo tumba en un ribazo
De la montaña umbrosa, donde los carniceros
Chacales ya comienzan a destrozarlo; pero
Sale al azar y ahuyéntalos el león soberano,
Devorando él la presa: tal, numeroso y fuerte,
Contra el sagaz Ulises cierra el grupo troyano,
Y va apartando el héroe a lanzadas la muerte.
Entonces, con su escudo grande como una torre,
Se alza Ayax a su lado y a los troyanos corre,

Mientras que Menelao, de la ruda refriega
Lo saca, y el auriga con los caballos llega.

En tanto Ayax, cargando con furia repentina,
A Doriclo, bastardo de Príamo, extermina.
Hiere a Lisandro y Pándoco, a Píraso y Pilarte;
Y cual del monte al llano, desbordado en gran parte
Por las lluvias de Zeus, torrencial río baja,
Llevando mil encinas y abetos que descuaja,
Y enturbiando de légamo el mar, así el brillante
Ayax, en la llanura va echando por delante
Caballos y hombres.
Héctor lo ignora todavía,
Pues a la extrema izquierda del campo combatía,
Junto al río Escamandro, que es donde más cabezas
Ruedan, mientras en torno del gran Néstor y el bravo
Idomeneo, el vasto clamor no tiene acabo.
Y Héctor que con la pica y el carro hace proezas,
En las nuevas falanges causa gran menoscabo.
Pero aun la aquea tropa su campo no cediera,
Si Alejandro, marido de Helena la hechicera,
No abate al pastor de hombres Macáon que en la porfiada
Lucha descuella, hiriendo con flecha trifurcada
Su hombro diestro. Los dánaos, aunque coraje alienten,
Temen que muera en pugna desigual el valiente;
Con que, al divino Néstor, dice así Idomeneo:

—Oh Néstor Neleiades, gloria de los aqueos,
Con Macáon al carro sube ya, y prontamente
Dirige tus solípedos corceles a las naves,
Que vale un solo médico por muchos combatientes,
Pues extrae las flechas y aplica drogas suaves.

Dice, y accede Néstor Gerenio el caballero,
Que al punto sube al carro, donde monta zaguero
Macáon, hijo de Asclepios, médico de gran ciencia,
Y anima a sus corceles, que en ímpetu ligero,
Vuelan hacia las naves buscando la querencia.

Entonces Cebrión, que a Héctor en el carro acompaña,
Ve huir a los troyanos y dícele:
—Héctor, mientras
Peleamos a los dánaos en la extrema campaña,
Los nuestros con sus carros en aprieto se encuentran.
Ayax el Telamonio los dispersa; no dudo
Que es él, pues lo conozco bien por el ancho escudo
Que cubre sus espaldas. Llevemos carro y yunta
Donde con más estragos la lucha aciaga junta
A jinetes e infantes, y el estruendo es más rudo.

Tal dice, y con el carro, los crinados corceles
Que su sonoro látigo a la carrera excita,
Por entre los troyanos y aqueos precipita,
Pisoteando cadáveres y abollados broqueles.
Empapa el eje y hasta las baramdas salpica
La sangre que chapuzan los cascos y las llantas;
Y el héroe, más ganoso de pelear se adelanta,
Y aturdiendo a los dánaos, sin dar paz a la pica,
Los rompe en el siniestro tumulto que levanta.
Pero mientras las filas enemigas arredra,
Cruzándolas a espada, lanza y enormes piedras,
A Ayax Telamonida, tan sólo, el cuerpo saca,
Pues Zeus contra él se irrita si a otro más bravo ataca.

Zeus, padre excelso, entonces, aterró a Ayax. De [asombro
Paró aquél, se echó el séptuple broquel de cuero al [hombro,
Y cejó, pero haciendo con frecuencia altanera
Cara a la turba, paso a paso, como una fiera.
Y como un león flavo que echan de la estacada
Boyal, perros y rústicos, que en pie la noche entera
Le impiden que haga presa de la gorda boyada;
Y él, ávido de carne, se arroja; pero en vano,
Pues mil dardos le lanzan con vigorosa mano,
Y antorchas que lo espantan a pesar de su ira,
Con que, al rayar la aurora, mohino se retira:
Así Ayax afligido, no obstante sus deseos,
Se va, pues mucho teme por los buques aqueos.
Tal cuando un asno llega lentamente al sembrado,
Y arrollando a los chicos que en su lomo han quebrado
Numerosas estacas, pace la mies profunda
Bien adentro metido, y ellos siguen la tunda;
Mas, su esfuerzo impotente para echarlo no alcanza,
Sino cuando está sacio ya: en multitud nutrida,
Los troyanos y aliados van dando de la lanza
Contra el broquel del prócer Ayax Telamonida.
Y lo persiguen siempre, bravos y numerosos,
Mientras él recordando sus bríos impetuosos,
Ya se vuelve contra esos troyanos domadores
Y enfrena sus falanges, ya torna a huir, y a todos
Impide que a las naves se acerquen vencedores.
Y airado va por entre dánaos y troyanos,
En tanto que al impulso de vigorosas manos,
Clávanse en su ancho escudo los dardos que le lanzan

Avidos de su carne, o húndense ante él por tierra
Sin lacerar su blanco cuerpo los que no alcanzan.

En eso Eurípilo, hijo preclaro de Evemón,
Viendo cómo lo abruman los dardos, se le allega,
Y arrojando el brillante venablo en la refriega,
A Apisáon Fausiades, eminente varón,
Clava el hígado, bajo del diafragma, aflojando
Sus miembros; pero mientras lo estaba despojando,
Advirtiólo Alejandro, que hallábase al acecho,
Y disparando su arco, le hirió el muslo derecho.
Rompióse allá la caña de la veloz saeta,
Y la pierna trababa, colgando así incompleta.
Volvió el héroe a los suyos para evitar la muerte,
Y a los guerreros dánaos proclamó con voz fuerte:

—¡Amigos, jefes, príncipes de los argivos, ea,
Paraos ya, y tornando, salvad a Ayax la vida,
Pues los dardos lo abruman con tesón homicida,
Y quién sabe si escapa de la feroz pelea:
Rodead de frente al prócer Ayax Telamonida!

Así el herido Eurípilo dirigióles su ruego.
Con que, al hombro el escudo, las lanzas enristrando,
Rodeáronlo. Fué hacia ellos Ayax, que tomó el mando,
Y tal se combatían ardientes como el fuego.

INTERPRETACIONES HOMÉRICAS

Los lectores que me favorecen con su atención, recordarán que en las notas al Canto XI de la *Ilíada*, interpreté del siguiente modo el controvertido hexámetro 385o., con que Diomedes apostrofa a Paris: *Fatuo arquero, ufano de los cuernos, seductor de doncellas.* Pero, como es natural, no alcancé a exponer todas mis razones en una nota. Propóngome hacerlo ahora, contribuyendo a la selecta actualidad que las eruditas lecciones del profesor Fougère están dando a estos asuntos, y todavía por una especial circunstancia: el sabio helenista, a quien consulté desde luego sobre mi ocurrencia, la consideró atrevida, sin duda, pero tan buena como las otras dos, las clásicas. Yo la creo más satisfactoria, críticamente hablando, y por eso la propuse y me decido a argumentarla hasta el fin de mis recursos en la materia.

Transcribiré mi nota para empezar:

"Algo menos modesto resultará mi disentimiento con las dos versiones aceptadas en la frase despectiva que Diomedes aplica en el verso 385 a Alejandro (Paris) quien acaba de flecharle un pie: literalmente, ufano del cuerno o de los cuernos. La frase, evidentemente elíptica, con lo que es de suyo un sobrentendido, forma parte de un triple insulto cuyos otros dos miembros dicen: fatuo (o insolente) arquero, y seductor (o mirón) de doncellas. Suponer que se refiere al arco de Alejandro, porque los arcos de los héroes solían ser de cuerno, resulta un pleonasmo inaceptable. El que insulta, varía sus reproches para más ofender, lejos de insistir en ellos. Fuera de que la ufanía del arco no era despreciable, según se ve por Pándaro y Ulises, tan orgullosos de los suyos, como de su destreza en manejarlos. La otra interpretación, que proviene también de la antigüedad, consiste en atribuir la ufanía de los cuernos al peinado de Alejandro, supuesto de dicha forma; pero, no obstante la copiosa argumentación de Helbig (*La*

epopeya homérica, trad. francesa de Trawinsky, págs. 303 a 310), todo ello no pasa de una conjetura fundada en un verso del Canto III (el 55o.), donde Héctor dice al citado Alejandro que, vencido por Menelao, de nada habríanle valido los dones de Afrodita, ni su cabello, ni sus formas revolcados en el polvo. Véase también la argumentación, concordante con Helbig, de la obra de Th. Day Seymour, *Life in the Homeric Age*, págs. 175-176. Yo me limito a traducir directamente el texto, presumiendo que la alusión injuriosa de Diomedes: ufano de los cuernos, refiérese a la desventura conyugal de Menelao. Precisamente, al iniciarse la escena, el texto (verso 369o.) llama a Alejandro "esposo de la hechicera Helena"; designación que repite el 505o. La elipsis daría, pues, "ufano de los cuernos que pusiste a Menelao", seguida del correlativo reproche: "mirón (o seductor) de doncellas"; y por todo esto empezaría llamándole fatuo arquero. La subsiguiente jactancia del propio Diomedes acentúa la antítesis —que es el efecto buscado en la ocasión— entre el guerrero vale-

roso y el galán mujeriego. Ignoramos si en aquel tiempo los cuernos simbolizaban la desventura conyugal; pero sabemos que así era entre los griegos de la época histórica. Tales los textos de Artemidoro y de la Antología Palatina que trae el *Diccionario* de Daremberg y Saglio en el artículo pertinente. Las metáforas populares de ese género suelen ser de remotísima antigüedad, y con ello comunes a las razas indoeuropeas. Creo, pues, que mi pretensión no es excesiva."

El pleonasmo de la frase discutida, "ufano de los cuernos", con "arquero", considerábalo inaceptable Helbig, "porque —dice en el *loc. cit.* de su *Epopeya*— indicaría casi lo mismo". Dicha traducción, afirma pocas líneas antes, "es a todas luces inexacta". Ya me haré cargo de su argumento gramatical, consistente en que la voz cuerno, en singular, nunca tiene la acepción de arco *(íd. íd.)*. Quiero tan sólo insistir por el momento en que ser arquero no comportaba desdoro para los héroes de la epopeya. Eustacio habíalo argumentado con acierto: "Apolo y Diana son también arqueros." Y de esto sacó una

consecuencia ortográfica, que yo adopto, y a la cual en seguida me referiré. El buen arzobispo de Tesalónica pudo todavía enriquecer su célebre *Comentario* —profuso hasta lo indigesto como es— con citas del mismo Canto de la *Ilíada;* pues el pretendido desdoro del arco vendría de que "el flechero combate de lejos, siendo, en consecuencia, un cobarde" (nota de Alexis Pierron al verso discutido, en su edición de la *Ilíada).* Pero no hay tal. El reporche de "fatuo arquero" lanzado a Paris, es porque acaba de jactarse (versos 380-381) de haber herido a Diomedes; y cuando éste le habla de medir las armas en leal combate (verso 386) no se refiere a la flecha, sino a que el troyano peleaba escondido tras el sepulcro de Ilo Dardánida (versos 371-372).

No era cobarde pelear con armas arrojadizas. El tiro de que Diomedes se jacta en el verso 390, continuando su comparación despectiva para Alejandro, lo especifica la voz *belos* de acepción aplicable indistintamente a flecha y a dardo o venablo: el mismo, por lo demás, que designa la

saeta de aquél en el verso 376, cuando la arroja contra Diomedes. Si pongo yo "dardo" en mi versión, es recordando un trozo concluyente del Canto V, que constituye precisamente el poema de Diomedes. Este acaba de ser malherido de flecha por Pándaro, guerrero ilustre, a quien su compañero Eneas, más glorioso aún, hace precisamente (Canto citado, versos 171-176) el elogio de la saeta: "Eneas, respetado como un dios" (XI, 58). Curado por Atena, y buscado otra vez por Pándaro, quien le dice que va a emplear contra él la lanza, a ver si es más eficaz que la flecha (V, 278-279) lo cual excluye otra vez la suposición de cobardía en el arquero, Diomedes le contesta tirándole un venablo que lo mata. Así, pues, él también combatía de lejos con armas arrojadizas...

Tuvo, pues, razón Eustacio al escribir "arquero fatuo", sin la coma disyuntiva —y arbitraria— de los textos actuales, pues "arquero" no era insulto: puntuación que he adoptado, como dije.

Más inaceptable es la interpretación del pei-

nado, referida a un verso que nada dice de análogo. Ni tal suposición, ni la más arbitraria todavía del gorro frigio que tal vez (!) llevaba Alejandro, resisten a esta advertencia: el troyano, como todos los héroes, estaba armado, es decir cubierto con su yelmo en la batalla, tal como lo describe el Canto III (versos 330-337). El otro verso que cita Helbig, referente al troyano Euforbo (XVII, 52) no dice más que "cabello trenzado con oro y plata". Y tales son los dos únicos pasajes homéricos en que se funda la arbitraria construcción. Ufano de los cuernos por ufano de los rizos, era injuria demasiado pueril en boca de Diomedes, el paladín formidable. Por lo demás, la mayor vanagloria de París consistiría en haber seducido a Helena.

No es menos vacilante la ortografía del binomio, que Pierron escribe *kérai áglaé*, pero que Helbig, con la mayor parte de los manuscritos, editores y glosógrafos, transcribe *kera* con alfa subscrita. Así también, menos la iota, Suidas, quien, por lo demás, se atiene de preferencia a la interpretación de los rizos, aunque menciona

la otra, que es de Aristarco. Pierron, transcribiendo a La Roche *(loc. cit.)*, advierte a su vez que sólo un alfa larga admitiría tal puntuación; pero que la del texto es breve. Tiene razón; mas, en uno y otro caso, con la voz pronunciada *kéraa* o *kére* como resulta, cométese hiato. Tal, para citar un ejemplo conocido, con la voz análoga *dépas*, copa, en la igual declinación dativa del verso 285 del Canto XXIV, que Nauck propuso salvar invirtiendo la colocación de las tres primeras palabras, como sucede en el 149 del Canto XV de la *Odisea*.

De los otros versos que suele citarse y que contienen la misma voz *dépas*, el 196 del Canto XXIII de la *Ilíada* admitiría también alfa larga; el 41 del Canto III de la *Odisea*, quedaría igualmente bien con *depa*, plural, por la eufonía y el sentido; y el 316 del Canto X del mismo poema, dice *depai*, pero con la iota elidida. Y no existen, según creo, ejemplos semejantes de dicha voz así tratada, fuera de Homero.

Si la he tomado en consideración, es porque suele ofrecérsela junto con *geras*, vejez, para

autorizar el dativo *kérai*, peculiar a la épica solamente; pero en *depas* y en *geras* el dativo se forma con *ai*, al paso que en *keras* el tema corriente es *kerat*, lo cual reviste capital importancia.

En efecto, si las pronunciaciones *kéraa* y *kere* dan hiato con *aglae*, cabe pensar, como lo propongo, en la construcción *kérata* con el alfa final elidida mediante un apóstrofo perfectamente castizo: *kerat'aglaé*. Así quedaría bien definido el plural, y el verso saldría prosódicamente mejor. Del otro modo es forzoso pronunciar *ai* en vez de *e*, cometiendo un iotacismo exagerado. Pues con esto casi no necesito advertir mi disentimiento erasmiano. Nada tan natural y tan común, por lo demás, en los manuscritos, como la substitución de la *tau* por la *iota*, dados su forma, altura y trazo. Quedando todavía el simple plural cacofónico de Suidas: *kera aglaé*, que vale tanto como los dativos susodichos. Así sale mejor también para las otras dos interpretaciones; pues, como dice Helbig, *keras* en singular nunca significa arco, al paso que los bucles de Paris exigen naturalmente el plural.

Por lo que respecta a la antigüedad de las metáforas y alegorías concernientes a los cuernos, basta recordar la del ganado en domesticidad. Así se explica que el toro tenga igual nombre en árabe y en latín: *táurun* y *taurus:* ejemplo importante, porque abarca los confines del mundo homérico. La abundancia de acepciones de la voz en griego: dieciocho, inclusive la discutida, comprueba al propio tiempo su antigüedad y sus profusas aplicaciones. Sus derivados son igualmente numerosos y significativos; así el grupo "cerviz", "cerebro" y "cráneo"; así "corifeo"; así "corvo" y "curva" en general, hasta explicarnos el nombre de "carne", que recibe la depresión en forma de S de un lado de la taba. Y todo ello limitándome al castellano solamente.

La antigüedad alegórica tenémosla manifiesta en el curioso ornamento de los llamados "cuernos de consagración", empleados por la arquitectura cretense mil ochocientos años antes de Jesucristo. Recomiendo al efecto el monumental *Homero* de Engelberto Drerup, en su edición y

versión italianas, muy superiores al original alemán por el número y la perfección de las ilustraciones que honran al Instituto de Artes Gráficas de Bérgamo (año 1910); y, naturalmente, los meritísimos trabajos de Evans, quien ha seguido con fruto una de las tantas excelentes sugestiones de Schliemann: la relativa al culto miceniano de la vaca cuyos cuernos creía ver en la media luna turca que fué la adopción del símbolo de la *Keroesa* bizantina. (*Mycènes*, traducción francesa de J. Giradin, páginas 69-72).

Para mayor seriedad, pues por razón de buen gusto he renunciado a las fáciles amenidades que sugiere el tema, casi todos esos símbolos y alegorías son comunes a la humanidad prehistórica. Doce años ha escribí en mi libro *Prometeo*, donde intento una explicación del fenómeno, estas palabras de renovada actualidad (pág. 280):

"En la alfarería prehistórica de Micenas y de Tirinto, encuéntranse las mismas figuras; pero tan exactamente iguales que sorprenden. Son las mismas serpientes de nuestros *pucos* calchaquíes; los mismos pájaros de largo cuello; hasta

el avestruz, en el fragmento núm. 42 de los reproducidos en la *Micenas* de Schliemann."

Así la preocupación de Homero es una cosa más nacional de lo que parece. Así cobra una trascendencia inesperada la imprecación libertina que supongo en las palabras de Diomedes. Así requiere, por último, conciencia y labor esta literatura de las versiones homéricas. Y todavía, si me atreviera a recomendar el substancioso capítulo que consagra a la evolución lineal de la cornamenta Th. A. Cook en su originalísima y eruditísima obra *The Curves of Life*...

Permítaseme que antes de concluir desvanezca una objeción formulada por el poeta D. Joaquín Castellanos a mi traducción del primer verso de la *Ilíada*, que dice:

Canta, diosa, el encono de Aquiles Peleyades.

Según él, la voz *menin*, que yo vierto por "encono", en vez de la "cólera" habitual o rutinaria, debe interpretarse por "indignación": ocurrencia que ha argumentado con ingenio y gallardía.

Dije en las notas pertinentes, que "cólera" es *colos* en griego, y que de ella deriva, en suma, nuestra voz; al paso que *menis* significa ira durable, encono, rencor; así, desde en la nota erudita de Pierron hasta en el diccionario manual de los escolapios. Ambas voces son sendas catacresis en su acepción psicológica. *Colos* significa propiamente bilis, y designa como tropo el derrame biliar que provocan los accesos de furor; *menis* se refiere a *menos*, alma, corazón, coraje, según Aristarco, y por ahí a "manía", según Apión, en cita que de ambos hace Apolonio el Sofista *(Lexicon*, etc., voz *Menis)*. Indignación, al contrario, es palabra con acepción propia en griego: *aganáktesis*. De suerte que ahí no cabe interpretación, sino traducción estricta. Amigo y admirador del poeta, no lo soy menos de la exactitud. Ella y Homero me valgan.

LAS CARRERAS DE LA «ILÍADA»

(Versión taquigráfica de la conferencia dada el 28 de agosto de 1922 en la Biblioteca Pellegrini, del Jockey Club, de Buenos Aires.)

SEÑORAS y señores:

Todos recordamos el epigrama de Voltaire, enderezado a los elogios hípicos de Píndaro, más célebres que hermosos:

Je te salue, divin Pindare,
Toi, qui célébras autrefois,
Les chevaux de quelques bourgeois
Et de Corinthe et de Mégare.

Bastaría tal advertencia para no intentar, en la ocasión, el elogio de los corceles con que se enorgullecen justamente los burgueses de Buenos Aires, si no hubiera otra circunstancia más imperiosa, y es mi perfecta incompetencia en la materia. No conozco el hipódromo. Nunca tuve

tiempo de concurrir a él, por mi desventura; si bien esta deficiencia que reconozco, proviene de que me hallaba ocupado en recorrer, sobre los libros, se entiende, pues es donde mejor subsisten, aquellos famosos circos antiguos, entre los cuales fué, por cierto, principal, el que establecieron para sus deportes los griegos sitiadores de Troya, sobre su mismo campamento, entre el mar y las colinas.

Pues no ha de verse en las anteriores advertencias ninguna intención irónica. Ni ella está en mi carácter, ni, dado el sitio donde hablo, sería otra cosa que un conato grosero, acto continuo desmentido por mi propia actitud. Fuí siempre admirador sincero y propagandista de estos viriles deportes, entre los cuales tal vez me ocupe algún día de los otros siete que al de mi presente comentario siguieron, comprendiendo, por ejemplo, el pugilato, que llamaríamos nosotros un *match* de *box*, y el tiro a la paloma: de tal modo parecen ellos actuales, y lo son realmente en la inmortalidad de la poesía. Porque una de las cosas que persigo con mi propaganda hele-

nista, es desvanecer el pedantesco error en cuya virtud suele considerarse a los griegos como si hubieran sido un pueblo de estatuas. Veremos, al contrario, por estas carreras de la *Ilíada*, cómo los episodios de su existencia fueron intensamente vividos, apasionados, violentos; y cómo, de tal suerte, el lenguaje que los narra resulta claro, sencillo, sobrio, vivaz —si conforme a mi propósito, salen algo semejante mis pobres versos, duramente cohibidos por las exigencias de una difícil versión.

Versión dificilísima, me atrevo a añadir, aunque con ello invoque tan sólo consideración, no disculpa: porque la belleza es inexorable y tiránica; y así, señoras mías, vosotras que la representáis, habéis de saber que a ningún galardón aspiro, si lo merezco, como al aplauso de vuestras manos hermosas. *(Aplausos.)* Y puesto que anticipado lo tengo, dejadme añadir que lo presentía de vuestra generosidad, al llegarme como el anuncio de una primavera precoz, en la flor de la sonrisa. *(Aplausos.)*

Por lo demás, el encanto del deporte hípico me

es conocido y amable; y puedo añadir con esto, que a su tiempo supe apreciar, bajo riguroso concepto estético, a fe mía, las líneas de belleza en maese *Botafogo* y la chispa semihumana en el ojo de *Craganoor* (1). Pero sobre esto insistiré al fin, cuando, por la razón que habrá de verse, haré una confidencia y me tomaré una venganza. Entremos, por el momento, de lleno en la materia homérica.

Las carreras de la *Ilíada* fueron el modelo, clásico ya en la antigüedad, del viril deporte. Corríanlas con carros, sin que parezcan haber existido las de caballos solamente, al menos en la época de los paladines homéricos; y tanto por la actitud del corredor, que siendo la misma del comando guerrero en la batalla, conservaba toda la correspondiente dignidad, cuanto por el carácter realmente heroico que le imprimían sus serios peligros, permitían que los príncipes montaran personalmente aquellos vehículos.

(1) Caballos famosos en las pistas de Buenos Aires.

Cuando los emperadores romanos, sobre todo los de la familia Julia-Claudia, propusiéronse, para fortificar la raza humana y refinar la equina, introducir en Italia los deportes helénicos, algunos, como Calígula y Nerón, dieron el ejemplo, corriendo personalmente sus carros.

Los reaccionarios de la época, que hacían nacionalismo abominando del deporte extranjero, desacreditaron como una bajeza aquella conducta, aunque los dichos emperadores imitaban con ello a los modelos más ilustres, que eran los príncipes y paladines homéricos. Y bajo esa falsa apreciación es como dichos actos han llegado habitualmente hasta nosotros. Pero, del propio modo, y esto es significativo, apreciaron aquellos reaccionarios otra democrática acción de los emperadores, que consistía en acudir a los Ateneos y sociedades culturales fundados y fomentados por ellos mismos en Roma, para dar conferencias literarias, algunas de las cuales tenían precisamente por tema comentarios de la *Ilíada* y la *Odisea*. Así Claudio, de quien el mismo Suetonio, su detractor, nos dice que solía apoyar

sus sentencias judiciales con hexámetros de Homero.

Estas carreras de la *Ilíada* en los versos que yo he traducido —que no son todos, pues falta al final, según veremos, la disputa por los premios, que ya no hace al caso, porque no forma parte de la carrera misma— tienen su situación conocida en el Canto XXIII del poema. Trátase, como sabemos, de los juegos fúnebres que Aquiles mandó celebrar una vez concluído el entierro de su amigo Patroclo. Empezaron con estas famosísimas carreras, y el trozo que yo he traducido comienza, a su vez, con la exposición de los premios de las mismas.

Creo que, con todo, vale la pena mencionar, por su atinencia con el asunto, las carreras a pie entre los héroes, cuyo ganador fué Ulises, en disputa cerrada con Ayax de Oileo (Id. 757-779), siendo los premios una crátera y un buey:

Puestos en fila, Aquiles señálales la meta.
Y al largar la carrera desde el sitio indicado,
El oileada adelántase veloz, mientras lanzado,
Detrás, el noble Ulises más de cerca lo aprieta.

Cuanto dista del pecho de la hilandera el huso
Con que, industriosa, el hilo de la trama dispuso,
Así Ulises tan próximo va, que con sus pies toca
Las huellas del otro antes que el polvo hayan alzado,
Y la cabeza rózale el soplo de su boca.
Corre el divino Ulises siempre con más presura,
Y todos los aqueos, al ver cómo se apura
Con el ansia del triunfo, lo aplauden y lo animan.
Mas cuando ya al fin de la carrera se aproximan,
Mentalmente ora Ulises a Atena:
—Oyeme, diosa,
Y da a mis pies ayuda.
Tal rogó, y fué escuchado
Por Palas Atenea, que al punto, aligerado
De miembros, pies y manos, lo realzó extremosa.
Al alcanzar el premio resbala Ayax (que Atena
Le hizo daño) en el fimo que allá se derramara
De los mugientes bueyes que a Patroclo inmolara
Aquiles; y el estiércol boca y nariz le llena.
Así ganó la crátera el divino y paciente
Ulises con ventaja, etc.

Tendré ahora que formular unas cuantas advertencias para la mejor comprensión del texto que va a leerse.

Entre los premios, veremos figurar dos sobre los cuales es necesario hacerlo así. El primero es un trípode de veintidós medidas y con asas;

el segundo, una doble copa que todavía no había sufrido las quemaduras del fuego.

El asunto de la copa es ya interesante y demuestra desde qué remotísima antigüedad figura como premio de las carreras. Esas dobles copas griegas eran en verdad un doble cuenco unido por las bases, de tal modo que podían asentarse u ocuparse indistintamente por cualquier lado. El trípode de veintidós medidas era, a su vez, una vasija profunda, y a ambas solían emplearlas con el objeto de calentar el vino de dos mixturas peculiarmente griegas. La primera era el *hipocrás*, que, como es sabido, consistía en un vino caliente, fuertemente cargado de especias: suerte de cordial, a su vez, con que los héroes solían darse coraje antes de empezar la batalla, o se reanimaban después de las fatigas de la lucha; y la segunda constituía un verdadero postre, que yo creo de origen oriental, y que consistía en una mezcla de viño añejo, miel y queso rallado. He aquí por qué la copa del premio estaba todavía indemne de quemaduras; era nueva, es decir poseía mayor mérito.

La otra advertencia sobre la cual necesito abundar un poco más, refiérese a los caballos. Estos verdaderos compañeros de la faena heroica, merecieron de los héroes homéricos consideraciones especialísimas, muy por cima de las que nosotros dispensamos a los nuestros. Así veremos, por ejemplo, que la yunta de caballos de Aquiles era inmortal, y que había sido regalada a su padre por el dios de los mares, Neptuno o Poseidón, el cual tenía cría de caballos. Por eso es que ellos se daban perfecta cuenta del fallecimiento de Patroclo, que había sido su conductor, y de ahí la sentimental y hermosa mención que hará a su respecto Aquiles; y por eso también en el Canto XIX lo lloran y hablan como personas. Esto se explicaría, por lo mismo que se trataba de corceles divinos; pero con los que eran mortales sucedía casi lo mismo, y veremos cómo los héroes se dirigían a ellos en largos parlamentos, y cómo ellos entendían, igual que si fuesen personas, todo lo que les hablaban. Claro es que ni los héroes homéricos ni los griegos posteriores creían en semejante comunicación ver-

bal y psíquica con los caballos. Esto era tan sólo un artificio de la poesía, con el objeto de encarecer la importancia de los mismos.

La otra advertencia se refiere a una breve noticia criolla que nos interesa particularmente. Aquiles solía agregar a su yunta de caballos divinos uno mortal y famoso a su vez, que había conquistado en Tebas de Cilicia. Y en una de las menciones, la más clara para el caso y la que he elegido para citar —los versos 152 y 153 del Canto XVI de la *Ilíada*— el poema llama a este ladero de los otros dos, *paréoros;* casi literalmente, como se ve por el sonido y por la acepción, nuestro *parejero*, palabra que, a pesar de su necesidad, de que nosotros la hemos impuesto virilmente con nuestras carreras, y de su ilustre origen, no figura, como es natural, en el Diccionario de la Academia. *(Risas.)* Veremos, por otra parte, que no es la única.

Me interesa decir por el momento, y concluiré con esto la introducción para entregarme a la lectura del texto, dos palabras sobre los carros.

Estos vehículos eran un poco distintos de los que se emplean ahora mismo para correr: los ligeros *sulkys* que todos conocemos. Consistían en un solo eje con dos ruedas igualmente muy recias y más bien pequeñas, y una ligerísima caja formada generalmente por una canasta de mimbre. Esta canasta solía llevar por delante una chapa de bronce de quita y pon para las funciones de guerra. La lanza o timón iba unida sólidamente al eje y al yugo, peculiaridad sobre la cual diré dos palabras, pues explica por qué en el poema se dice que los héroes *uncieron* los caballos, en vez de decir que los *ataron*, a nuestra usanza.

Tratábase, pues, de un yugo sólidamente atado y que asentaba en las cruces de los caballos por medio de almohadillas convenientes. Tenía por objeto formar un todo, lo más completo posible, dada la ligereza de los vehículos, para impedir que éstos se sacudieran demasiado con la carrera de la yunta, o se empinaran en las anfractuosidades del terreno, provocando vuelcos peligrosos. Con todo, los accidentes eran fre-

cuentes y graves, según lo veremos luego en una de las partes culminantes del trozo.

Y ya no me queda sino por advertir que el hipódromo de los griegos —el poema emplea precisamente esta palabra *hipódromo*, que yo he conservado también por mayor exactitud de la traducción y por homenaje a la institución en la cual hablo— este hipódromo, decía, no era una pista tan igual ni tan bien delineada como la de los nuestros. Era simplemente un campo allanado, en el cual los héroes partían corriendo desde la costa misma del mar, junto al ancladero de la flota, y donde, según va a verse, existían baches peligrosos, hasta provocar volcaduras.

Con ello, llega el momento de empezar la lectura, que entrecortaré lo más posible con comentarios pertinentes. No será ella prolongada tampoco. Los griegos estimaban ante todo la brevedad. Yo también; y el trozo, por ventura a su vez, no es largo. Todo coincide, pues, para hacernos más soportables, no los versos de Homero, que ojalá pudiera yo oírlos cantar aquí por

un aedo griego y en su lengua original, sino mis alejandrinos, que muchas veces cojean como los caballos ineptos para correr. *(Risas y aplausos.)*

El trozo empieza con la exposición de los premios por Aquiles:

Ricos premios puso a los rápidos corredores:
Al primero, una esclava diestra en finas labores,
Y un trípode con asas, de veintidós medidas.
Al segundo, una yegua de seis años, preñada
De mulo y aun indómita. Destinóle en seguida
Al tercero un hermoso bol de cuatro medidas,
Nunca puesto al fuego y de blancura inmaculada;
Al cuarto, dos talentos de oro, y al quinto, una
Doble copa, aun indemne de quemadura alguna.
Y en pie antes los argivos, dijo:
—Atrida y aqueos
De las hermosas grebas: los premios que deseo
Fijar a los aurigas que tienten la fortuna,
Los pongo aquí en el circo. Si a competir hoy día
En honor de otro fuéramos, a mi tienda yo habría
De llevar los primeros; pues sabéis cuánto en bríos
A los demás corceles aventajan los míos,
Porque son inmortales. Poseidón se los dió
A Peleo mi padre, que a mí me los pasó.
Mas yo, con mis robustos potros, quedaré fuera.
Ya no se engríen ellos del conductor amado
Que en su crin tantas veces óleo flúido vertiera,
Después que en la onda clara los había bañado.

Ambos de pie lo lloran, barre su crin el suelo,
Y juntamente embarga su corazón el duelo.
Todo aqueo del arma, que en su carro ajustado
Y en sus caballos fíe, que se apronte con celo.

Dijo el Pelida y rápidos aurigas se han juntado.
Mucho antes que ninguno presentóse allí Eumelo,
Rey de hombres y amado hijo de Admeto, el cual había
Adquirido en el arte de equitar nombradía.
Luego el bravo Diomedes Tideides, quien unció
Los corceles troyanos que a Eneas le quitó
Cuando a éste escondió Apolo.

Todas estas citas, para nosotros fastidiosas, tenían para los griegos grande importancia: eran las de sus héroes antiguos, como serán dentro de uno o dos siglos más los de la Independencia, para nuestros descendientes.

Menelao, el Atrida
Divino y rubio, alzóse después, llevando uncida
La veloz yunta de Eta, yegua de Agamenón,
Y su Podargo.

Esta mención de los nombres de caballos era importante. Los griegos nunca dejaron de citarlos, y en eso el ilustre Píndaro, conforme al epigrama de Voltaire, hizo lo mismo.

Los caballos célebres y dignos de recordación —como estos dos que uncía Menelao— tenían una significación que se refería al color del pelo: *Eta* quiere decir tostada; y *Podargo*, probablemente, *cuatralbo:* el de las cuatro patas blancas.

Asimismo, era importante, como va a verse, la mención de la procedencia, que asigna a la yegua de Agamenón nada menos que seis hexámetros:

Había regalado la yegua
Equépolo Anquisiades a Agamenón, en tregua,
Por no ir con él al sitio de la ventosa Ilión
Y quedarse gozando la fortuna cuantiosa
Que Zeus le dió en su casa de la amena Sikión:
Fué ésa la que unció, y que iba de correr anhelosa.
El cuarto que ató al carro su pareja excelente
De bien crinados potros, de Pylos procedente,
Fué Antíloco, hijo ilustre de Néstor Neleyades,
El príncipe magnánimo, quien se acercó prudente
A aconsejarlo, aunque era listo de facultades:

—Antíloco, aunque joven, Zeus mismo y Poseidón
Que te aman te enseñaron variada equitación,
Y poco en qué instruirte resta ya, porque sabes
Contonear bien las metas; pero, al ser los más lerdos
Tus caballos, podrías sufrir percances graves.
Como estos corredores no te ganan en cuerdos,
Aunque sí en buenos troncos, pon ingenioso afán,
Y así, amigo, los premios no se te escaparán.

Mucho más vale maña que fuerza al leñador;
El piloto, en los mares, con habilidad guía
Entre contrarios vientos al bajel bogador;
Y a un conductor, con maña, vence otro conductor.
Quien sólo en los caballos y en el carro confía,
Los embrolla imprudente, se atranda y los desvía
Corriendo al azar; pero quien sepa los recursos,
Aunque lance caballos inferiores, mirando
Siempre la meta, cíñela al rape, sabe cuándo
Ha de aflojar las riendas de cuero, y con discurso
Las mantiene, al que lleva delantero atisbando.
Fácil es ver la meta; mas te indicaré todo:
Seco poste de pino o encina aun no podrido
Por la lluvia, en el suelo se alza cerca de un codo;
Dos lajas blancas, puestas a cada lado han sido,
Y allá el camino tuerce, y empieza amplio y parejo
El hipódromo. Debe ser un sepulcro viejo
O un mojón que los hombres de antaño han erigido;
Y ahora el divino y rápido Aquiles lo hace meta.
Arrimándote mucho contra ella, el paso aprieta
De tu carro y caballos, echándote un poco hacia
La izquierda de la yunta, sobre el firme pescante;
Pica al corcel derecho con grito estimulante,
Y entre tus manos deja flotar su rienda lacia;
Mientras pasa el izquierdo tan cerca del mojón,
Que el cubo de la rueda parezca que lo toca.
Mas tú la piedra evita, no hieras, si allá choca,
Los caballos, o troces el carro al encontrón,
Con goce de los otros y oprobio para ti.
Sé cauto y diestro, amigo; pues si logras así
Doblar la meta, nadie pasarte o darte alcance

Podrá ya, aunque el divino corcel de Adrasto, Arión,
Que de cría de dioses era, rápido lance,
O a los que aquí, tan nobles, formó Laomedón.

Cuando así enseñó a su hijo lo más propio, a sentarse
Volvió Néstor Neleyo. Y el quinto en prepararse
Con sus dos bien crinados corceles fué Merión.
Luego de subir todos a los pescantes fuertes,
Sorteáronse los puestos; tiró Aquiles las suertes...

El objeto del sorteo era saber a quién le correspondía la izquierda, que era el lado ventajoso, porque, como acaba de verse, sobre la izquierda se doblaba la meta que estaba en la primera parte del circo; y el que conseguía doblarla primero, era naturalmente el que llevaba la ventaja:

... Y Antíloco Nestórides fué quien salió primero;
Siguió Eumelo el rey; luego fué el célebre lancero
Menelao el Atrida; Merión vino detrás,
Y al fin Tideides, aunque valía mucho más.
Puestos en fila, Aquiles, sobre el campo a nivel,
Les señaló la meta lejana, y de rayero...

Al mismo tiempo, aquí está la otra palabra criolla de que hablé hace un instante: *rayero* que tampoco registra el Diccionario de la Academia, pero que es realmente necesaria, castiza y

que nosotros hemos impuesto otra vez por medio de nuestras carreras, tan bellas como las otras. Ahora corresponde otra advertencia. La meta no señalaba el final de la carrera, sino, como dije hace un instante, el punto en que debían girar los carros para dar la vuelta del hipódromo:

... Mandó al divino Fénix, el paterno escudero,
Para que de la prueba le diese cuenta fiel.

Fénix había sido el maestro primario de Aquiles, escudero de su padre Peleo, y su hombre de confianza.

Llega el momento de largar, y la carrera empieza. Como se verá, tiene toda la brevedad natural al juego mismo. *Es la carrera* en verso:

A un tiempo alzando todos las fustas, azotaron
Sus corceles; con férvido grito los animaron,
Y aquéllos, devorando la pista en su ardimiento,
Mientras de los navíos veloces se alejaban,
Huracanada nube de polvo levantaban
Bajo sus pechos, suelta la ondeante crin al viento.
Ya tocaban los carros la tierra, ya saltaban
Al aire; y firme cada corredor en su asiento,
Y el corazón al ansia del triunfo palpitando,

Picaba sus corceles, que en turbión polvoriento
Por la abierta llanura volaban.
. Pero cuando
Los veloces corceles la pista recorrieron
Por mitad, y de allá hacia la blanca mar volvieron,
Pudo mejor sus méritos cada auriga ir mostrando,
Pues las yuntas tomaron más ímpetu. Venían
Adelante las rápidas yeguas del Fereciada;

El Fereciada era el mismo Eumelo, rey de hombre e hijo de Admeto, porque ambos pertenecían a la familia de Ferecio:

Mas los troyanos potros de Diomedes seguían
Tan cerca, que treparse parecían a cada
Momento al otro carro, donde Eumelo sentía
Calentarle su aliento la ancha espalda, rozada
Por sus cabezas juntas, tan próximos corrían.

Y aquí el percance, en que intervienen los dioses con su eterna injusticia de inmortales: *(Risas.)*

Y acaso lo pasaran o igualaran, si airado
Apolo, con el hijo de Tideo, no hiciera
Que el látigo brillante de sus manos cayera.
Lágrimas de coraje sus ojos han llorado,
Al ver cómo así, mientras las yeguas se aceleran,
Sus corceles aflojan, de estímulo privados.
Mas, si frustró a Tideides, no engañó a Atena el dios,
Pues al pastor de pueblos, siguiendo ella veloz,

Le devolvió la fusta, sus potros reanimando,
Y alcanzó airada al hijo de Admeto, destrozando
Su yugo. Cada yegua se abrió, en el alboroto,
A un lado de la pista; fué al suelo el timón, roto,
Mientras, cayendo él junto de una rueda, se hería
Codos, boca y narices; la frente se partía
Sobre las cejas, y ambos ojos se le anegaban
De llanto, y su sonoro clamor enmudecía.
Desvió un poco Tideides sus potros, que pasaban
Grandemente a los otros, porque Atena infundía
Más brío en ellos para darle a él gloria. Seguía
El blondo Menelao, y Antíloco animaba
Los paternos caballos, diciéndoles:
—¡Corred
Más tendido y ligero! No os mando la porfía
Con los potros del bravo Tideides, pues hoy día
A ellos brío y a él gloria les da Atena en merced;
Mas tratad que la yunta del Atrida no os venza,
Y que Eta, con ser hembra, no os cubra de vergüenza.
¿Por qué os rezagaríais siendo fuertes? Entonces
Me prometo que nadie ningún cuidado os preste
En la casa de Néstor, pastor de pueblos, y éste
Os degollará al punto con el cortante bronce,
Si un premio vil nos toca por vuestro poco empeño.
Corred, pues, más, y listo sabré ganar con maña
La estrechura, ya que ahora la suerte me acompaña.

Dijo y ellos temiendo la amenaza del dueño,
Un poco más tiraron. Pronto vió la estrechura
Del camino el intrépido Antíloco: una hondura
Que a través de la senda, cavando el suelo, habían
Las estancadas lluvias invernales cortado.

Para evitar los choques, allá se dirigía
Menelao; pero Antíloco sus potros torció a un lado
De la pista, acosándolo, tras inclinarse un poco.
Entonces el Atrida gritóle amedrentado:
—¡Antíloco, manejas tu yunta como un loco;
Detenla en lo angosto, hasta que aventajar te toque
Bien pronto en mejor paso, no nos hiera algún choque
De los carros!
Tal dijo; pero más todavía,
Castigando entró Antíloco, y haciendo que no oía.

Yo también conocí e nmi infancia violenta esto de hacer que no se oye y de entrar castigando en la carrera, porque con los chicos de mi edad, y a veces también con los grandes, lo practicábamos. Y de ese modo, sin quererlo y desde aquello época ya lejana, fuí iniciándome en el vigor y en el vértigo del deporte magnífico, que algunos años después, salpicado ya por la famosa *nieve* que impide las carreras violentas, había de limitarme a admirar en literatura, traduciendo con versos medio cojos, como dije al empezar, los hexámetros de Homero: *(Aplausos.)*

Como el tiro de un disco que a todo brazo lanza
Un hombre fuerte y joven, probando su pujanza,
Corrieron ambos; pero la yunta del Atrida
Aflojó, y dejó él mismo de animarla, no fuera

Que los recios corceles, chocando en la carrera,
Los carros se volcaran, y ellos, fatal caída,
Por el triunfo anhelosos, en el polvo tuvieran.
Y el blondo Menelao reprendió así al rival:

—¡Antíloco, nunca hubo más funesto mortal
Que tú! ¡Maldito seas! Erróneo asentimiento
Te dimos los aqueos al creerte advertido.
Mas no obtendrás el premio sin prestar juramento.

Dijo, y a sus caballos habló así, decidido:

—¡No os detengáis, ni llegue vuestro ánimo a apocarse,
Que los pies y rodillas de ésos han de cansarse
Más pronto, pues ya el brío juvenil han perdido!

Dijo, y ellos, temiendo la amenaza del dueño,
Pronto los alcanzaron poniendo más empeño:

Y aquí el poeta, en una justa transición de buen sentido, suspende la carrera, con el objeto de hacernos saber lo que pasaba entre los espectadores. Y lo que pasaba entre los espectadores era que estaban sumamente nerviosos y arrebatados por el entusiasmo, predispuestos a la querella de los bandos, que son tan peculiares en las carreras:

Sentados en el circo, los argivos miraban
Los troncos que entre el polvo por el llano volaban.

Fué Idomeneo, jefe de los cretenses, quien
Distinguió los corceles primero, pues sentado
Estaba en lo más alto de abierto terraplén
Fuera del circo; y aunque se hallaba distanciado,
Reconoció al auriga por su grito exigente.
Delante vió un magnífico caballo colorado,
Sin otra pinta que una mancha blanca en la frente,
Redonda cual la luna, y alzándose exclamó:

—¡Amigos, jefes, príncipes de los argivos! ¿Veo
Sólo yo los caballos, o los veis como yo?
Que otra yunta y auriga vienen delante, creo,
Pues quizá la primera se accidentó en el llano.
La vi doblar la meta, pero se me ha perdido,
Aunque abarcan mis ojos todo el campo troyano.
Soltó tal vez las riendas su auriga, y no ha podido
Contornear felizmente la meta, y caería
Rompiendo el carro, mientras las yeguas se le abrían
Locas de espanto. Pero levantaos diligentes
Y mirad, que hasta ahora no alcanzo yo a ver fijo.
Creo que delantero viene uno de la gente
Etolia: el que comanda los argivos, el hijo
Del domador Tideo, Diomedes el valiente.

Mas, insultante, díjole el raudo Ayax Oileo:
—¿A qué en tal forma avanzas tu charla, Idomeneo?
Las alígeras yuntas corren la amplia llanura
Aun muy distantes para que con vista segura
Las percibas, no siendo tú el más joven argivo.
Lo cual nunca te impide charlar intempestivo.
Calle entre tantos próceres tu palabra ligera.

Las yeguas que miramos avanzar delanteras,
Son las de Eumelo, y el que las riendas lleva es él.

Pero el jefe cretense le replicó indignado:
—Ayax, bravo de boca, detractor mal pensado,
Que eres de los argivos el más vil por lo cruel,
Apostemos un trípode o un caldero, y nombremos
A Agamenón Atrida por juez, y así sabremos
Los caballos que ganen, y pagarás tu error.

Dijo, y Ayax Oileo lanzóse con furor
A increparle en palabras rudas; y el altercado
Se enconara, si Aquiles no se hubiera allí alzado
Diciendo:
—Con insultos no os tratéis malamente
Ayax e Idomeneo, que esto es inconveniente.
Mucho os indignaría quien así procediera.
Sentados con nosotros, contemplad la carrera,
Que pronto los corceles vendrán aquí anhelantes
De victoria; y cada uno sabrá, de tal manera,
Cuáles son los que llegan segundos o adelante.

Dijo así, y ya Tideides llegaba haciendo punta,
Sin aliviar del látigo las ancas de su yunta.
Parecía que al aire la pista devorando,
Los veloces corceles se esforzaban, rociando
Al auriga de polvo; y al carro guarnecido
De oro y estaño, en su ímpetu, tal impulso iban dando,
Que las llantas apenas en el polvo cernido
Se marcaban. El héroe detúvose en el centro
Del circo, y el copioso sudor de los caballos
Hasta el suelo chorreaba de los cuellos y encuentros.

Saltó aquél del brillante carro que echaba rayos,
Y apoyó contra el yugo su látigo. En seguida
Fué por el premio Esténelo, y entregando a sus fieles
Y bravos compañeros la mujer prometida
Y el trípode con asas, desató los corceles.

Antíloco Neleyo, su yunta aguijoneando,
Ganaba a Menelao por la superchería,
No por la ligereza; mas Menelao traía
Tan próximos sus rápidos caballos, como cuando
Un corcel que en la extensa llanura se adelanta
Con el carro del dueño, tira junto a la rueda,
Tocando con la punta de su cola la llanta,
Tan corto es el espacio que así al andar le queda:
Tal del eximio Antíloco, Menelao distaba.
Pues si al principio el tiro de un disco se atrasaba,
Pronto alcanzó a aquél, gracias al brioso tesón
De Eta, la bien crinada yegua de Agamenón.
Y a seguir la carrera, sin duda la ganaba.

Véase cómo todo esto está comentado cual si fuera exactamente una crónica de diario. Hasta con esas interrupciones frecuentes: *y a seguir la carrera, sin duda la ganaba.* ¡Las veces que he oído decir eso en las carreras criollas! *(Risas.)*

Merión, el buen auriga de Idomeno, andaba
Tras Menelao ilustre, como a un tiro de dardo,
Pues su tronco de hermosas crines era muy tardo,
Y él al carro en las pistas torpemente guiaba.

Y por último el hijo de Admeto, que tiraba
Su buen carro, y la yunta por delante iba arreando.
Mas el divino y rápido Aquiles que con vivos
Pesares lo veía, se alzó ante los argivos,
Y fué así estas aladas palabras pronunciando:

—Llega último el más diestro, con su tronco robusto,
Mas el segundo premio démosle, como es justo,
Y que se lleve el hijo de Tideo el primero.

Dijo, y todos aquella decisión aplaudieron.

Lo que sigue es, como dije, la disputa de los premios, que no hace al caso.

Soy yo el que ahora quiere decir dos palabras:

Tamaña grandeza de los tiempos antiguos sólo podía comentarse, a mi entender, con una emoción religiosa o una impresión de patria. Así lo sentí, algunos años ha, un día en los Andes. Y atención, señores, que aquí empiezan mi confidencia y mi venganza.

Habíamos resuelto partir antes de la madrugada para intentar en esa hora fugaz, al recalmón de los terribles vientos monteses, la escalada de los ventisqueros.

Reinaba todavía la noche, una de esas moradas noches de la montaña, en cuya profundidad violeta las estrellas van apagándose en oro.

Al paso de las cabalgaduras brotaba más intenso el perfume amargo de los romeros y el melifluo aroma de los heliotropos silvestres.

Una que otra, las calandrias se levantaban como estrellas obscuras, para ir a encenderse, allá arriba, en la luz del canto.

Montábamos en esos valientes caballitos criollos que yo había de celebrar algún tiempo después en la mejor de mis *Odas Seculares:* uno de los cuatro libros con que, el mal patriota que yo soy, tenía decidido celebrar ya entonces el centenario de la patria, sólo mi alma, naturalmente, y mal con el gobierno, como es mi perra costumbre... *(Risas y aplausos.)*

Todos andábamos muy preocupados con el Centenario que se acercaba; y es natural que con mis reminiscencias de la *Ilíada,* fuera yo evocando, allá donde me hallaba entonces, a algunos de nuestros grandes dominadores de montaña: a San Martín, a Belgrano, a Güemes, a

Lamadrid, en aquella de Tarija, y naturalmente, al que fué entonces su compañero de quijotesca aventura (1).

La bestia apesuñaba rudamente sobre los negros guijarros espolvoreados de escarcha, y yo iba más que nunca meditabundo, con mis ojos cerrados, y con la barba casi sobre el arzón de la montura, cuando bruscamente la montaña se iluminó. Una inmensa llama de oro rosa pareció brotar de los peñascos y de las nieves. La bestia misma tuvo un estremecimiento, y yo pude creer un instante que iba marchando en la incandescencia interna de un ópalo. Y tan magnífico era el esplendor de la cumbre, que, tornando bridas, me volví para mirar.

El espectáculo era imponente. Inmensas barras de oro partían el firmamento, mezcladas con nubes rojas; y bajo el silencio colosal, era como si aquello se viniese encima en un ímpetu de ejército. Y me pareció entonces que a la centelleante vanguardia, veía encabritarse como en

(1) El coronel D. Lorenzo Lugones.

una alarma de gloria las caballadas de la patria, violentando las puertas del día con sus encuentros de bronce y encharcando en los cielos vastas púrpuras de aurora. *(Aplausos.)*

El viento habíase levantado, removiendo a la distancia dorados torbellinos. Parecía escucharse en la rasgadura de su aullido, la diana lejana de los clarines de Maipo. Más lejos, flotaban en la lejanía como manchas obscuras, las arboledas que acabábamos de cruzar. Más lejos aún, la tierra se volvía toda azul, color de patria. Sobre la línea terminal, el disco del sol que la escotaba, parecía ir excavando un pozo de oro. Y del fondo del horizonte, blandido el sable, al flanco la espuela —¡cancha que vienen!, ¡paso a su triunfo!— en una polvareda de gloria, cargas supremas de granaderos a caballo. *(Aplausos.)*

Este aplauso que deliberadamente acabo de provocar, es, señores, mi venganza. *(Aplausos.)*

¡Cómo pudo, en efecto, decirse un día, aquí mismo, según creo, que yo no amaba a la patria como es debido, y que no la veneraba, por-

que la quise absoluta en su justicia, plena en su libertad, como la quisieron también los hombres de Mayo! ¡Porque sordo a las vociferaciones de unos cuantos ilotas desagradecidos y metecos de boca torcida, sostuve que no debíamos sacrificarles uno solo de los derechos que estampamos ante el mundo sobre el frontispicio de mármol de la Constitución! ¡Pero qué sabía ese argentino de aquellas lecciones de pátria libre que yo tomé desde la montaña divina, parrafeadas por los cóndores sobre el pliego de la inmensidad! *(Aplausos.)*

Entonces, ganado yo también por la conocida ebriedad de la altitud y del aire delgado, bajo el rudo poncho que empezaba a tironear brutalmente la ráfaga de la montaña, sentí tentaciones de enderezarme y de exclamar: ¡Arriba, Patria! ¡Suelta al viento la leonina guedeja! ¡Precipita, como uno de aquellos héroes de los cantos inmortales, tu yunta de bronce sobre el rumbo de tu gloria, vibrante como un rayo el látigo, alta la brida, sangrante el freno, al sol, al infinito, a la eternidad!... *(Aplausos prolongados.)*

APUNTES DE HELENISMO MÉDICO

Al doctor D. Juan B. González.

EL Centro de Estudiantes de Medicina me da grata ocasión para traer a su seno mi propaganda helenista, que persigue, como es sabido, la vinculación espiritual de nuestro país con aquella civilización de la antigua Grecia, llamada por antonomasia paganismo, a causa de ser ella, en mi opinión, no sólo más conforme con nuestras aspiraciones y tendencias, sino incomparablemente superior a la cristiana, cuyo sangriento fracaso presenciamos doquier impera.

Sostengo, así, que el pensamiento contemporáneo, al progresar libremente, se acerca a la antigüedad tanto como se aparta sin cesar de la Edad Media; con lo cual ésta nos resulta cada vez más confusa y lejana. Comprendemos mucho mejor a Empédocles y a Hipócrates que a Raimundo Lulio y a Paracelso, aunque haya entre

el primero y el último casi dos mil años de diferencia; pues lo que separa a los espíritus no es la materialidad del tiempo y de la distancia, sino el estado intelectual y moral. He aquí una forma positiva de inmortalidad que la existencia de las razas comprueba, definiéndolas a la vez por la persistencia de la índole. Así la raza grecolatina ha debido purgar con sangre, por cerca de quince siglos, la infección despótica que simultáneamente le inocularon el servilismo oriental y la barbarie germánica, y cuya expresión sintética es el cristianismo. Acabamos de ver manifestarse esta profunda razón histórica en la reciente siniestra alianza de papa, káiser y sultán. Mas, al propio tiempo, así que nos libertamos de la obediencia terrorífica, vale decir del amo y del diablo, del militarismo y del infierno, volvemos a ser los paganos que siempre fuimos. Reingresamos al helenismo y a la latinidad, estados de raciocinio conforme, de libertad progresiva, de vida dichosa, de alegría, de salud, y para recordar la gran palabra estoica, de amistad con el género humano.

Esto es lo que me propongo comprobar por medio de los siguientes apuntes sobre la medicina de la antigua Grecia: notas que tomé, sin duda, en los trabajos de los modernos médicos helenizantes cuya noble familia encabeza el nombre ilustre de Daremberg; pero que pueden tener, bajo el enunciado concepto, una relativa novedad.

Lo que resalta, desde luego, en la historia de la antigua medicina helénica, es la escasa importancia de la religión: cosa, por otra parte, natural, dado el laicismo de la raza. La civilización pagana ignoró el clericalismo y mantuvo siempre sometido el sacerdocio a la potestad civil. Las mismas supersticiones populares tuvieron escasa importancia. Procedían de las familias de curanderos, laicas, por lo demás, que se transmitían el arte de curar hereditariamente, y que fueron el origen de las grandes familias médicas, como aquellas de los *Asclepiades*, ya legendaria en tiempo de Homero. Aristóteles, a su vez, heredó de su padre la ciencia médica.

Todos sabemos que en nuestras campañas sue-

le ser también hereditario el arte de las "médicas" semibrujas, y ciertas especialidades como la de ensalmador o práctico en fracturas y luxaciones. Hasta mediados del siglo XIX había en Albania familias de aquellos médicos populares, siendo entre todas célebre la de los *Zagori*, que tal vez existe aún. He aquí, digámoslo de paso, el origen de la voz castellana *zahorí* o mago vidente, que el diccionario académico da como arábiga; pues, efectivamente, el "ojo clínico" tiene algo de predisposición especial.

Entre las supersticiones que dije, hay una que también nos concierne por la doble procedencia patológica y etimológica: es lo que nuestras médicas rurales denominan *mal de ora* o "aire" por antonomasia, dándole a veces como causa una maldición. Corresponde, según es sabido, a la apoplejía o a la parálisis histérica. En el griego de la misma región albanesa, *ore* es un demonio femenino, que hace mal de ojo, y en rumano, *oare-le* son las malas horas, las horas de enfermedad, personificadas en demonios. En griego clásico, las Parcas llamábanse *Ore*. En el

italiano poético, *ora* es aire, y lo fué en antiguo castellano, del cual deriva nuestro verbo *orear*. Pero aquí la procedencia inmediata corresponde al *aura* latina, que usamos directamente, por lo demás, en la expresión "aura epiléptica". Nuestra *ora* rural, que el diccionario de la lengua no registra, tiene, pues, un origen tan interesante como ilustre, cuyo transporte, lo mismo que el de la voz *zahorí*, creo discreto atribuir a los gitanos.

Gozó asimismo de prestigio milagroso el legendario médico Asklepios o Esculapio, discípulo del centauro Quirón, canonizado o deificado, como entonces se estilaba, y declarado con ello patrono de la medicina. De aquí que en los antiguos hospitales paganos hubiese una capilla destinada a su culto y que sus templos tuvieran sanatorios anexos. Como al San Roque cristiano, que fué su exacta copia, representaban a Esculapio acompañado por un perro cuya lengua tuvo propiedades curativas, lo mismo que la del can del santo citado. Los fieles dormían en el templo del dios para que éste les diagnosti-

cara en sueños su mal: costumbre que los cristianos conservaron hasta el siglo XVI en las iglesias consagradas a la Virgen.

Precisamente, la clásica Atena, que era la virgen por antonomasia, tenía entre sus advocaciones la de *Hygieia* o saludable, y la de *Sotera* o salvadora, que fué la *Minerva Médica* de los romanos. Correspondía a la primera el símbolo, conservado hasta hoy, de la serpiente bebiendo en una copa, y es del caso recordar que aquellos epítetos figuran en algunas letanías de la Virgen cristiana.

Recordemos, para cerrar este párrafo poco interesante, a las *Ilitias*, deidades menores que representaban los trabajos dolorosos del parto, y que los antiguos tenían por hijas de *Hera* o *Juno*, abogada del matrimonio. Homero, a quien citaré todavía, traduciéndolo directamente, las recuerda en el Canto XI (versos 264-272) de la *Ilíada*, con motivo de los dolores que acometen a Agamenón, herido por Cóon:

En tanto éste las filas enemigas arredra,
Cruzándolas a espada, lanza y enormes piedras,
Mientras corre caliente la sangre de su herida.

Pero así que, secándose, cuajada se aglomera,
Vivos dolores quiebran la fuerza del Atrida.
Como cuando atormentan la púrpura abatida,
Con sus dardos las crueles Ilitias, hijas de Hera,
Que amargamente ayudan al parto en sus rigores,
La fuerza del Atrida quiebran vivos dolores.

Pero es en los mismos poemas homéricos donde hallamos celebrada la medicina como una profesión laica que desempeñan igualmente el héroe, "pastor de hombres o de pueblos", y el "obrero popular", cantado junto con el adivino, el carpintero y el poeta: aproximación que mucho me place recordar en este sitio y este momento. Es que los antiguos, para quienes el bien era una noción vital en cuya virtud tenían por bueno todo cuanto asegura el desarrollo normal de la vida, consideraban a la medicina como la primera de todas las ciencias, en cuanto ella conserva y defiende el bien supremo de la salud. Opinión que hago mía enteramente.

Los mismos dioses tenían su médico: Peón, a quien en el Canto V (versos 899 a 904) de la *Ilíada,* Zeus ordena la curación de Ares o Marte herido por Diomedes, pues mucho se desan-

graba del *ícor* o suero incoloro que corría en las venas de los inmortales. Lo cual explica la comparación que remata dicho trozo:

Tal dice, y que lo asista manda a Peón, el cual
Aplicándole drogas calmantes, al momento
Lo sana, pues no había nada en él de mortal.
Como el cuajo que agitan con vivo movimiento,
La leche blanca y líquida condensa, con igual
Presteza ha curado a Ares, el dios fiero y brutal.

Mas este médico, nótese bien, no era un dios. El sacerdote de Apolo, Criso, tiene en el primer Canto de la *Ilíada* poder maléfico para impetrar de aquel dios una peste contra los griegos, y luego la calma por medio de la hecatombe que a éstos aconsejara sacrificar el adivino Calcas, quien también era favorecido de Apolo; pero esto constituye un episodio religioso, no una curación, propiamente dicho.

La ambrosía gozaba, a su vez, de propiedades preservativas y desinfectantes, conforme se ve en el Canto XIX, versos 37-39, de la *Ilíada*, cuando Tetis, después de consolar a su hijo Aquiles ante el cadáver de Patroclo,

Así dijo, infundiéndole mayor fuerza con eso,
Y vertió en las narices de Patroclo, ambrosía
Y néctar rojo, para guardar su cuerpo ileso.

Y con "aceite de rosa y de ambrosía" preserva Venus el cuerpo en el Canto XXIII, versos 86-87. (Véase mis *Estudios Helénicos*, pág. 320.)

En cambio, los médicos militares eran laicos, a empezar con el más ilustre: Macaon, quien comandaba también las tropas de Trica, por lo cual llámale el poema "pastor de hombres" y "héroe", juntando así al título de médico los epítetos más eminentes. Ya veremos que con motivo, pues Homero nunca adjetiva en vano.

Dos episodios célebres glorifican su ciencia y su valor.

En el Canto IV de la *Ilíada*, Menelao acaba de caer, herido por la flecha traidora de Pándaro. Mandan entonces por el médico, a quien el mensajero encuentra en el campamento de su comando, y que se apresura a acudir donde lo llaman. El flechazo es leve, pues ha debido atravesar, además del tahalí, la doble defensa de la coraza y de un cinto protector chapado de bron-

ce, permaneciendo clavada allá la saeta, aun cuando alcanzó a lastimar la cadera. (Véase, como el mejor estudio sobre las armas homéricas, la obra de Th. D. Seymour, *Life in the Homeric Age*, cap. XIX, y como la versión más exacta de este trozo, la de Leconte de Lisle). Los ganchos y la atadura del casquillo han quedado fuera, con lo que, no bien llega Macaon junto al héroe,

Arráncale la flecha del tahalí ajustado,
Tronchando los agudos ganchos que allí han quedado.
Y luego, desprendiéndole el tahalí brillante,
La coraza y el cinto que hizo el broncero experto,
Examina la herida que la cruel flecha ha abierto,
Chupa la sangre, y, hábil, aplícale un calmante.

(Versos 213-18)

La acción de chupar la herida parece indicar el temor de que la flecha estuviese envenenada.

El segundo episodio pertenece al Canto XI de la *Ilíada* (versos 504-520) cuando Macaon cae herido a su vez, decidiendo esta desgracia la retirada de los aqueos o dánaos, lo cual prueba

la grande importancia militar de aquél. Este Canto comporta la celebración de las más grandes hazañas de los héroes:

Pero aun la aquea tropa su campo no cediera,
Si Alejandro, marido de Helena la hechicera,
No abate al pastor de hombres, Macaon, que en la [porfiada
Lucha descuella, hiriendo con flecha trifurcada
Los dánaos, aunque coraje alienten,
Su hombro diestro.
Temen que muera en lucha desigual el valiente;
Con que, al divino Néstor dice así Idomeneo:
—Oh Néstor Neleiades, gloria de los aqueos,
Con Macaon al carro sube ya, y prontamente
Dirige a los navíos tus corceles piafantes,
Que vale un solo médico por muchos combatientes,
Pues sabe extraer las flechas y aplicar los calmantes.

Dice, y accede Néstor Gerenio, el caballero,
Que al punto sube al carro, donde monta zaguero
Macaon, hijo de Asclepios, médico de gran ciencia,
Y anima a sus corceles, que en ímpetu ligero
Vuelan hacia las naves, buscando la querencia.

Probablemente la familia de los Asclepiades fué en aquellos remotos tiempos la más famosa, y de aquí su generalización legendaria primero, así como la deificación posterior de su ilustre tronco. Pues ya se habrá notado que Home-

ro no designa a Asclepios sino como un "médico de gran ciencia". Daremberg, tratando el punto, cree (*Etat de la Médecine entre Homère et Hippocrate*, pág. 58, nota) que según los textos homéricos, "la medicina laica es históricamente más antigua que la sacerdotal". En la deontología hipocrática, la existencia de las familias médicas está expresamente reconocida con igual carácter laico: "prometo comunicar a mis hijos todo mi saber y doctrina", dice el juramento famoso. Y de tal modo era noble la profesión, que en Atenas se prohibía su ejercicio a los esclavos.

La iglesia medieval lo hacía con sus monjes y sus clérigos, única gente que sabía entonces leer; con lo que la medicina convirtióse pronto en una magia grosera, y habría perecido tal vez a no ser las universidades musulmanas de España, donde renació precisamente la ciencia griega. Judíos y árabes fueron, con toda seguridad, los salvadores de la cultura en Occidente.

Desde la más remota antigüedad hubo en Grecia hospitales públicos y sanatorios priva-

dos semejantes a los nuestros, siendo aquéllos instituciones de asistencia social, vinculadas algunas veces al culto. A más de cuatrocientos años antes de Cristo, se tiene la mención de un hospital que era a la vez estación termal y marítima, dedicado a Peón, el médico de los dioses: lo cual, según Daremberg, permite conjeturar que fuera laico.

El famoso y gigantesco sanatorio público de Epidauro, puesto bajo la advocación de Asclepios, como algunos de nuestros hospitales bajo la de San Roque, era a la vez un santuario y un establecimiento laico; siendo del caso recordar que en la antigüedad clásica, la administración del culto correspondía a la autoridad civil, así como que los cultos conmemorativos de un bienhechor, tal cual el de Asclepios, no imponían dogma ni misterio alguno, constituyendo meras expresiones de gratitud.

Construído con grandiosa pompa, el citado instituto era una maravilla de comodidad y de belleza. La piscina termal, que principalmente lo afamaba, y que tenía diez y seis metros de

diámetro, hallábase rodeada por columnatas de pórfido y magníficas salas de mármol. Los jardines inmensos contenían, reproducidas u originales, las mejores esculturas de la antigüedad. Funcionaba un teatro capaz de contener cinco mil espectadores. Cada enfermo tenía su habitación separada sobre patios adornados con jardines y surtidores, y la maternidad que fundó el emperador Antonino Pío, en proporciones igualmente grandiosas, ofrecía idéntica disposición. Los tabiques de estas habitaciones eran de madera que se quemaba y reponía de tiempo en tiempo para mayor higiene: disposición adoptada por los romanos en el sanatorio público anexo al templo de Paestum.

Había, además del teatro, un estadio cuya magnitud puede inferirse con saber que allá se efectuaban cada cinco años los juegos ístmicos, a los cuales concurría toda Grecia. Celebrábanse también importantes certámenes musicales y literarios, pues para los antiguos el cuidado de la salud era el principal deber personal y público. Así, no ha habido desde aquellos tiempos ins-

titución sanitaria parecida al Asclepion. Y con decir que la asistencia era allá gratuita, queda definido cómo entendía la antigüedad el bien del pueblo.

Recreo, gimnasia y baños alcanzaban tal magnitud y esplendidez en sus instalaciones, porque siendo la asistencia pública esencialmente preventiva para los paganos, su higiene consistía en la aplicación de aquellos tres elementos. Por otra parte, la gratuidad de los recursos indispensables para la vida, y desde luego la del alimento, era un deber social con los pobres, reconocido en las costumbres y en la ley.

Al revés del cristianismo, aquel sistema evitaba la desgracia en vez de limitarse a socorrerla: otra aspiración moderna que nos acerca a los paganos. En cambio, la Iglesia preconizó como estado superior la tristeza deprimente, y consideró al aseo como pecado. En su famosa carta a Leta sobre la instrucción de la joven Paulina, enseña San Jerónimo que las doncellas cristianas nunca deben bañarse; y la abstención del baño por toda la vida, era un voto monástico que

ciertas órdenes claustrales conservan ahora mismo. En cuanto a deportes, la Edad Media no conoció sino los torneos: verdadera prolongación de los sangrientos juegos del circo romano.

Ya veremos lo relativo a dotación quirúrgica y farmacéutica en los antiguos institutos sanitarios. Añadamos, por ahora, que todas las ciudades, y aun las aldeas, tenían médicos municipales a sueldo fijo, los cuales formaban en cada una de aquéllas el consejo local de higiene. En caso de epidemias contratábaselos de otras ciudades, como (para empezar por la cita más famosa) lo hizo Agrigento con Empédocles, nombrándolo jefe de sus servicios sanitarios. Así procedió Atenas con Acrón, contemporáneo y tal vez discípulo de aquél, y con vuestro padre Hipócrates. Así Esparta con Tháletas de Gortina. Estas costumbres persisten aún en ciertas islas del Archipiélago, y a ellas referíase Eumeo en el Canto XVII (versos 382-385) de la *Odisea:*

¿Quién de lejanas tierras costea un forastero,
A no ser uno de esos obreros populares:
El adivino, el médico, el maestro carpintero,
O el poeta que alegra con divinos cantares?

Obsérvese que el adivino va separado del médico, lo cual excluye de la profesión toda idea de magia.

Aquello suponía, naturalmente, el hospital público, cuyas condiciones de orientación, aireación, iluminación, instalación general, hidroterapia y dotaciones nos han descrito Hipócrates y Galeno. Sabemos que tenían salas de operaciones, farmacia anexa y no pocas veces jardín botánico para el cultivo y estudio de los simples, como en el estupendo *Serapeum* de Alejandría. La sanidad militar de mar y tierra hallábase perfectamente organizada. Jenofonte, en la *Anabasis* (lib. III, parágrafo 4), refiere que cuando los griegos, al quinto día de su salida de Mespila, acamparon en unas aldeas, el servicio sanitario "se estableció con ocho médicos, porque los heridos eran numerosos". Los romanos, discípulos de los griegos en medicina, poseyeron una sanidad militar completa, que comprendía el hospital de guarnición con sus enfermeros, las ambulancias de sopandas para el transporte de heridos graves, los hospitales de

sangre desmontables y los cuerpos médicos graduados.

La dotación quirúrgica era bastante profusa ya, y los médicos anteriores a Hipócrates empleaban sondas diversas, cauterios, trépanos, fórceps y aparatos de inspección y fumigación internas, bien conocidos por nuestros prácticos. El médico alejandrino Amonio había inventado un instrumento para pulverizar los cálculos vesicales en el órgano mismo, y Amintas de Rodas otro para corregir las fracturas nasales. La oftalmología, así como la prótesis ortopédica y dental, merecen, por su adelanto, especial mención.

Además de su consultorio particular, los médicos solían establecer sanatorios privados donde el enfermo podía asistirse y convalecer: institución tan antigua como los hospitales municipales, y que revela de suyo una alta civilización médica. Dicha instalación tenía, naturalmente, por anexos sala de operaciones, farmacia y laboratorio. Pero había farmacias puramente comerciales, que agregaban, como ahora, el ramo

de perfumería. Sabemos también que la bibliografía médica era abundante, lo cual presume buenas bibliotecas. La célebre de Alejandría funcionaba en el mismo edificio del *Serapeum* u hospital público. En el *Asclepion* de Epidauro había también una magnífica. Los médicos admitían consultas por correspondencia a larguísimas distancias: indicio de que los correos hallábanse bien servidos; y daban enseñanza en sus sanatorios a los discípulos, que así tenían, con mayor intensidad, clínica y práctica.

Por los honorarios y sueldos de los médicos podemos inferir también la consideración en que se los tenía.

Quinientos cincuenta años antes de Cristo, Demócedes de Crotona gana por concurso el puesto de médico municipal en Egina, ciudad que le fijó un sueldo equivalente en números redondos a 350 pesos mensuales. Pasó luego a Atenas, que le ofreció 450, y, por último, a Samos, donde el tirano Polícrates le aseguró 700 (*Herodoto*, III, 125, 131). Erasístrato, nieto de Aristóteles, percibió una suma equivalente a más de 250.000 pe-

sos por la curación del rey Antíoco, según Plinio, quien en el libro XXIX de su *Historia Natural*, donde consigna muchos datos interesantes sobre los honorarios médicos de su tiempo, dice que la medicina era la más lucrativa de todas las profesiones romanas.

La enseñanza, generalmente recibida en las clínicas particulares donde el alumno la costeaba según sus posibles, mediante un estipendio fijado en cada caso con el maestro, basábase ante todo en un elevado concepto moral, que desarrolla por doquier y que resume en el memorable juramento de la escuela, la enseñanza hipocrática. Venerar y auxiliar al maestro como a un padre; cuidar a los enfermos con el mayor interés; rechazar toda complicidad criminal o sospechosa, aun a título de consulta; guardar inviolable el secreto profesional; respetar la especialidad de cada colega; cultivar la discreción; llevar una vida austera y, para decirlo con las mismas palabras, "pura y santa como mi arte": he ahí la fórmula en cuya virtud fué Asclepios un semidiós y Macaon un caballero de la *Ilíada*.

En cuanto al saber de aquellos maestros, me bastará recordar la magnífica "introducción" de Littré a la doctrina médica de Hipócrates.

Su método, dice, era experimental. Su filosofía basábase en la relación de las funciones del cuerpo vivo, y de éste con las cosas. Comprendía la impotencia y la vaciedad de la hipótesis, y así pudo proclamar que no existe para el progreso de la ciencia sino una vía segura: la del razonamiento fundado en la experiencia.

Higienista principalmente, como todos los grandes médicos de la antigüedad, formula, sobre la influencia del clima y del suelo, y sobre la acción de las aguas potables, conclusiones hasta ahora definitivas. A él corresponde, por primera vez que sepamos, esta profundísima consideración histórico-social: el hombre es producto de la tierra donde nace.

La ciencia del sociólogo y del historiador antiguos vinculábase, en efecto, estrechamente a la medicina. Así Herodoto nos dirá que la locura furiosa del rey Cleomenes no fué un delirio inspirado por los dioses, sino un ataque de alco-

holismo. En la Edad Media el enajenado era un poseído del demonio.

Dije ya que Aristóteles fué médico. Añadiré que Nicómaco, su padre, también lo era, y hemos citado poco ha otro médico nieto suyo. Tratábase, pues, de una familia médica, y no es el caso de insistir en el significado de lo que eso importa para la profesión dentro de la humana sabiduría. Aquel nieto, Erasístrato, fué a su vez tronco de la familia de los Erasistrátonos, maestros célebres durante cerca de un siglo. El indicado fué principalmente anatomista, y se lo mencionaba por haber disecado el corazón, cuyas válvulas describió y denominó precisamente.

Pero la enseñanza de la clínica particular no excluía la del Estado.

El gobierno, por el contrario, suministrábala con generosidad de que fué dechado la universidad de Alejandría.

Tolomeo II el Filadelfo cultivaba la física y la medicina, disecando en el anfiteatro para dar ejemplo y escribiendo sobre materia médica.

Bajo el impulso de aquellos monarcas griegos,

los progresos fueron tan grandes como rápidos. Las especialidades se precisan. Coridemio y Hermógenes tratan la hidrofobia. Heráclides de Tarento, la botánica médica. Amonio y Sostrato, la cirugía de las vías urinarias: todo ello en la clínica y en el jardín botánico y zoológico anexos a la Universidad. Herófilo y el citado Erasístrato profundizan la anatomía cerebral, relacionan el grado de inteligencia con las circunvoluciones, descubren y clasifican los nervios en sensitivos y motores e inician la ginecología. Proxágoras de Cos sostiene ya que el cerebro es una expansión de la medula.

La materia médica exige una mención especial. Crátenas es quien la organiza bajo Tolomeo VIII, iniciando los herbarios, la clasificación y la reproducción en figuras coloreadas para los textos de estudio. Dioscórides, su discípulo y admirador, perfecciona dicha rama de la ciencia en forma tal, que el mundo entero estudiará en él durante mil quinientos años.

Pero algo más significativo aún va a revelarnos todo el alcance de aquel progreso.

Es la existencia, también desde una remota antigüedad, de mujeres que practicaban la medicina pública o graduada, y a quienes se distinguía de las obstetrices, llamadas *mayas* o *akestrides*, denominándolas *iátrinas*, es decir médicas.

Inscripciones y citas de antiguos autores permítennos recordar los nombres de Antioquis de Tlos y de Aurelia Alejandra, así como toda una bibliografía médica concerniente a ginecología, oftalmología, enfermedades de la piel, tocología, terapéutica, farmacopea, cuyas autoras fuéronlo Salpé, Lais, Elefantis, Aspasia y Metrodora. Algunas de estas médicas tenían, además de sus consultorios, casas de maternidad para la asistencia de las mujeres embarazadas y puérperas. Inútil añadir que lo propio ocurría en Roma, discípula fiel de la ciencia griega.

Del propio modo que los héroes y semidioses dedicados a la medicina, las médicas legendarias tuvieron por antecesores a Quirón y a Hércules, discípulo del centauro. Así la docta Hipa y la sabia Ociroé, hija e hijastra y discípulas del

primero; así Epione, hija y alumna del segundo, y esposa de Asclepios o Esculapio. Este matrimonio tuvo cinco hijas, todas médicas famosas.

Helena, la funesta y hermosa argiva, tenía conocimientos médicos que la *Odisea* celebra. Cuando en el Canto IV de este poema, Menelao y Telémaco, durante el banquete, se han entristecido evocando los recuerdos comunes, ella les alegra el vino con una droga anestésica y optimista como el opio (versos 220-226):

Echa al vino que beben, una droga que hacía
Cesar dolor y cólera y olvidar toda pena.
Quien, mezclada en la crátera, la bebiera, aquel día
No enjugara una lágrima en su cara serena,
Aunque a su padre y madre viera muertos entonces,
O a su hermano y a su hijo degollar con el bronce.

La infortunada rival Enone, esposa de Paris, poseía también secretos análogos: prueba de que la medicina casera contaba en la educación común de las antiguas damas. Y la leyenda narraba aún, que como en los tiempos arcaicos estuviera prohibido a las mujeres el ejercicio de la medicina, una empeñosa joven, Agnódice, dis-

frazóse de hombre para poder asistir a la clínica del médico Herófilo, adquiriendo así los secretos de la ciencia.

Pero no sólo bajo este aspecto es curiosa la semejanza de aquellas ideas con las nuestras, en razón precisamente de su mayor antigüedad.

Cuatrocientos cincuenta años antes de Cristo, Empédocles describía la aparición de los primeros seres vivientes en la tierra como bocetos monstruosos, de entre los cuales sólo prosperaron aquellos que, respondiendo a la ley de la armonía interior o correlación orgánica del crecimiento, resultaron viables y pudieron reproducirse. "¿Quién no reconoce en esto, dice Gomperz (*Los Pensadores de Grecia*, trad. francesa, T. I., pág. 260) la idea darwiniana de la supervivencia de los más aptos?"

Igualmente es fácil advertir en los cuatro elementos fundamentales del mismo filósofo y médico antiguo, el carbono (tierra), el hidrógeno (agua), el oxígeno (fuego) y el nitrógeno (aire) de nuestra ciencia, que es una teoría de dichos cuatro elementos. Según la de Empédocles, la

combinación diversamente proporcional de los mismos engendraba todos los cuerpos, siendo una cuádruple manifestación de la misma substancia. Así el pintor, añadía, revelando con esta comparación nuevos conocimientos físicos, obtiene innumerables tonos y matices sólo con mezclar los cuatro colores fundamentales. La enfermedad, entonces, resultábale un fenómeno de desproporción entre los elementos del organismo. Y que estas teorías no eran aciertos casuales, lo confirman hechos como el muy singular de saber Empédocles que la luz no se propaga instantáneamente: verdad redescubierta sólo en 1675 por el astrónomo danés Roemer, mediante la observación de los satélites de Júpiter.

Mas el propio Empédocles procedía, por la escuela, del médico pitagórico Alcmeon, que vivió en el siglo VI antes de Cristo. Este antiquísimo sabio había concebido ya las sensaciones subjetivas, problema psicológico fundamental; y lo que es más importante, que siendo la salud un estado de equilibrio orgánico, las enfer-

medades tienen por causa el predominio de uno de los componentes de ese equilibrio. Hallándose dichos componentes dispuestos, por lo general, en parejas contrarias, el restablecimiento del equilibrio, es decir la curación, consistirá en neutralizar con uno el predominio del otro. Así aquellos antiguos sabían ya que el baño es bueno para la fiebre: noción racional perdida después por muchos siglos.

Para concluir esta rápida reseña con algunos versos homéricos que nos compensen y distraigan, como lo espero, no obstante mi defectuosa versión, pondré cinco ejemplos, suficientes a mi entender para apreciar en ellos la información anatómica del poeta de la *Ilíada*.

Los cuatro primeros corresponden al Canto V del citado poema, que los críticos tienen por uno de los trozos más antiguos y genuinos, es decir, también, uno de los más importantes para mi tesis. La franca rudeza épica de las expresiones tiene, como va a verse, una exactitud anatómica; pues no se trata de combates retóricos, sino de la guerra en todo su brutal ho-

rror. Merión persigue a Fereclon, lanza en mano, hasta darle alcance. Y entonces (versos 65-68):

Merión, al alcanzarlo, pues sin cesar lo hostiga,
Por la nalga derecha le envasó el bronce fuerte,
Y como el hueso hendiérale, tocando la vejiga,
Gimió al caer de hinojos, y lo envolvió la muerte.

Tal es, en efecto, el camino que debió llevar la terrible lanzada, si Merión la tiró con el brazo extendido hacia abajo, según lo indica, además, la propia situación de la herida; tal la flexión de las piernas en el encogimiento del dolor, que obliga a caer hincado.

Acto continuo (versos 72-75) muere uno de los Antenóridas a manos de Fileides, quien esta vez lancea con el brazo en alto, conforme se infiere también por el sitio del bote:

El ilustre Fileides, que a él se hallaba cercano,
Fué y le clavó en la nuca su aguda lanza entonces,
Y la lengua cortándole, le atravesó los dientes:
Que así rodó por tierra, mordiendo el frío bronce.

La vía es de una precisión tal, que pasa por todos los puntos de menor resistencia.

Clavada, en efecto, la pica con ligera oblicui-

dad de arriba abajo, debió entrar derechamente por el agujero occipital, rompiendo la única resistencia ósea que la débil apófisis basilar presenta, para cortar la faringe y la lengua y atravesar la cavidad bucal. Desviada en cualquier otra dirección, habría chocado con las vértebras cervicales, los cóndilos o la caja craneana, derribando al enemigo en lugar de traspasarlo por la boca.

Más adelante (versos 287-293) Diomedes, haciendo cara a Eneas y Pándaro, quienes atacan montando el carro de guerra, responde con un tiro de venablo certero al que acaba de errarle el segundo de aquellos héroes. Para comprender bien el golpe y el camino del dardo, conviene recordar que era un asta arrojadiza con pesada punta de bronce, y que lo lanzaban por elevación, de modo que hería cayendo verticalmente. El troyano habíase alabado de su propio acierto, pero Diomedes lo desengaña:

Erraste y falló el tiro; mas creo, por mi parte,
Que no lograréis tregua, como uno de ambos no harte
De sangre al bélico Ares, rodando por la arena.

Dice, y tírale; el dardo, guiado por Atena,
Entre ojo y nariz clávasele, los blancos dientes pasa,
Y su incansable bronce la lengua le cercena
De raíz, y su punta bajo el mentón rebasa.

Trátase, efectivamente, de otra vía de penetración por los puntos de mínima resistencia. El dardo atraviesa fácilmente los frágiles huesos unguis o etmoides, el ámbito bucal, la lengua y la garganta; pero la precisión es tal, que aun cuando hubiera oblicuado un poco, tocando el esfenoides, éste habríalo desviado hacia delante.

Oigamos cómo prosigue el combate:

Así cayó del carro; resonaron sobre él
Sus magníficas armas, temblaron sus corceles,
Y allá lo abandonaron su fuerza y su alma fiel.
Eneas salta al suelo con su lanzón y escudo,
Y temiendo que el cuerpo le quiten los aqueos,
Ronda en torno, confiado como un león forzudo,
Prontos broquel y pica, con ardientes deseos
De matar al que ataque, mientras grita sañudo.
Tideides alza entonces una piedra imponente
Que dos hombres de ahora levantar no podrían,
Mientras con una mano la porta él fácilmente.
Con ella hiere a Eneas donde el fémur encaja
Con la cadera, punto que se llama *cotylo;*

Rómpele ambos tendones y el *cotylo* descuaja,
Y la piel le desgarra la roca con su filo.
El héroe, de rodillas cae, apoyando al suelo
Su fuerte mano, y cubre sus ojos negro velo.

(Versos 294-310).

Todavía llamamos cavidad cotiloide a la citada, aplicando el específico vocablo griego; mas la precisión del golpe, de la región contusa, de la caída y del desmayo, palidece ante la exactitud anatómica. Los "dos tendones" corresponden, efectivamente, a la doble rama exterior del ligamento de Bertin cuya ruptura tiene que producir el descuajamiento de la cadera.

No ignoraba, en fin, Homero la palpitación tumultuosa del corazón herido, si no sobreviène acto continuo la muerte, y su repercusión en las armas de asta que lo clavaron.

Así, en el Canto XIII (versos 442-444) de la *Ilíada,* Idomeneo derriba a Alcátoo con un dardo al cual el poeta llama por antonomasia Ares o Marte, como otra vez (II, 426) había denominado Hefesto al fuego:

Cae con ruido, el dardo clavado al corazón,
Que aun latiendo, en el cuento del asta repercute,
Hasta que el violento Ares pierde la animación.

La anatomía estuvo durante mil años prohibida por la iglesia cristiana bajo pena de excomunión, potro y hoguera...

Digamos ahora la palabra final, y sea ella, como es justo, para la "dulce muerte", según llama al descanso eterno la homérica poesía en uno de los más bellos trozos de la *Odisea:* aquel del Canto XI, en que el alma del adivino Tiresias profetiza a Ulises su tránsito natural (versos 119-135) calificándolo con el pacífico adjetivo que aplicaban al deceso de los ancianos. Pues la salud cultivada por la higiene y la palestra, la alegría de vivir, la filosófica serenidad, aseguraron al griego antiguo, como un don de raza, la gloriosa vejez. Grecia fué la tierra de los ancianos lúcidos y hermosos que cargados con la flor de la sabiduría, entraban a la suprema perfección, así como durante su última primavera es cuando florece más generoso el manzano.

Profetice también para nosotros el adivino, y revélennos sus palabras alegóricas: en los pretendientes que habremos de ultimar, los intereses sórdidos que nos desordenaron el alma; en el retiro alejado del mar, la tranquilidad de los días conformes; en las bestias salaces y brutales que inmolemos a los dioses, las pasiones dominadas por la concordia y la fidelidad.

He aquí cómo lo dijo a Ulises el adivino:

Cuando a los pretendientes ultimes en tu hogar,
Por la astucia o la fuerza, con el agudo bronce,
Toma contigo un remo sólido, y vete entonces
Hasta que des con gentes que nunca han visto el mar,
Ni comen alimentos por la sal sazonados,
Ni conocen las naves de bermejos costados,
Ni los remos que de alas les sirven al bogar.
Te daré un claro signo que no se contradiga:
Cuando hacia ti venga otro caminante y te diga
Que un bieldo vas llevando sobre tu hombro glorioso,
Planta en tierra tu sólido remo, y haz un precioso
Sacrificio al augusto Poseidón: un carnero,
Un toro y un verraco. Volviendo a tu morada,
Inmola de seguida la hecatombe sagrada
A los dioses que habitan el vasto Olimpo, pero
Sin que falte uno. Y lejos del mar, al agobiarte
Una vejez florida, y entre pueblos felices,
En verdad una dulce muerte irá a visitarte.

Así sea, señores. Y de tal modo la noble ciencia de la salud, que nos asistió al nacer, pueda asegurarnos una buena muerte, o sea el último bien que disfrutaremos en este mundo.

EL IDEAL DE JUSTICIA EN LA LEGISLACIÓN SOLONIANA

(Conferencia dada en Córdoba el 2 de abril de 1915.)

UNA confidencia para empezar, pues no hay momento más íntimo que el de la llegada. Yo no quería hablar en este sitio (1) previendo la expectativa demasiado intensa que sugiere el grande aplauso inicial, que desbarata la serenidad al choque de las palmas tendidas como para aventarnos cabeza y corazón en el aleteo de ese pájaro de bronce. Habíaseme pedido una composición didáctica, y yo no vengo sino a esto. El sitio no resulta adecuado, ciertamente, para un acto de extensión universitaria cual ése debía

(1) El teatro Rivera Indarte.

ser, ni la responsabilidad me concierne. Los jóvenes que me han pedido esta colaboración tienen un concepto exagerado sobre la importancia de mi palabra. Pero en esto, perdónenme la afirmación, yo sé más que ellos. Qué puede significar en la vasta vida del bosque, aquesa rama donde un soplo de viento canta al pasar! Ya no son más los tiempos en que el oráculo del dios tomaba por lenguas las hojas del laurel. Por otra parte, en la constante doma de mi fiera interior, he decidido ir suprimiendo la elocuencia. Y tengo de ponerle freno de fierro bruto donde se trabe la lengua y se estrelle los dientes la vanidad de hablar, tan semejante a la de exhibir su cara pintada la mujerzuela. Así propóngome ir realizando aquella noble lección de humildad que me dieron a porfía, la tranquila miel del consejo materno y el tomillo deliciosamente amargo de mi montaña. No haya, pues, engaño respecto de la exposición que voy a hacer, y que si algún encanto tiene será el de ver cómo parece ir floreciendo humildemente la tarea del artesano en las virutas del listón. Sépa-

se, además, que vuelvo como me fuí: racionalista y personal, desordenado y levantisco. No hay, en consecuencia, nada que perdonarme. Tengo, como siempre, la condición del viento, y no me ocupo del polvo que levanto al pasar. Las canas que me han salido no amortajan ninguna ilusión: son mi segunda florescencia. Sí, pues, vuelvo como partí: excesivo, imprudente, impertinente, contradictorio y desagradable. Rebelde a toda soberanía, incluso la del pueblo, pues por el hecho de no estar ella en mí, ya no puedo ser sino su siervo o su prófugo. Peligroso para el orden; celoso de mi libertad con uñas y dientes: como una fiera; caprichoso de la brisa como un pájaro, y como él sin otro tesoro que mi canto y mi color; ejemplo pernicioso de duda y de controversia; glorioso cuando con mi peligro de ratón he puesto cascabel al gato del fariseo; dichoso cuando, a pesar de los dioses y de los amos, me voy pulsando por esas calles mi tocata de ministril en el triángulo de acero de mi verdad. Conque, así, cuidar los aplausos, que, en todo caso, no seré yo quien los arranque

por sorpresa. Mi maestro fué un jilguero que cantaba en una soledad profunda y azul.

*

Y dije cuando me pidieron que viniera: nada mejor puedo llevarles que un bronce ateniense de aquellos en cuya substancia heroica y morena, la plata de la aleación se advierte sólo por la claridad del timbre. Este bronce es, como presente alusivo a los estudiantes de Derecho que me llamaron, un busto de Solón, el gran legislador de Atenas. Para formarlo, si tal pudiese, no he de insistir en el método biográfico de Plutarco, quien ya lo hizo con maestría; sino que he de ponerme al examen crítico y sintético hasta la aridez, de su obra legislativa, dado mi término docente, demasiado breve en verdad. Sirva ello por lo menos para vivir un instante la realidad de la cosa ateniense, que no constituyó, como suele imaginarse con ligereza, un bloque de mármol esculpido; antes un fenómeno de intensa vida, la más intensa que hayan conocido

los hombres, pues fué como ninguna otra gozada en la libertad y en la belleza.

Cuando Solón legisló en Atenas, la nacionalidad de aquella admirable república estaba ya constituída. Habíase formado en gran parte, fuera del más primitivo elemento jónico, por la emigración de las familias pudientes que arrojó del Norte la invasión dórica, y que, por serlo, tuvieron recursos para emigrar; con lo que se incorporó a la nacionalidad en formación un contingente selecto. La hospitalidad ateniense produjo ya su primer fruto, cimentándose de tal modo en la simpatía humana que había de constituir su más noble característica.

Pero la organización social hallábase muy atrasada por el predominio absoluto que en ella ejercía la familia o *genos*, constituída a su vez bajo la autoridad sin límites del padre, quien resumía en su persona las potestades de juez, sacerdote y jefe.

Con esto, el individuo resultaba constante e inexorablemente sacrificado al grupo bajo dos tiranías; pues claro es que al despotismo fami-

liar, superponíase con idéntico carácter el despotismo del Estado, en virtud de ese odioso principio colectivista que, representando para el individuo la opresión sin término ni esperanza, niega la personalidad humana, y con ella el único agente de verdadera civilización. Atenas hallábase, así, condenada a ser un país insignificante que ninguna importancia habría alcanzado; pues, dadas la exigüidad y la pobreza de su suelo, toda su suerte estribaría en la actividad ingeniosa de sus hijos: fenómeno esencialmente personal, como es sabido. En tales condiciones, su órgano más activo de relación tenía que ser el comercio, y así pasó, resultando siempre este ramo más importante que la industria. La renta pública más considerable debía de estar, pues, constituída por los impuestos de aduana, como sucedió; y de tal suerte, los artículos de importación, entre los cuales figuraba el trigo, soportaron, por término medio, un gravamen del 2 %. (El término medio de nuestra tarifa es de 25 a 30 %.)

Antes de legislar para su patria, Solón había

practicado el comercio y la marina mercante, recorriendo los principales centros del mundo conocido entonces, que acababa de dilatarse con la apertura de nuevas rutas abiertas al tráfico por el Egipto faraónico (XXVI.ª dinastía). Era, al mismo tiempo, un poeta de mérito, y nadie ignora que el comienzo de su grande actuación política estuvo en una poesía de circunstancias. Impotente para recobrar Salamina del poder de los megarenses, Atenas había decretado la pena de muerte para quien hablara siquiera de reconquista; pero Solón, que padecía, como todo buen ciudadano, con aquella vergonzosa pusilanimidad, presentóse ante el pueblo, fingiéndose loco, y recitó una elegía de su composición, en la cual lamentaba la pérdida de la isla. El efecto fué inmediato: el espíritu público se retempló y los atenienses reconquistaron Salamina.

Marino mercante y poeta fué, pues, el gran legislador de Atenas; cosa, por cierto, digna de cuenta aquí donde con tanta ligereza suele olvidarse que Mitre fué traductor del Dante, y Vélez Sársfield, de Virgilio. El "loco Solón" de la

elegía recuerda también al loco Sarmiento de los panfletos inflamados. Pero veamos en qué consistió el ideal de justicia de su código, para no reproducir sino cuando sea indispensable su biografía, tan bien narrada, como dije, por Plutarco, y tan bien comentada por varios en obras que muchas son.

El predominio ilimitado de la familia en la sociedad de los primitivos griegos, había producido los males inherentes al colectivismo, que es sistema bárbaro por su origen y sus tendencias: la paralización de la propiedad indivisa; el régimen de la servidumbre familiar; el retardo de la ganadería y de la agricultura, actividades individualistas por excelencia; la justicia implacable, que generalizaba sobre los deudos del criminal responsabilidades de confiscación y de muerte; el odio al extranjero; el impuesto injusto, precisamente porque era igual...

Solón propúsose constituir la democracia, que es un fenómeno individualista, libertando al individuo, como es natural. Su sistema fué la práctica del siguiente principio, que sólo andando

los siglos renació en la democracia de los Estados Unidos, y que encierra el verdadero concepto de la soberanía popular: el Estado es cosa del individuo, pero el individuo no es cosa del Estado.

Así, la más notable de sus reformas consistió tal vez en la nueva organización del régimen tributario y del concepto de propiedad. Aquello comportó el reconocimiento de dos principios fundamentales: que todo artículo de primera necesidad debe hallarse libre de impuestos, y que entre los ciudadanos sólo deben contribuir los que tienen su vida asegurada por rentas fijas. Mas, para éstos también, el gravamen debe ser progresivamente proporcional en relación a la renta; y de tal suerte, sólo pagaban impuesto los propietarios, bajo declaración libre y revaluación progresiva a medida que con el adelanto común aumentaba el valor de la tierra. La clasificación consistía en tres órdenes de propietarios sujetos al gravamen. Los más ricos, o de primera clase, pagaban impuestos por la totalidad de su renta; los otros dos órdenes

hallábanse respectivamente aliviados en un 17 y un 44 %. Los obreros, libres de impuesto, podían, sin embargo, ser propietarios, disfrutando la exención mientras su renta no alcanzara a 1.800 dracmas: 330 pesos de nuestra moneda en números redondos. La baratura de la vida, que fué aumentando, como veremos, por el adelanto agrícola y la baja tarifa aduanera, daba importancia a aquella suma, cuyo promedio diario era poco menos de cinco dracmas: 75 a 80 centavos de nuestra moneda. Para evitar la existencia del ciudadano mendigo, que es plaga mortal de toda democracia, el Estado llegó a socorrerlo con dos óbolos diarios, equivalentes a unos siete centavos de nuestro peso. Esta cantidad era el precio corriente de un decálitro y medio de cebada, cereal que constituía el patrón de la escala impositiva, en virtud de razones cuya exposición constituye el mejor comentario de la obra soloniana.

Obsérvese, entre tanto, que todas las aspiraciones equitativas de las democracias modernas, en cuanto al impuesto se refiere, quedaron

logradas con aquella legislación seis siglos antes de la era cristiana, cuyos dos mil años no han bastado para restaurarlas enteramente; mas, fuera de la importancia que aquel experimento reviste, la esperanza no debe abandonarnos, conforme lo dice un verso del propio Solón: "El triunfo de la equidad es siempre seguro."

Ahora bien; al establecer como patrón de la escala fiscal el rendimiento que en cebada dieran las propiedades, pues era aquél el único cereal bien producido por la tierra ateniense, el legislador calculaba dos resultados: fomentar la agricultura, que para aquellos antiguos era la más noble de las actividades humanas, hasta el extremo de considerar ellos como sinónimos los vocablos "patriota" y "agricultor", y conseguir que con el abaratamiento del producto, al aumentar éste, la facilidad de alcanzar la primera clase creciera también, efectuándose de tal modo la igualación hacia arriba. No había, efectivamente, entre los ciudadanos de Atenas otra diferencia que la fortuna.

Las esperanzas del legislador, que, como se ve, estribaban en un cálculo comercial, no fueron vanas. Progresó, en efecto, la agricultura de un modo admirable; y un siglo después de haber legislado Solón, todos los atenienses pertenecían ya a la primera clase.

Con ello, los principales cargos públicos, que la misma ley soloniana había asignado a los más pudientes, considerándolos, por ser éstos los primeros agricultores, como los más responsables y cuidadosos de la integridad constitucional, perdieron todo carácter de privilegio. Agregábase todavía otra circunstancia preciosa, y es: que como los titulares de todo empleo público eran responsables ante el jurado formado por el pueblo, sin distinción alguna, éste acabó por imponerse y gobernar directamente como soberano. Todo ciudadano tuvo también por la ley soloniana el derecho de acusar a los magistrados ante aquella institución popular, y el de apelar a ella contra las sentencias administrativas o judiciales. La prisión por deudas, crueldad peculiarísima del sistema familiar, quedó también

abolida. El radicalismo socrático no fué, pues, una consecuencia extrema del individualismo filosófico, ni siquiera cuando llegó a la demostración de que la igualdad es incompatible con el régimen de la propiedad privada. El famoso aserto de que la propiedad es un robo, fué un tema platónico; y los estudiantes que me escuchan saben bien que en el antiguo derecho romano, todos los sistemas de apropiación, legítima o no, reciben el nombre de *furta*...

La prolijidad con que estableció Solón el derecho rural, sobre todo en lo relativo a la servidumbre de aguas, tan importante en un país seco, así cual lo era el Atica, demuestra su preocupación dominante por el fomento de la agricultura y de la ganadería; pero añade Plutarco, que al considerar la aridez del suelo y el incremento de las importaciones, inclinó los ciudadanos a las artes manuales, estableciendo la dispensa del deber filial para todo aquel a quien su padre hubiese dejado sin oficio. Así resultó, en gran parte, el fundador de esa admirable industria que hubo de dar elevado precio a la más

humilde materia prima, como, por ejemplo, el barro elemental de aquella alfarería ateniense, cuyos productos rindieron millones, sólo con que un poco de belleza helénica se modelara y acuñara en su arcilla.

El oficio, así dignificado porque lo ejercían hombres libres, y la agricultura cuya actividad temporal torna más ventajoso el empleo de jornaleros que la posesión de siervos, al demandar éstos el mismo sostén durante los períodos de forzosa holganza, limitaron mucho en Atenas la esclavitud, llaga vergonzosa de la humanidad grecolatina hasta los últimos años del siglo XIX.

Así, la isla de Chíos, cuya extensión era más de dos tercios inferior al territorio del Atica, tenía más esclavos que Atenas. La condición de éstos era soportable y no pocas veces superior a la del jornalero. La religión estimulaba las manumisiones, considerándolas como particularmente gratas a Apolo délfico, sobre cuya importancia política y social he dicho bastante en *Prometeo*. Nada extraño es, por otra parte, que los paganos mantuvieran la esclavitud, cuando

ella ha subsistido hasta nuestros días en los Estados Unidos, en Cuba y en el Brasil, ciertamente reconocida y legitimada por teólogos como Santo Tomás de Aquino; mas el crimen no justifica al crimen, y aquello fué, sin ambages, una mancha de Atenas.

Otra más horrenda era, pero a ésta la suprimió el legislador, el deber de venganza o precio de sangre, en el cual funda también el cristianismo su concepto de redención.

Ya en los tiempos homéricos habíase llegado a establecer la transacción facultativa de las injurias por medio de presentes, y así está en el Canto nono de la *Ilíada*, cuando Agamenón envía una embajada para proponerlo a Aquiles ofendido. Entonces dice Ayax (versos 632-636) :

Y verdaderamente la expiación se otorga
A quien mató a un hermano o un hijo, y de este modo,
Queda el tal en su pueblo, y una vez que ha pagado,
El corazón ardiente y el sentimiento airado
De quien recibió el precio, cálmanse ya del todo.

Vese por aquí que, en caso de homicidio, el matador debía expatriarse; así como es digno de

notar que el héroe legendario emplea ya el vocablo específico del derecho griego: *poiné*, de donde el latín y el castellano han derivado la voz "pena".

Solón abolió el efecto suprimiendo sus causas. Mantuvo para esto la terrible penalidad draconiana contra el homicidio; pero prohibió, bajo pena de doble multa que debía pagarse al Estado y al ofendido, las injurias contra vivos y muertos, sin excluir aquellas que, so pretextos oratorios, suelen dirigirse los litigantes en la querella judicial. Reprimió el duelo o juicio de Dios, que había de renacer con el feudalismo cristiano; y dió, entre todas aquéllas, una ley que revela de admirable modo su perspicacia política.

"Cuando un delito proclive a la venganza habitual separaba dos familias atenienses, por no haberse ellas avenido a una transacción, todos los ciudadanos estaban obligados a tomar las armas por una u otra. Como el deber de venganza imperaba de un modo tan absoluto sobre las costumbres griegas, esa habilísima ley lo respeta-

ba, cediendo a la presión ambiente; pero al mismo tiempo impedía sus efectos, desde que la mayoría de los ciudadanos había de optar por la causa más justa, así vinculada al interés general, imposibilitando la lucha. El acto de fuerza y el de justicia eran, así, simultáneos; y la eficacia de dicha ley queda demostrada con la evolución que un siglo más tarde hubo de reformarla, limitando aquel deber a una votación. Es ésta la ley que erróneamente suele tomarse como una obligación de todo ciudadano ateniense a tener partido político. No se trataba de política, como es obvio, sino de una especie de *referendum* judicial", etc. (*Prometeo*, p. 407, nota). Ello ponía, por otra parte, en acción una máxima soloniana, según la cual el país mejor constituído será aquel donde todos los ciudadanos, *perjudicados o no*, persigan y castiguen igualmente la injusticia.

Mas nada revela con tanta claridad la belleza de aquella reforma, como sus leyes concernientes a la familia.

El más horrible tal vez entre todos los abusos

legalizados por el derecho familiar, era el aborto voluntario. Solón hubo de declararlo crimen, a condición de que la víctima fuese ya un ser humano. Esta limitación no debe extrañarnos en un legislador del siglo VI antes de nuestra era, pues sabido es que durante la Edad Media, los teólogos cristianos estuvieron discutiendo si hasta el tercer mes de la gestación, o sea cuando adquiere la forma humana, tiene alma el feto. Otra excepción concernía al padre de la víctima, quien tuvo hasta entonces facultad para vender y matar a sus hijos. Lo primero figuró también en el derecho cristiano de las *Partidas*, que llegaba a autorizar la antropofagía paterna; lo segundo, la venta, persistió en Europa, mediante tratados legales entre el padre y el comprador, hasta el siglo XV. Solón prohibió la venta de los hijos, exceptuando solamente, pero bajo el concepto del castigo, a la muchacha que voluntariamente se deshonraba. En este caso, el amante podía comprarla para casarse, mediante un precio equivalente a 50 $ más o menos de nuestra moneda, suma cuya exigüidad muestra

la intención de facilitar dichos arreglos. Así, la sola reparación de la falta por medio del matrimonio, constituyó pronto la regla general.

Para substraer cuanto antes el hijo a la excesiva autoridad paterna que mal de su grado debió reconocer, el legislador rebajó a los dieciocho años la mayoría de edad con que cesaba aquélla, y esto por simple inscripción automática en el registro cívico.

La condición hasta entonces tan deprimida de la mujer, quedó dignificada por numerosas reformas, entre las cuales requiere especial mención la del *epiclerato* (1). Consistía esta institución en que cuando un hombre moría sin hijos varones, el primogénito entre los más próximos agnados de aquél, debía casarse con la huérfana. La reforma soloniana consistió en abolir una explotación cometida a dicho propósito por los parientes demasiado viejos de las herederas jóvenes, pues en este caso quedaban ellas autorizadas al adulterio con otro pariente. Y de tal

(1) Del griego *epicleros*, heredero.

manera había en esto una intención equitativa, ya visible con aquella limitación de la franquicia al parentesco, que otra ley soloniana reconoció en el marido el derecho de matar al adúltero sorprendido *infraganti:* exactamente como nuestro código penal. También el hijo adulterino quedaba exento del deber filial de alimentar a su padre; pues entendía Solón que el castigo ha de ser para el autor del delito, no para su producto irresponsable. En cambio, el pariente más próximo de la huérfana indigente, hallábase obligado a dotarla, si no podía casarse con ella. Finalmente, para evitar los matrimonios venales, ocasionados por las dotes cuantiosas, limitólas a tres vestidos de salir y algunas alhajas de poco valor, con lo cual dignificaba una costumbre muy digna y plausible, en cuya virtud era de mal gusto que las doncellas atenienses portaran joyas de precio.

Siempre atento a evitar el rigor inexorable mientras se pudiese, dió también Solón al esposo ofendido la facultad de arreglarse con su ofensor mediante una suma; lo cual recuerda el

derecho inglés vigente, en el que no es el adulterio sino un delito civil y sólo da motivo a la acción por daños y perjuicios. Por lo demás, la propia transacción pecuniaria de crímenes, existió hasta el siglo XVI en ciertos países de Europa y fué corriente durante la Edad Media. La libertad de testar consumó la ruina del despotismo colectivista, y facilitó el movimiento de la propiedad territorial, tan necesario al progreso de la democracia.

En cuanto a las relaciones con los extranjeros, que acudían numerosos al amor de la hospitalidad y liberalidad atenienses, el derecho de naturalizarse comprendiólas también con previsora eficacia, pues sólo fué de aquellos condenados en su patria a destierro perpetuo, o que inmigraban acompañados de sus familias para ejercer el arte o la industria. Algún tiempo después, en el de Temístocles, una ley eximió a los extranjeros del impuesto de residencia que pagaban en las otras ciudades griegas, lo cual contribuyó grandemente al aumento de la población y de la riqueza.

La dignidad del ciudadano quedó resguardada con prohibiciones como la que vedaba alquilarse de plañidor en los entierros, o conceder la naturalización a los prestamistas.

El derecho criminal, que allá, como en todas partes, había precedido al civil, engendrándolo de la obligación *ex delicto*, llegó a dulcificarse tanto bajo la natural evolución del ideal soloniano, que siglo y medio después, el jurado ateniense prefería absolver al criminal si su condena había de perjudicar a un inocente. La abolición de la prisión por deudas generalizóse en la supresión de las confiscaciones, que el gran legislador había mantenido; la irresponsabilidad hereditaria llegó a ser absoluta; el honor de la ciudad consistió en la benevolencia de su justicia para con los pobres y los desamparados. El humanitarismo, dijo Demóstenes, es la belleza de la ley; la justicia benévola con los débiles es la virtud ideal de la democracia. La prueba que de su superioridad sobre los otros griegos daban los atenienses, era haber erigido, únicos entre aquéllos, un altar a la Piedad.

Así transformó a los hombres más sanguinarios y rencorosos en la venganza aquel antiguo, que como todo hombre de genio, resumió anticipadamente en su ser el de la patria futura y mejor. Poeta y mercante sobre los mares, reunía al amor de la belleza aquel concepto de la utilidad, que así promediado en el espíritu del ateniense, constituyó su eficacia y su perfección. Por esto hay que creer a los espíritus superiores y no sonreír cuando hablan de la justicia venidera, que la están sintiendo anticipada en su sensibilidad clarividente y todavía llorándola a veces los que no la han de gozar, como el mar se pone a gemir bajo el influjo de la luna invisible.

No hay espectáculo de belleza más grande que el progreso de la justicia entre los hombres. En la propia maravilla de las estrellas no es tan clara la armonía profunda de la vida; y así vuestro Ihering pudo decir con verdad, que "el curso de las ideas morales en el tiempo, es más prodigioso aún que el movimiento de los astros en el espacio". He ahí la ciencia del Derecho en toda la trascendencia de su hermosura.

Pero si yo he traído el recuerdo de aquel legislador de los atenienses, es con el propósito de hacer algo más que remontar hacia una de las fuentes de justicia un pertinente comentario. Mi propaganda helenista tiene por objeto proponer un dechado a mi pueblo. Digo lo que sigue, no por vanagloria, sino por autorizarme con el acierto: yo no necesité que llegara el desastre actual para considerar fracasada a la civilización que ya está ahora agonizando en la sangre. Entonces, ha venido el momento de comparar lo que cayó, habiendo realizado tanta belleza y tanto bien, con lo que sucumbe sin alcanzar su propósito. Nuestra civilización, destructora de la civilización pagana, no ha conseguido llegar en veinte siglos adonde aquélla ascendió por el camino de la justicia. Comparada con ella, sería barbarie, a no llevar en su seno tantos elementos como le tomó. Es ahora evidente que el éxito de la civilización venidera, la nuestra, la de América, sin duda, consistirá en desarrollar esos elementos cuya vitalidad formula a su vez la ley vital de la gente greco-latina, en la cual contamos.

Los dioses no han muerto y van a volver. El renacimiento pagano de las últimas décadas constituye una indicación trascendental. El culto de la vida, he ahí mi fórmula: lo que es decir la vida hecha amor para el espíritu, bajo las especies de verdad, belleza y bien. Sentimiento y razón, todo me indica que aquella cosa pagana puede ser también la cosa argentina.

Alguna vez me he preguntado de dónde vino a mi espíritu, todavía instintivo en su adolescencia, aquel amor de la vida que hace veintitrés años canté aquí mismo, en esta misma escena, bajo vuestra misma aprobación, echando al viento —hojarasca primaveral— un puñado de versos espontáneos. Y era la belleza del paisaje griego que circundaba a mi Córdoba infantil. La gracia moderada de sus colinas y de sus arbustos. La vivacidad de su aire seco y transparente como los élitros de las cigarras. El río de sonora delgadez como una cuerda de cítara; y en sus márgenes dentelladas de guijarros donde reía al pasar un agua dorada, el cañaveral del fauno, el sauce de la dríada, el saúco del egipán...

La vida sobria de su campaña parecía flotar en la serena alegría de la luz. La ciudad era pequeña, blanca y graciosa. Al fondo alzábase sin violencia la montaña como otra ciudad azul. Había en los barrancos poleo fragante, y en las lomas, tomillo y abejas. Por allá, como en las églogas, balaba la cabra y andaba la pastora.

No era aquél, por cierto, un ambiente propicio a los dioses de tristeza y de miedo; no lo es; nunca lo será. El goce de vivir encendíase glorioso en la más insignificante margarita. ¡Qué estaba haciendo sino cantar en griego aquella torcaz ebria de sol!

He ahí, cuando os lleguen las horas amargas, el medio eficaz de pacificar vuestro espíritu.

Figúrome que es una de aquellas tardes de mis amores.

El sol va hundiéndose en la montaña, todavía conmovida y empolvada de su luz como por un cañonazo. La tierra del llano se ha puesto rosa, y sobre algún otero empínase el chivo de cuernos rugosos a roer, tardío, la escorzonera. El aire es una delicia de frescura y de aroma. Al

unísono de remotas vibraciones, el silencio canta sólo como una campana de cristal. Entonces la serenidad armoniosa en que vuestra alma va difundiéndose, como si el cielo estuviera a la vez dentro y fuera de ella, y ella en el cielo, ilimitada, transparente, quieta, suspensa, es la plenitud de vida a que llamamos inmortalidad.

Ahora la montaña tranquilizada, que ya estaba allí antes de los hombres y de los dioses, se ha obscurecido de sueño, tan profundamente azul, que dijérase que van a salirle estrellas. Todavía hay sol en su cumbre; y parece que con aquel rayo el dios hermoso y libertador, el antiguo numen de la lira inmortal, alarga una mirada de amor sobre la ciudad sonreída de oro.

FIN

INDICE

	Páginas.
Dedicatoria	7
Letras clásicas	9
Introducción	19
El Canto I de la *Ilíada*	43
Apostilla homérica	81
El Canto XI de la *Ilíada*	89
Interpretaciones homéricas	131
Las carreras de la *Ilíada*	147
Apuntes de helenismo médico	179
El ideal de justicia en la legislación soloniana	217

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS

WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY OVERDUE.

MAR 29 1934

MAR 30 1934

OCT 2 [illegible]A

23May'50H J

13Jan'53P[illegible]

REC. CIR. OCT 25 '76

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

LD 21-100m-7,'33

U. C. BERKELEY LIBRARIES

C044020938

702393

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

CONCESIONARIOS PARA LA VENTA
ESPASA-CALPE, S. A.-CASA DEL LIBRO
Av. Pi y Margall, 7. - MADRID

Precio: $ 2.50

Printed in Spain